# Zapatos de tacón italiano

Magdalena Tulli

Traducción de Francisco J. Villaverde

Rayo verde
editorial

# ZAPATOS DE TACÓN ITALIANO

**MAGDALENA TULLI**

Traducción de Francisco J. Villaverde

Rayo verde
editorial

Esta obra ha sido publicada con el apoyo financiero de ©POLAND Translation Program

Primera edición: junio 2018

Título original, *Włoskie szpilki*
© by Magdalena Tulli 2011. All rights reserved.
© de la traducción del polaco, Francisco Javier Villaverde González
© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2018

Diseño de la cubierta: Tono Cristòfol
Ilustración de la cubierta: Elisa Ancori
Producción editorial: Marta Castell
Correctoras: María Murillo, Emma Quadrada
Composición ePub: Pablo Barrio

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.
Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª
08015 Barcelona

**www.rayoverdeeditorial.com**

**@Rayo_Verde**

**RayoVerdeEditorial**

ISBN ePub: 978-84-16689-79-8
BIC: FA

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Imaginar una situación límite es lo más fácil del mundo.

Durante años hemos practicado esta habilidad, a diario por la mañana, sentados a una mesa cubierta por un hule a cuadros, junto a nuestros platos de sopa de leche. Colocábamos acertijos bajo nuestros pies, como si fuéramos esos espías norteamericanos que al parecer están entrenados para lanzar sobre los civiles bombas en forma de preciosos bolígrafos de colores a los que nadie se puede resistir. Por ejemplo: si estuvieras en medio del mar en una barca que se hunde por exceso de peso, ¿a quién tirarías por la borda: a tu hermano o a tu hermana? Los acertijos no tenían soluciones fáciles y cuando alguien empezaba a manipularlos explotaban y herían los sentimientos dolorosamente.

El lugar donde vivían nuestras familias era tranquilo en apariencia, pero estaba minado por el miedo y la ira contenida, y lleno de un nerviosismo indefinido, una tensión más o menos palpable que con facilidad encontraba una vía de escape en escenas de agresividad y humillación. Algunos afirman ahora que su infancia fue apacible, pero si se les pregunta por esos acertijos incluso ellos aportan montones de ejemplos. Éramos demasiado pequeños para saber de qué sucesos habían surgido nuestros tormentos, dieciséis años después del final de una guerra que se perdió. Dieciocho años después de Yalta, donde nuestro destino se había decidido de antemano, antes de que naciéramos. Dieciocho años eran para nosotros una eternidad y la eternidad resulta inconcebible. Stalin ya había muerto, pero Hitler seguía gozando de excelente salud. Nos enviaba a alemanes que salían de los sueños de padres y madres y que, por la mañana, cuando nos sentábamos frente a los platos de sopa de leche, marcaban el tono de nuestra pequeña frustración, alimentada por una frustración más profunda y más extensa, omnipresente como una corriente de agua subterránea, o más bien como regueros de hiel fluyendo bajo la superficie.

—¿Y quién ganó la guerra? —tuve que preguntar, porque al principio ni siquiera conocía ese dato.

—Los alemanes —dijo alguien.

—¿Qué dices? Los alemanes perdieron —replicó otro mejor informado.

Al parecer, los alemanes primero ganaron y luego perdieron, y los rusos al revés: perdieron primero y vencieron después. Nuestro país

perdió tanto al principio como al final, cosa que nos veíamos obligados a tragar junto con la asquerosa nata que se formaba en la sopa de leche con fideos, algo pasada de cocción. Nuestro país tiene esa particularidad: nunca gana. Y de algún modo ya entonces lo notábamos a través de la piel. Nunca gana, pero, tal y como nos sugerían con insistencia en el parvulario, lo amábamos más que a nuestra propia vida. Por alguna razón ya entonces sospechábamos que negarnos a ello quedaba descartado. Pero si nuestro país siempre perdía, cabía la posibilidad de que nos preguntáramos con inquietud si no sería peor que otros países. O si nosotros mismos…

Por eso es mejor volver a los acertijos. Por ejemplo: ¿qué harías si unas figuras borrosas, con las cabezas quizá en forma de hervidor de agua, y conocidas con el nombre de alemanes, estuvieran persiguiendo a tu familia y pudieras esconder a todos sus miembros salvo a uno? Las emociones turban la mente, así que es mejor observar la cuestión desde la distancia. Quien observa desde la distancia tiene en cuenta la medida y el peso de los asuntos, además de una consciencia, digamos, divina. No se estremece y no se le llenan los ojos de lágrimas. Su tarea es la más sencilla del mundo: debe decidir quién queda con vida. ¿La madre o el padre? ¿O puede que alguno de los niños? Mala idea, los niños aman con mucha insistencia, no se desalientan, no se los puede apartar. No pienses que te vas a librar de esto. Hagas lo que hagas, tu decisión te acompañará siempre.

Hagamos esta otra pregunta: ¿saltarías a un pozo negro si los alemanes te fueran a perdonar la vida por hacerlo? Una decisión difícil, porque un pozo negro es repugnante y apesta, y los alemanes pueden engañarte. No te creas que van a permitir que salgas chorreando inmundicias. No se quedarán mirando tranquilamente cómo te marchas, dejando un rastro nauseabundo. Quien salta a un pozo negro puede darse por muerto en el acto, incluso aunque le hayan prometido una montaña de oro. Olvídate de inmediato de esas promesas que te han hecho antes de embadurnarte. Pero si lo que está en juego es la vida, ¿no te dicta la razón intentarlo al menos, para no arrepentirte, una vez muerto, de haber desperdiciado tu única oportunidad? Por esa razón lo más probable es que te dejes enredar y que te disparen cuando salgas del pozo. Te desangrarás hasta morir o bien te ahogarás, una agonía que se prolongará durante largas horas, puedes imaginarlo de antemano. Pero si se te ocurre eludir la respuesta, entonces permanecerás durante largos años junto a ese pozo negro, con un fusil apuntándote. Y la cosa no acabará hasta que no digas si prefieres hundirte en la porquería, primero con una vaga esperanza en el corazón y luego desesperado porque te habrán engañado, o si eliges directamente una limpia y segura bala en la cabeza. Llegado el caso, y aunque el reglamento no lo mencione, uno

puede optar por lanzar una moneda al aire. ¿Cara o cruz? Que decida la última instancia: el azar. Allí de pie, con los cañones vueltos hacia ti, rebuscas en la cartera, pasas una a una las tarjetas de crédito, pasas los billetes, y al final te despiertas sudando: no tienes monedas, ni una sola.

Pero, a fin de cuentas, la guerra ya había acabado, y no el día anterior ni hacía un año. No importaba quién la hubiera ganado: los que recordaban la vida de antes de la guerra deseaban seguir viviendo igual que entonces. Nadie tenía fuerzas para aguantar nuevos sufrimientos. Algunas personas habían desaparecido y las demás empezaron a apañárselas sin ellas. Por lo visto no hay gente insustituible. Aunque tras la guerra perdida todo se volvió más complicado. Las piezas con las que nuestras familias debían recomponer sus vidas estaban torcidas e incompletas. Todo lo que hubiéramos construido con ellas se habría venido abajo. Quedó prohibido recordar tiempos mejores y si alguien no podía olvidarlos era mejor que se ocultara bajo tierra, que desapareciera de la vista de los omnipresentes retratos de los dignatarios, en lugar de intranquilizarlos y ofenderlos con su presencia. Algunos padres trataron de olvidar y otros desaparecieron de la vista. Mi padre era el único que no necesitaba olvidar nada ni esconderse. No es que él fuera mejor que otros padres, pero sí lo era el mundo del que había venido. Mi padre vivía en este país con derechos especiales, llevaba un pasaporte extranjero en el bolsillo.

Se podría decir que se encontraba aquí por pura casualidad. Parecía haber caído de la Luna y por eso no dejaba de sorprenderse por cualquier cosa. Hasta cuando aguardaba en la parada del tranvía, se esperaba que lo hiciera con infinita paciencia y sumisión, cosa que resultaba inconcebible en él. A los organismos encargados de arreglar esto o aquello siempre les faltaba la tuerca o la junta necesarias, la herramienta adecuada o la firma pertinente. Antes o después, cualquier proyecto sensato resultaba imposible de realizar. Por lo visto, durante los primeros años mi padre observó estupefacto esa omnipresente falta de resolución. «¿Por qué no es posible fabricar una junta? ¿Por qué no se puede implantar una norma?», preguntaba con las cejas enarcadas en una lengua que le era extraña. La gente de aquí conocía la respuesta, pero preferían callar por prudencia. Y, aunque envidiaban sus derechos especiales, lo miraban con lástima: un hombre hecho y derecho, pero no se entera de nada.

Aquí al principio todos contaban con recibir alguna compensación, algo que los consolara por todo lo que habían sufrido durante la guerra. Pero tras la guerra al águila del escudo le quitaron de inmediato la corona de la cabeza, circunstancia que ya nos daba una idea de la manera en que nos iban a tratar. Algunos buscaron amparo

en la subordinación: aceptaron cortar por lo sano con lo evidente y sólo levantaban la mano en las reuniones, cuando votaban como si se lo ordenaran, todos a favor y ninguno en contra. Ellos al menos sabían que no estaban solos, porque sus voces se fundían para formar un potente coro. Otros creían sólo en el mercado negro, que funcionaba a escondidas, alimentado por una confianza deficitaria que venía de antes de la guerra y por los dólares americanos, aunque al parecer quien los tuviera se arriesgaba a acabar en el patíbulo; y también por la ropa que enviaban las familias desde el extranjero y por los objetos que algunos habían logrado salvar de la conflagración, a los cuales se podía calificar como «de preguerra», expresión que significaba poco menos que «auténtico», al igual que el adjetivo «extranjero». El mero hecho de desear tener objetos auténticos ya se consideraba inadmisible. No era casual que no se los encontrara en las tiendas: la industria estatal, cuya deficiente y enloquecida producción se presentaba jactanciosamente en los periódicos como la prueba de nuestra victoria sobre la inseguridad y el desaliento, no era capaz de suministrarlos.

Estando en el parvulario conocí la goma de mascar. Llegó hasta mí a escondidas, procedente de un paquete que venía del extranjero y que había superado la frontera de los mundos contra todo pronóstico. Me enteré de la existencia de los chicles cuando un negociante novel —sobrino de un tío mío que había pertenecido a un ejército no reconocido por las autoridades— me regaló uno en un rincón oscuro junto al guardarropa.

—Escóndelo —me dijo—. No está permitido tenerlo. Si lo ve la señorita, te lo quita.

El blanco ligeramente brillante del envoltorio era inmaculado y el azul marino de las letras tenía una saturación y una pureza poco frecuentes. A través de él se filtraba un aroma excepcional que portaba una promesa: hablaba vagamente de que la vida podía ser muy distinta de como nos parecía en el parvulario. No sabía para qué servía el chicle, pero me extrañó que estuviera prohibido tenerlo.

Ese día, antes de la merienda, en aquel mismo rincón oscuro junto al guardarropa me asaltaron dos chicos, más avispados que la señorita y que como ella observaban lo que pasaba de mano en mano, aunque por motivos diferentes.

—¡Dame el chicle! —dijo uno mientras me retorcía la muñeca.

Tras la guerra, nuestro país aún estuvo durante muchos años lleno de violencia encubierta. Los malos recuerdos se habían asentado en él como si fueran sedimentos, y las nociones anteriores sobre lo que se podía o se debía hacer se volvieron de repente un poco ingenuas, pero también un poco tristes. Durante mucho tiempo nuestro país no fue

capaz de comprender que había perdido la guerra y había sido hecho prisionero. Oficialmente nos hablaban de una magnífica victoria y, para despejar las dudas, nos enseñaban la fotografía de nuestra bandera ondeante junto a aquella otra sobre la Puerta de Brandemburgo en Berlín. No sabíamos que la habían alzado sólo para hacer la foto y enseguida la habían bajado, mientras que la otra sigue izada en las imágenes que se muestran hoy día en todos los demás países del mundo.

En esa época nadie sabía por los periódicos lo que ocurría en realidad. Ni por los noticiarios cinematográficos que proyectaban en las salas antes de cada sesión. Ni por la radio. Nuestros padres hablaban de ello con nuestros tíos junto a una botella de vodka de medio litro con etiqueta roja, discutían apasionadamente toda la noche y lloraban al amanecer. Un departamento especial del Estado contrataba empleados provistos de tijeras para que recortaran de antemano las insinuaciones encubiertas que aparecían en los textos mecanografiados y las enviaran a otro departamento, en el cual los autores debían presentarse después con piernas temblorosas. Ya que nos habían excluido como si tal cosa de la victoria colectiva y además lo habían hecho a la hora de firmar los tratados de paz, y ya que nadie nos había consultado sobre nuestro futuro cuando fueron cerradas de golpe las fronteras, debía estar claro para nosotros lo que significábamos para el mundo: poco menos que nada. La humillación experimentada entonces se infectaba como una llaga oculta bajo una camisa y una chaqueta mal cortadas. No se llegó a curar y se fue transmitiendo de una persona a otra, de los adultos a los niños, de los niños a los gatos y los perros.

Dejando a un lado esa enfermedad, que destruía los restos de nuestra fe en nosotros mismos, la vida aquí se desarrollaba igual que en cualquier otra parte, igual que en lugares donde vivía gente que llevaba ropas mejores que las nuestras. La experiencia nos decía que la calidad de la tela tenía gran importancia en muchos aspectos. Los ciudadanos bien vestidos de países que gozaban de una situación más halagüeña eran tratados con respeto por sus gobiernos, que así se granjeaban la simpatía de aquéllos. Su *tweed* y su cachemir podían ser admirados en nuestras salas de cine, antes de cada sesión, en las noticias breves sobre protestas callejeras en países lejanos que, para contrastar, se incluían entre las crónicas de los felices acontecimientos locales. Las contemplábamos asombrados: ¡les permitían incluso protestar! Menospreciados por todos, nos sentíamos como un cero a la izquierda, aunque, gracias al cierre de las fronteras, no nos veíamos forzados a comparar nuestra ropa con aquella otra. Y además nosotros teníamos animales salvajes en el zoo y teníamos teatros de marionetas. En los días ventosos no nos prohibían volar las cometas. A comienzos

del otoño todos podían recoger castañas en el parque, tomar el sol en verano y montar en trineo en invierno. ¿Qué más se podía desear? Con eso bastaba.

De vez en cuando, tras la comida, en la sala abarrotada de camitas plegables alguien se despertaba gritando de la siesta obligatoria. Enseguida comprobaban si había mojado las sábanas. Nuestra escuela infantil luchaba contra el pis en las sábanas sin escatimar esfuerzos. Avergonzar resultaba un castigo poco efectivo: la práctica demostró que era demasiado leve. Se precisaba algo más duro, que helara la sangre en las venas. El culpable lloraba y se embadurnaba las mejillas con sus lágrimas mientras esperaba junto a la pared con su abriguito puesto a que lo llevaran al lugar donde aprendería la lección. Ninguno de nosotros sabía dónde enseñaban esa lección. Circulaba la palabra «reformatorio», que no acabábamos de comprender del todo. Estábamos convencidos de que cuando por la tarde llegara a buscarlo su madre, cansada por la jornada de trabajo, tendría que aceptar un hecho consumado. No nos costaba imaginar como la madre agachaba la cabeza y volvía a casa sin decir palabra con el mismo sentimiento de impotencia que nosotros. En nuestro país todos sabíamos cómo era ese sentimiento. Teníamos seis años, pero ya estábamos desalentados e imaginábamos que las influencias de nuestras madres carecían del alcance necesario. Así que a la fuerza tratábamos de confiar en los represores. ¿Qué habría ocurrido si el culpable no hubiera llorado ni hubiera pedido clemencia? ¿Si no se hubiera anulado el castigo? Nunca supimos qué habría sucedido: siempre lloraba, siempre suplicaba.

A veces también había faltas colectivas que imponían una responsabilidad igualmente colectiva. Por ejemplo, escupir en el plato de otro. En realidad, intuíamos que escupir en la sopa era algo estúpido y vulgar. No exigía una tecnología desarrollada, al contrario que los maliciosos acertijos. Las emociones buscaban salida en cosas como los empujones inocentes, poner motes o zancadillear. Los escupitajos en la sopa resultaban más efectivos que los empujones, la vejación que sentía la víctima la dejaba aniquilada. Quien escupía en la sopa de otro sabía que las normas del lugar harían el resto, porque todos estaban obligados a terminar su comida. El que no lo hacía, se quedaba después castigado en la mesa durante toda la tarde, a solas con su daño y vertiendo lágrimas sobre el plato. Por eso a veces la víctima, en un ataque de desesperación, forcejeaba con su atacante y derramaba la sopa fuera del hule a cuadros, sobre el suelo encerado. Aquello siempre acababa mal. La investigación era un puro formalismo. En cada mesa había seis sillas: una víctima, cinco causantes. Antes de la siesta los culpables ya aguardaban de pie junto a la pared, los seis, vestidos con sus abriguitos, listos para ser llevados

allí donde aprenderían la lección. Lloraban y no deseaban lección alguna, sólo un acto de compasión. Observábamos la escena aterrorizados, aunque también aliviados por no ser esta vez nosotros los que estábamos junto a la pared con los abrigos puestos, sino que seguíamos sentados a las mesas cubiertas por hules. No nos habríamos derrumbado con tanta facilidad de haber sabido que por encima de aquéllas existían otras normas, que regían al menos hasta cierto punto, y que la impotencia de nuestras madres tenía sus límites. Pero tampoco los adultos estaban seguros de si las normas superiores regían realmente ni de si la impotencia tenía de veras límites.

Debió de ser un mes de julio la vez que me llevaron a una escuela infantil distinta, porque abría durante todo el verano. No me había ido de vacaciones porque se retrasaba el visado de regreso a Polonia para mi padre. Nadie podría dar crédito a sus oídos: ¿qué visado?, ¿qué pasaporte? Me vi en un parvulario desconocido, abierto todo el verano, donde conocí unas normas totalmente diferentes. Allí también luchaban contra el pis en las sábanas, pero lo hacían de otra manera, no con la misma suavidad y bondad que en mi escuela. No se organizaban dramáticas representaciones que finalizaban en escenas de arrepentimiento y perdón. En lugar de ello, quitaban bragas y calzoncillos. Los castigados se enfrentaban solos a su vergüenza. El primer día vi de lejos un grupo de niños gritando: «¡Que lo quemen, que lo quemen!». En el centro, encogido, había alguien que se parecía a todos nosotros.

—¿Por qué hay que quemarlo? —me acerqué a preguntar.

—¡Porque no tiene calzoncillos! —me aclaró alguien con esa lástima que despiertan quienes desconocen cuestiones básicas. Sin la ropa interior las personas estaban perdidas, igual que quienes hubieran optado por meterse en el pozo negro.

—¿A la gente se la quema? ¿Cómo?

—Pues cómo va a ser, en hornos.

Me avergoncé por no saber nada sobre el tema, pero no sólo por eso. Recordaba perfectamente que yo misma me había orinado alguna vez mientras dormía. Por eso me sentí incapaz de gritar con los demás aquello de «¡que lo quemen!».

En casa tenía una enciclopedia italiana para niños editada por Palazzi. Conocía todas las imágenes de memoria: el árbol, el automóvil, el avión… Pero ninguna de ellas tenía relación con el asunto que tanto me preocupaba.

—¿Se puede quemar a la gente? —pregunté en cuanto se me presentó la ocasión.

—No se puede —contestó tajante mi madre.

¿Cómo era posible? No me podía ayudar, desconocía un tema que

ni siquiera para los niños de mi parvulario constituía un misterio. ¿En qué mundo vivía ella? Evidentemente, no en el mismo que los demás. Estaba claro que también se había caído de la Luna, como mi padre.

—¡Vaya, vaya! —murmuró el zapatero cuando mi madre me envió con unos zapatos para arreglar—. ¿Dónde ha conseguido tu padre unos zapatos como éstos?

—Los compró en Milán, porque él es de allí —me apresuré a explicar.

—¡Ja, ja! —se rio el zapatero—. ¡Que los compró! ¡En Milán!

Porque si era de allí —supongamos por un momento, guiñando un ojo, que de veras fuera así—, ¿por qué habría de quedarse en este país? ¿Para qué necesitaría venir a nuestras lluvias y lloviznas, a nuestras oscuras mañanas, a nuestros prematuros anocheceres invernales? ¿A los productos de la industria estatal? ¿A los macarrones recocidos y a las manzanas ácidas?

Es cierto que, dos veces al año, aparecían naranjas en las tiendas. Nuestro Estado debía pagar por ellas en países extranjeros con dinero de verdad al que llamaba moneda fuerte y cuyo empleo escatimaba con la pretensión de alimentarnos a todos con sopa de leche, que salía más barato. Las costosas naranjas aparecían —sólo unas pocas, las suficientes para que quedara su aroma— bajo la presión de los anhelos navideños, que hasta cierto punto el Estado tenía en cuenta, ya que esas fiestas eran para nosotros más importantes que todos los demás meses del año. El Estado nos entregaba con dolor las naranjas a cambio de nuestros desvalorizados billetes con el águila sin corona y encima se veía obligado a dar las vueltas en monedas de aluminio contantes y sonantes. La gente hacía largas colas con la esperanza de que no se acabaran antes de llegar al mostrador. Los limones aparecían algo más a menudo, pero eran igual de inalcanzables. En un abrir y cerrar de ojos, antes incluso de que empezaran a sacarlos del camión de reparto, se formaba una cola en la que de inmediato se montaba una escandalera y no cesaba mientras sobre el mostrador quedaran limones, aunque fuera sólo uno.

Nos explicaban que en los países de los que procedían esas frutas la gente sólo las observaba a través de los escaparates, porque allí todo resultaba tan inimaginablemente caro que casi nadie las podía comprar y comérselas. Pero cada uno de nosotros sospechaba que aquello era un cuento chino. Las fronteras nos separaban de los limones y las naranjas. Si hubieran abierto las fronteras, aunque hubiera sido por unos instantes, todos habrían huido de aquí. No sólo los zapateros. Los primeros que hubieran salido corriendo, encabezando el gentío, habrían sido los funcionarios de los servicios secretos. Nadie deseaba vivir en nuestro país, nadie en absoluto…

aparte de mi padre. Por eso no abrían las fronteras.

En Milán no iba a la escuela infantil. Tenía que conformarme con la compañía de los adultos y me aburría. Pedía libros con imágenes, pero en casa no había ninguno. Me cogían de las estanterías álbumes de pintura y yo los hojeaba sentada a la turca en un sofá que olía a cuero. Fue en uno de aquellos álbumes donde encontré ese cuadro. Me quedé absorta mirándolo, como enfebrecida, porque en el cuadro estaban quemando a personas. Las empujaban con horcas y caían en un abismo de fuego. Había también un ángel, pero no miraba en esa dirección. Desde debajo de sus alas otro grupo de personas, inmóviles, con las manos en actitud de rezar, miraba sin demasiada emoción a aquellos infelices, cuyos cabellos habían sido alcanzados ya por las llamas.

«Entonces es así», pensé. «De esta forma se hace».

Ya no pregunté más.

En Varsovia citaron a mi madre para un interrogatorio. El asunto era su obstinación por permanecer en el lado malo del telón de acero y más en concreto sus inexplicables regresos después de visitar a su familia en el otro lado, el bueno. ¿Por qué no aprovechaba el hecho de que le hubiera tocado el premio gordo? ¿Para qué se había casado con mi padre si no era para largarse de aquí? O quizá fuera él —insinuaban algunos— quien, con intenciones bien sabidas, se empeñaba en continuar en nuestro país. ¿Por qué otra razón podía haberse casado con ella, más que por ésa? ¿No estaría recopilando información? Aunque, ¿dónde podría encontrarla? Eso era precisamente lo que no se sabía, porque a primera vista no parecía que mi padre frecuentara a nadie que supiera algo. Mi madre podría aportar datos si se la presionaba de la forma precisa, estaban convencidos. Al fin y al cabo, no eran un matrimonio ideal. No, para nada. El funcionario que interrogó a mi madre dio a entender que lo sabía casi todo sobre ellos. Aunque no lo suficiente como para hacerle la pregunta adecuada, ésa que por fin los delataría a ambos. Mi madre no daba explicaciones, tan sólo miraba el reloj. Por su culpa seguro que alguien dejó de ganarse una gratificación.

—¿Y dónde está tu padre? —me preguntó el zapatero cuando fui a recoger los zapatos.

—Allí.

—Ya, claro —comentó su ayudante—. Deja unos zapatos como éstos y se marcha del país.

—Pero es que va a volver.

—¡Se ha marchado del país y va a volver! —repitieron el zapatero y su ayudante con regodeo.

Mi padre no habría viajado a Milán sin visado de regreso. Quería tener la seguridad de que lo iban a dejar entrar en el país de nuevo. Se quedaba a esperar el visado, preguntaba si ya estaba listo y posponía el viaje hasta que no se lo estampaban en el pasaporte, verde y con la estrella dorada de cinco puntas de la república italiana.

Mi madre tenía sus problemas, mi padre los suyos. Y yo también tenía problemas. El peor era que no dejaban de acosarme aquellos dos que una vez me habían quitado la goma de mascar. El más alto solía retorcerme el brazo en el rincón junto al guardarropa.

—Danos el chicle —me decía.

Mi padre no me traía goma de mascar de Milán. Me daba la impresión de que por alguna razón la despreciaba.

—No tengo —contestaba yo.

—Miente —replicaba siempre el más bajo. Recordaba que en una ocasión la había tenido, así que se ponía a registrarme los bolsillos, en los que no había nada, aparte de mi pañuelo para limpiarme la nariz. Ya no les tenía miedo. A todo te terminas acostumbrando. Lo que menos me gustaba era esa manía de retorcerme el brazo. Procuraba no cruzarme en su camino.

—¿Y no querría tu padre venderme unos zapatos? —me preguntó el zapatero cuando llevé otro para que le cambiaran las suelas.

Yo estaba segura de que no querría, pero ellos deseaban una respuesta oficial que viniera directamente de nuestra casa. Cuando volví quince minutos después la puerta seguía entreabierta, como yo la había dejado. Escuché sus voces.

—A él nunca lo he visto, pero a su esposa… —comentó ceceando el ayudante, que debía de estar sujetando clavitos entre los dientes. Dejó la frase incompleta, se oyó el golpeteo del martillo en la horma.

—¿No te lo había dicho? —contestó el zapatero.

—Y lleva zapatos de tacón italiano.

—Se ve que de algún sitio los sacan.

De vez en cuando soñaba con alemanes. Con sus cabezas similares a hervidores se paseaban entre las mesas de nuestra escuela, señalaban con el dedo a quiénes se iban a llevar, colocaban junto a la pared a los escogidos y éstos, ya con sus abriguitos, lloraban a grito pelado. Los alemanes no hacían ninguna propuesta, a nadie le prometían nada y no querían nada de nadie. No teníamos que tomar ninguna decisión difícil. Era una situación límite pura.

—Toda tu familia merece ser quemada —me dijo una vez el más alto de aquellos dos, después de haberme retorcido el brazo en el rincón junto al guardarropa—. Y tu madre la primera.

No era tan ingenua como para contestarle lo que ella me había dicho en una ocasión: que a la gente no se la quema.

—¿Por qué? —pregunté, pues pensé que si existía alguna razón para ello debería conocerla. Mientras tanto, el más bajo me registraba los bolsillos con destreza.

# POSOS

Su enfermedad era como la caída de un imperio. Los ejércitos se retiraban, abandonaban cabezas de puente ocupadas en épocas de un esplendor pasado, las estatuas se desmoronaban, las columnatas quedaban cubiertas de vegetación. Los funcionarios del imperio ya no pensaban en el poder, sólo en la supervivencia, es decir, en lo terrenal y en lo más cercano al cuerpo, pero por los puestos fronterizos abandonados entraban extraños —virus, bacterias— y tomaban el mando. Cuando se acercaba el final, todos los días antes de mediodía le ponía una inyección.

—¿Y a usted quién le paga? —quiso saber—. ¿Mi familia?

Tenía bastante lucidez para imaginar que alguien pagaba y estaba lo suficientemente consciente como para saber que no era ella. Aparte de la familia tenía también una hija, aunque hacía años que no la veía. Asentí para contestar que sí, que me pagaba su familia. No la sorprendía con revelaciones que pudieran alterarla. Por ejemplo, que su familia era yo. Además de mí había dos cuidadoras que se encargaban de ella. Escogí a las más fiables, pero no le gustaban. En su opinión la mayor era demasiado autoritaria y la más joven tenía una expresión como si siempre llegara tarde a algún lado. De nosotras tres, quien mejor le caía a mi madre era precisamente yo, aunque pensaba que la jefa era la mayor. Si se rompía una taza, le preocupaba que la jefa me despidiera por ello.

—No le diremos nada —decidía.

El final fue justo así: inyecciones, pastillas… Ya no traían ninguna esperanza. ¿Y el principio? Podría parecer que al principio los asuntos, antes de complicarse —porque de uno u otro modo siempre se complican—, poseen, aunque sólo sea durante unos breves momentos, una pureza primitiva e inmaculada que después vamos a añorar toda la vida. Pero la vida no son más que continuaciones sin ningún comienzo, viejos hilos atados unos a otros, arrastrados desde no se sabe dónde, hacia no se sabe dónde. El principio está allí donde clavamos la banderola, hasta que alguien se la lleva y la clava en otro lugar.

Nos viene bien que el principio sea convencional. Clavaremos la banderola en el lugar al que mi madre regresó tras la guerra. Volvió sin una idea determinada de qué iba a hacer con su vida, inesperadamente salvada —mucho después, al cabo de décadas, nos daremos cuenta de que la vida no se puede salvar—. Estamos hablando de una ciudad grande, menos destruida que otras, donde en otro tiempo se buscaba sin descanso, de la mañana a la noche, el dinero necesario para mantener un oropel que cortaba la respiración, para pagar letras de cambio, para comprar pan con mermelada. Pongamos que se trataba de Łódź. Sé poco sobre Łódź. Tras la guerra, el pasado —a diferencia de las viejas murallas, que son difíciles de mover— fue eliminado incluso de allí. No debía conservarse en ningún lugar de nuestro país, tenía que desaparecer sin que quedara continuación alguna. No podía valer ni siquiera para hacer comparaciones, esto debía ser evitado más que ninguna otra cosa. «Lo pasado, pasado», había que decir encogiendo los hombros. Eso deseaban unas autoridades tan nuevas como el estado de cosas que las había engendrado, dispuestas a cortar y extirpar la memoria de una vez para siempre con un cuchillo afilado, y junto a ella también la idea de que esas autoridades no hubieran aparecido en la vida de los habitantes de nuestro país como las primeras y las únicas de la historia.

Los recuerdos, como las malas hierbas, arraigaban donde les era posible. No todos estaban dispuestos a oponerse a las autoridades para salvar la memoria. Muchos recordaban cosas que hubieran preferido olvidar. Quienes en lugar de lamentarse por lo perdido se ponían a trabajar sin demora, podían confiar en que olvidarían con mayor rapidez.

«El hombre… Hay orgullo en esta palabra», proclamaban desde las mesas presidenciales con énfasis, pero un énfasis falso, porque de lo que se trataba era sólo de imponer criterios completamente nuevos también en la cuestión de la humanidad. «El hombre no puede ser doblegado, ni siquiera cuando se le arrebata todo, ni siquiera cuando se lo arroja al mismo infierno», repetían, subiendo el listón muy arriba. El infierno debía ser un lugar como cualquier otro —allí también hay que saber estar—, un simple punto de control de la calidad del material con el que hemos sido creados. El tono ensordecedor pretendía ocultar otra verdad, mucho más difundida: que al hombre se lo puede doblegar sin dificultad y además de muy diversas maneras. A algunos los doblegó la reciente catástrofe; a éstos, desesperados o descarriados, que daban tumbos por las esquinas al llegar la noche, los rodeaba un silencio despectivo. A otros, golpeados por la maquinaria del mundo que estaba surgiendo, era mejor no verlos. En la cuestión del pasado los habitantes de nuestro país se

entendían con los oradores. El omnipresente luto ya no les causaba impresión, desdeñaban la debilidad y no querían conocerla. Los que experimentaban su propia debilidad sabían que la vergüenza se extendía tras ella como la pestilencia tras un ejército. La fortaleza causaba respeto, sobre todo la que cobraba forma de odio implacable e inquebrantable. Los puños cerrados, alzados al darse la señal, sugerían que la calidad del material que aquí había era la adecuada. Pero no resultaba sencillo decidir qué fortaleza era más auténtica, si la de quienes, tras ceder a las presiones, se abandonaban a su suerte, ellos mismos y su debilidad, o la de aquellos otros que se tambaleaban borrachos, inmersos en un obstinado sufrimiento del que el mundo ya no quería oír hablar.

Mientras tanto, en todo el país se iban desmontando los viejos decorados, quemados, y se colocaban a toda prisa otros nuevos que recordaban muchísimo a casas, puentes y fábricas. La ilusión de realidad resultaba incuestionable. Teniendo esos decorados como fondo se vivía con bastante tranquilidad, en especial si se comparaba esa paz con el caos que acababa de pasar, pero no poseían el peso específico adecuado. Pesaban como el cartón. Si se levantaba una ráfaga de viento fuerte su estabilidad se veía amenazada.

Los periódicos empezaron a diario a meter miedo con la onda de choque de la bomba atómica, que era capaz de borrar del mapa en un santiamén las construcciones recién levantadas, con nosotros dentro. Informaban que mientras aquí se diseñaban los planos de puentes y casas, en otros lugares ya había gente preparando planes para destruirlos. ¿Y por qué habrían de destruirlos? ¿Para qué? Pues porque la destrucción es parte de su naturaleza y lo harían para tener la última palabra. Además, por lo visto se proponían ganar dinero con esas destrucciones, igual que con todo lo que caía en sus manos. Y es que allí, lejos de nosotros, lo único que contaba era el dinero. Los roles estaban repartidos: a un lado los argumentos del corazón y de la razón; al otro, sólo la codicia. Aquéllos habían subyugado a tres cuartas partes del mundo y a media Europa. Nuestro país, sin ser consultado, se quedó en la otra mitad y ahí se acabó todo, no hubo escapatoria. Se perseguía a cualquiera que concibiera demasiadas esperanzas en que llegara algún cambio más. Te recomendaban tener esperanzas, pero no ésa. Se debía albergar la esperanza de que jamás cambiara nada y simplemente hubiera cada vez más puentes, fábricas y casas, cada vez mejor sujetas al suelo. Tenían que ser un motivo de orgullo y prestigio para todos, algo por lo que daríamos nuestras vidas con placer llegado el caso. De momento había que moverse con mucho cuidado para no derribar nada. No se podían tener demasiadas ilusiones. En la escuela, el ejército o la sala de partos imperaba la

expresión «hay que» —«hay que hacer tal cosa», «hay que hacer tal otra»—, que no aceptaba objeciones. La imposición era impersonal y parecía llegar de arriba, aunque no se sabía de dónde con exactitud: la gramática no revelaba quién lo exigía.

Mi madre tenía razones personales para alejarse del pasado, por ejemplo, que éste la despertaba en plena noche y no la dejaba dormir. Es posible que pensara: «Si no hay sitio para el pasado, mejor». En la esquina de nuestra calle había una oficina de correos. Mi madre vio un anuncio colocado en la puerta: se necesitaban empleados. La contrataron para el departamento de clasificación de envíos, donde toda ayuda era poca. Tras la guerra, una enorme oleada de cartas atravesó nuestro país. Olas más pequeñas se desprendieron de la corriente principal en busca de direcciones inexistentes y destinatarios difuntos; perseguían a los que habían cambiado su lugar de residencia por propia voluntad o en contra de la misma, los que se habían trasladado a otras ciudades o incluso muy lejos al este, casi hasta Siberia —aunque en estos casos extremos la carta se rendía enseguida —. Guiándose por una lista secreta de destinatarios y remitentes sospechosos, había que ir sacando las cartas más peligrosas, ponerlas a un lado y entregárselas a un hombre con abrigo de cuero.

Pero aparte de esa lista de nombres existía también una normativa de nivel superior que le habían enseñado a mi madre en casa antes de la guerra. Por algún milagro se había conservado, está claro que era incombustible. En ella se incluía la sagrada prohibición de abrir las cartas ajenas, que oficialmente se definía como la confidencialidad de la correspondencia privada. Mi madre se sentía desconcertada. Quería trabajar, pero las contradicciones en la normativa la sorprendían. A comienzos de otoño huyó de correos y se fue a la universidad, donde las normativas todavía no habían sufrido cambios. No tenía la selectividad, aunque sin duda la habría aprobado si donde había vivido los últimos años hubieran realizado los exámenes. Tuvo suerte: el fuego se había tragado los documentos de mayor importancia y nadie preguntaba por los menos importantes. Lo único que se precisaba era presentar la solicitud pertinente en el decanato y después conseguir el carnet de la biblioteca, un cuaderno y lapiceros. Había que tener al menos dos vestidos, una falda con chaqueta, un abrigo para el invierno y zapatos. Las blusas debían estar recién lavadas y bien planchadas. Había que mantener la compostura. La dejadez pondría al descubierto demasiadas cosas, aparte de otros inconvenientes.

Mi madre escogió sociología. Parece evidente que decidió comprender algo que no es posible entender. Observaba el mundo con atención, pero no podía tomarlo en serio del todo. Cuando los anteriores decorados se vinieron abajo, detrás de ellos no había nada,

absolutamente nada, sólo un gélido vacío, mi madre tuvo ocasión de verlo con sus propios ojos. Sin embargo, se mostró inclinada a estar de acuerdo con los oradores al menos en una cuestión, que nunca fue expuesta de manera clara y directa: que la fe en la existencia del mundo es la base sin la cual la vida en común resulta imposible. Por eso es preciso imponerse a uno mismo esa fe, incluso si contradice la intuición; es preciso obligarse a aceptarla, igual que se obliga uno a levantarse de la cama por las mañanas cuando suena el despertador. Aunque sea sin convicción, apoyándose sólo en la fuerza de la voluntad.

Pero ¿y si la intuición sugiriera lo contrario, mostrando con insistencia la imagen del vacío que una vez apareció ante sus ojos durante unos instantes? Mi madre aprendió a no valerse de la intuición. La consideraba una variante muy repulsiva del entrometimiento, porque ella misma tenía mucho que ocultar. Era una mujer hermosa, pero de mirada triste. Muchos deseaban aclarar el misterio de su tristeza, contra eso no podía hacer nada. Estaba decidida a vivir con normalidad, pero la vida normal implicaba el matrimonio. Y si por el bien del camuflaje fuera necesario, a su debido tiempo también tendría un bebé. Lo que no se le ocurrió fue que el bebé, en lugar de completar el camuflaje, podría ponerlo en peligro.

El bebé hizo lo que de él se esperaba: vino al mundo a su debido tiempo. El asunto del bebé pudo parecer puro e inmaculado durante unos breves momentos después del nacimiento. Pero enseguida se enredó entre los otros, los antiguos, muy mal entrelazados, llenos de barro y manchas de herrumbre. La tarea del bebé era apoyar a su madre en los esfuerzos que hacía para que su vida fuera como debía ser. Mi madre se proponía sostener por todos los medios la fachada que había reconstruido, aunque esperaba recibir ayuda.

—Pues imagínese que… —se interrumpió, desconcertada, sin dejar de mirar cómo yo llenaba la jeringuilla con el líquido incoloro de la ampolla— …no sé qué ocurrió con el bebé.

Se sentía responsable de él, no podía olvidarlo. Esperaba mi promesa de que me enteraría de algo, quizá a través de la Cruz Roja. Debí haberle dicho que aquel bebé ya no existía, porque los bebés se ponen de pie, crecen y se marchan, y entonces a ver quién los encuentra. En cambio, nunca quiso hablar de su hija, adulta, casada y madre de dos hijos. No podía prometerle gran cosa en el asunto del bebé, así que se calló, decepcionada. Yo conocía la historia desde otra perspectiva. Si el bebé hubiera llevado una vida ordenada y previsible, como las sillas o los sillones, o como ella misma, todo habría ido en la dirección adecuada. Pero en lugar de eso desde un principio se dedicó a berrear por las noches cuando mojaba el pañal. No era eso lo que

pretendía. No imaginaba que sería así. Esperaba encontrar a un aliado en el bebé y en cambio le tocó luchar con él por subsistir. Lo que quería era algo muy básico, que se enfrentaran juntos a la rigurosa disciplina, no antojos ni cabezonerías. Es cierto que debía hacerle cargar ese peso al bebé, un peso quizá excesivo, pero que también ella soportaba sin reparar en esfuerzos. Tenía que resistir ante las exigencias del bebé, no permitir que destruyeran el orden recién creado. Fingía no escuchar los gritos. Abría la ventana, cerraba la puerta y se iba a la habitación de al lado. El que este método coincidiera con el mensaje transmitido por las guías editadas por el Ministerio de Sanidad era algo fortuito y superficial. El Gobierno tenía sus propios objetivos, de acuerdo con los cuales todo niño debía habituarse cuanto antes a esa misma disciplina rigurosa que los adultos ya habían asimilado. Cuanto antes, mejor. Nada de mimos, venían a decir las normas. «En el sano frío», pensaba por su parte mi madre, «muy pronto el bebé comprenderá que no debe mearse en el pañal por la noche».

Otras madres se reían de las instrucciones oficiales. «¿No coger en brazos al bebé? ¿Enseñarle a ser responsable? Que se vayan al cuerno con sus consejos», decían. «Yo», decían, «voy a hacer lo mismo que siempre se ha hecho en mi familia». Los maridos no podían contradecirlas en estos asuntos, dejaban las manos libres a sus esposas, incluso los que habían ingresado en el partido para hacer carrera. Sólo ella, mi madre, que había huido de su pasado destruido y quemado, no tenía nada a lo que apelar. Además, su marido, el padre del bebé, un atractivo extranjero del otro lado del telón de acero, alababa la idea de criarlo sin mimos, en el sano frío, y lo hacía con independencia de lo que dijeran las instrucciones oficiales. Todo aquello le repugnaba un poco: los bebés siempre estaban llenos de babas y a cualquier hora del día o de la noche desprendían un tufillo muy particular. En su familia eran las niñeras las que se ocupaban de los bebés.

En los manuales, con ediciones de tiradas astronómicas que años después fueron transformadas en papel higiénico, se decía que después de comer el bebé dormía. Dormía hasta que le tocaba volver a comer, y no soñaba nada. Comía y dormía alternativamente, para coger peso con rapidez. Ése era su cometido. No se ocupaba de nada más. El llanto —escribían en esos manuales— no tenía cabida dentro de las normas recomendadas. Su causa podía ser una enfermedad, aunque por lo general era la prueba de una mala organización en los cuidados. Mi madre compartía esta opinión, porque había aprendido a considerar la tristeza y la intranquilidad como algo totalmente prescindible, como un bache en la carretera. Para hacer su vida más sencilla había dejado de sentir su propio dolor, así que poca

importancia podían tener para ella los enfurruñamientos del bebé. Pero al escuchar sus berridos, que sin duda salían por las escaleras y las ventanas y se extendían por el patio y la calle, se quedaba paralizada, como si fueran a desenmascararla de un momento a otro. Porque, en efecto, había algo que quería ocultar y por eso le asignó al bebé una tarea diferente a la que indicaban en los manuales. Deseaba que se llevara a cabo en silencio, con total discreción. Engordar, comer y dormir, cosas banales, debían ser sólo el medio para alcanzar el objetivo, la prueba irrefutable de que el pasado, aunque hubiera atravesado todos los límites posibles, no significaba nada.

Al acercarse el final, el contenido de su memoria —en especial el de los compartimentos más nuevos, que encerraban los acontecimientos de la vida adulta— se iba deteriorando entre las ruinas como ocurre tras un terremoto. Iban quedando al descubierto diferentes fragmentos del pasado. Sucesos separados se juntaban para crear formas sorprendentes, composiciones insospechadas. En eso consistía su enfermedad.

—Y, sin embargo, lo de abrir la ventana funcionó. Y también lo de seguir las normas con tesón —me confesó cuando le puse la siguiente inyección y volvimos al tema del bebé.

—¿Dejó de mearse? —comenté con amabilidad mientras alzaba la jeringuilla y expulsaba una burbuja de aire.

—Creo que no —reconoció mi madre—. Pero los berridos se terminaron.

Se quedó callada, mirando con indiferencia cómo le levantaba un pliegue de la piel y clavaba la aguja. Si el médico, al darme la receta, no me hubiera advertido de que esas inyecciones eran muy dolorosas, yo no lo habría sabido por la mirada indiferente de mi madre.

—¿Quizá envió usted al bebé a algún lugar? Por ejemplo, al extranjero, con la familia de su marido —pregunté con cautela.

Durante un largo rato mi madre no retomó el tema. No le gustaba que yo supiera cosas sobre las que no deseaba hablar con cualquiera. «¿Dónde habrá oído eso?», se preguntaría sin duda mientras yo tiraba la ampolla, la jeringuilla y el algodón. Se había equivocado conmigo, estaba de veras decepcionada. Meter la nariz en los asuntos ajenos. Entrometimiento reforzado con antipática intuición. Lo que más detestaba. El gélido vacío de su mirada azul podía arrebatar la seguridad en sí misma a cualquier enfermera. Yo quizá supiera poner inyecciones, pero me faltaba discreción. No sabía qué podía permitirme decir, no respetaba los límites. Aunque no era la única. Todas las que allí estuvimos —y cada varios días mandaban a alguna nueva a la que mi madre veía por primera vez— éramos iguales.

—Nada de eso —contestó al final mientras se incorporaba. Desde que la conocía, siempre había sido capaz de negar la evidencia con toda tranquilidad. No sentía ni frío ni calor. Ni el dolor al cortarse en un dedo, por ejemplo. ¿Sangre? Unas gotas como mucho. Prefería creer que por sus venas no corría sangre y que sin ella se podía vivir. Así habría resultado incluso más higiénico. Si se lo hubiera podido permitir, habría negado que en el transcurso de su vida había estallado una guerra. Y mucho menos habría reconocido que en su fuero interno algo hubiera ardido y se hubiera apagado. Eso era fácil de ocultar después de un incendio que había devorado medio mundo. A su alrededor no faltaban personas con quemaduras que exponían abiertamente su perjuicio. Por fortuna eran ellos los que atraían toda la atención.

A través de otra fuente me enteré de que tras los primeros meses de berridos nocturnos el bebé acabó al otro lado del telón de acero. Lo cruzó por arriba, en avión, lo cual exigía solicitudes, justificaciones y permisos especiales. Llamemos Milán al lugar al que fue. Según me aseguraron más tarde, la niña siguió llorando allí, aunque entonces realmente no tenía razones para hacerlo. Al parecer siempre estaba bien alimentada, con los pañales limpios y protegida del modo adecuado frente a las corrientes. Está claro que no era capaz de apreciar todo aquello, porque sus berridos llegaron muy lejos, de día y de noche, durante muchas semanas. Un poco más y su madre habría podido oírlos desde su piso en la otra punta de Europa. Si el bebé hubiera sabido lo poco que había faltado para ello, no habría escatimado esfuerzos y se habría entregado a fondo.

Me da pena esa niña, seguramente agobiada por el doloroso enigma de la desaparición del mundo en el que había nacido, por una incomprensible ausencia y quizá también por la nostalgia. Y además me da pena porque al final no le quedó más remedio que rendirse. De manera gradual se fue callando, a medida que la figura de mi madre se borraba de su memoria. Poco a poco se olvidó de que antes de la criada milanesa de mi abuela hubo otra persona en su vida. Los bebés tienen una memoria frágil, igual que los ancianos. Los hechos se desvanecen, incluso los más importantes, las imágenes desaparecen como en un carrete velado. Los esfuerzos de la memoria resultan vanos y sólo traen dolor y desaliento.

Cuando su madre volvió, la niña no la reconoció. A decir verdad, ella tampoco reconoció a la niña, que ya sabía andar e incluso hablar. Sólo hablaba en un idioma que, en realidad, su madre conocía bien, aunque era para ella una lengua ajena. Debería haber imaginado que así ocurriría. Era evidente que la niña no había aprendido, en ningún idioma, la palabra que ella esperaba escuchar.

Yo sabía bastantes cosas acerca del incendio que precedió a aquellos sucesos. Menos en nuestra casa, en todas partes se hablaba sin parar sobre él, con una mueca de desprecio en los labios dirigido a los incendiarios, que estaban lejos. Nuestro desprecio no podía alcanzarlos allá donde se encontraban, así que se quedaba aquí y era a nosotros a quienes envenenaba el aire. De los vapores nocivos surgía una confusa verdad: que el mundo no le garantiza a nadie la supervivencia. La vida es peligrosa como las aguas profundas, en las que o nadas o te ahogas. Hoy nadas, mañana te ahogas, eso al mundo le da lo mismo. Los remolinos me arrastraban de madrugada. Quería alejarme a nado, pero ya no podía. El agua, fría y negra, penetraba en mi nariz y en mi garganta. Sabía lo doloroso que era hundirse y rezaba para que todo acabara cuanto antes. Por suerte, siempre me despertaba en el último momento.

En cambio, de mi madre sabía muy poco. Sólo aquello que en su opinión yo debía conocer. Sabía lo que ella no deseaba. Y casualmente lo que no deseaba era justo lo que no había manera de evitar. No deseaba que la tocaran, porque los niños siempre tienen las manos pegajosas. No deseaba problemas, pero yo era una fábrica de problemas. No deseaba mi compañía. Ni mi amor. ¿Por qué el amor tampoco? Si un extraño se lo hubiera preguntado, habría apartado la mirada, turbada. No habría sido capaz de explicárselo a un extraño. Ciertas cosas debían ser ocultadas a la curiosidad de los extraños. Yo, por mi parte, lo comprendía sin necesidad de preguntar. Lo sabía todo, a grandes rasgos. Lo de las manos pegajosas y lo de que le aburrían las historias del parvulario con las que yo pretendía entretenerla. En estos casos, hay que confiar a ciegas, sin sentir el sufrimiento propio. Nada se hace evidente con tanta facilidad como el hecho de que no estamos y nunca estaremos.

Entonces, ¿por qué el amor tampoco? Después pude imaginar que tal pregunta nos habría conmovido a las dos y habría provocado que las cosas volvieran a su orden natural, aunque no es algo seguro. Podría haber ocurrido de un modo muy diferente. La habría visto encogerse de hombros con irritación, porque tampoco deseaba ese tipo de preguntas. Y eso era todo. Es posible que no hubiera nada más.

El recuerdo de la persona más importante de mi vida aún volvió de vez en cuando. Quería verla, pero no podía porque la niebla se la tragaba ante mis ojos. Debía ser alguien a quien yo había conocido muy bien, antes de que aquella mujer con una maleta, mi madre, se presentara ante mí en Milán. Debía ser alguien a quien había querido y que no había rechazado mis sentimientos. Pero ese alguien ya no estaba en ninguna parte, ni aquí ni allí. Antes de que me volvieran a enviar a Milán, la criada de mi abuela se marchó y desapareció de

nuestras vidas, de ella sólo quedó su nombre, que raramente se mencionaba.

Al acercarse el final empecé a quedarme en el piso de mi madre durante todo el día. En un primer momento no me había dado cuenta de que lo peor ocurre por las noches y por eso era por las noches cuando había que estar allí. De noche mi madre se despertaba y se levantaba. Para encender la luz habría tenido que recordar dónde se encontraban los interruptores, pero, caminando a oscuras, no sabía ni siquiera en qué año estábamos ni qué lugar era aquél.

—¿Hay alguien ahí? —gritaba con voz temblorosa al salir de su habitación, porque todavía recordaba que en el mundo existían otras personas aparte de ella. Aunque esta certeza no le proporcionaba ningún alivio, sino todo lo contrario.

—¡Sí, estoy yo! —contestaba tras despertarme, y después salía al pasillo entre tinieblas, porque la luz podía asustarla.

—¿Dónde? —preguntaba al cabo de un rato y su voz ya me llegaba desde otro lado. Recorría las habitaciones buscando a tientas. Habríamos podido cruzarnos en la oscuridad una y otra vez sin vernos.

—Aquí —decía yo, cogiéndola de la mano.

Retrocedía, asustada. Esto sería algo comprensible si hubiera querido saber quién era yo, pero para ella había otra cuestión más urgente.

—¿Quién soy? —preguntaba, turbada por su desconocimiento, aunque demasiado angustiada como para ocultarlo.

¿Qué podía decirle yo? ¿Nombre y apellido, profesión, dirección? En especial el apellido le resultó extraño, incluso cómico.

—Imposible, debe de ser un error —contestó sonriendo en la oscuridad.

Era el apellido de mi padre. Ella lo había olvidado, no le sonaba de nada. Entonces probaba a introducir en su memoria su apellido de soltera, como si fuera una llave vieja y oxidada. Y encajaba. Se abría con un chirrido el primer compartimento, casi intacto, en el que habían quedado los recuerdos de la infancia. Eso bastaba para que mi madre pudiera volverse a dormir. Pero si por casualidad una corriente de aire abría el siguiente compartimento, salían de él nuevos signos de interrogación.

—¿Dónde estamos? ¿Y dónde están todos? —inquiría intranquila.

No había respuestas concretas para esas preguntas. No a las tres de la mañana, a oscuras.

—¿En qué año estamos? —le preguntaba yo mientras la cubría con el edredón.

—Déjame que piense —contestaba sonriendo. Pero no era capaz de

hacer un cálculo de los años, había demasiados, se cansaba y se quedaba dormida. A menos que la corriente abriera un tercer compartimento. Entonces empezaba a atormentarla una vaga sensación de no haber cumplido con su deber. Porque también había una niña, sin duda. ¿Qué le había ocurrido exactamente? ¿Qué sucedió para que la perdiera de vista? Mi madre había sido un modelo de rectitud y ahora esa rectitud no le permitía olvidarse de la niña hasta el amanecer. Buscaba sin descanso en todos los recovecos de su memoria. Entre la medianoche y el amanecer volvía muchas veces a Milán, en avión o en tren, en cualquier época del año, convencida al ciento diez por ciento de que debía de haberla dejado allí. Echaba un vistazo al recibidor; entraba en el salón, donde estaba el piano; en el comedor, con su lámpara de cristales coloreados sobre la mesa; en el despacho de mi abuelo; en los dormitorios con sus armarios de espejo. Desierto, ni un alma, como si todos hubieran muerto. Al final perdía toda certeza y empezaba a buscar en otras zonas, en otros registros del calendario. Desorientada y sin grandes esperanzas, iba y venía entre Łódź y Dresde. A las siete de la mañana ya no le quedaban ideas sobre dónde buscar. No se le ocurrían más lugares. Los vagones sin ventanas acababan de llegar a Mauthausen, a principios de la primavera de 1945. ¿Alguien ha preguntado hace poco en qué año estamos?

El difuso recuerdo de la niña le comprimía los tejidos del cerebro. Entonces los jirones del pasado se elevaban y empezaban a girar como los posos en un vaso cuando removemos el té con una cucharilla. Una ciudad donde se persigue el dinero de la mañana a la noche, el agujero negro de la guerra y la ocupación, los sacos de cartas en correos, los grandes titulares en los periódicos que atemorizaban con las noticias sobre el mortífero poder de la bomba atómica, los libros, las reuniones académicas, las montañas de pañales de algodón. Todo aquello hundido para siempre. Y el dolor se hacía insoportable. Al menos algunos días.

Otros días no recordaba nada de todo eso.

Los niños del vecindario raras veces jugaban en el patio, sólo cuando hacía buen tiempo y no estaban ni en el parvulario ni de vacaciones. Pero ni siquiera cuando jugaban se podían oír sus voces, porque las ventanas permanecían cerradas. Cierta tarde estábamos tomando el té, el día era caluroso y la ventana estaba abierta.

—Cierra. No me gustan los niños —dijo ella en un tono afable—. Hacen mucho ruido.

Nada la cansaba tanto como el exceso de alegría.

El té debía estar hirviendo, debía quemar los labios, sólo así mi madre tenía la seguridad de que lo estaba bebiendo de veras. La prima a la que se había dirigido ya no podía contestar en persona. Asentí en

su nombre y cerré la ventana. Yo sabía que todo aquello no se refería a mí. Había aparecido en la vida de mi madre poco antes, quizá a través de un anuncio, como asistenta doméstica con la posibilidad de tener que desempeñar distintos papeles en caso de necesidad. Sólo necesitaba enterarme de quién era yo esa tarde. Estudiaba la situación con cuidado para entrar en ella con suavidad, comprobaba el terreno, apoyándome, es cierto, en mi propia experiencia vital, pero de un modo que no me comprometiera y con toda la discreción posible.

—Sí, los niños suelen ser latosos.

—Cuando los tuyos eran pequeños tu vida no resultó sencilla. ¡Y eran dos! Lo recuerdo. Te las apañaste como pudiste.

Ella misma también debía de saber algo sobre el tema, porque, aunque sólo tenía una hija, desde el principio fue incapaz de apañárselas. Cuando los niños son pequeños, la vida no puede ser fácil, pero a cambio pasa deprisa, corre a todo trapo desde los viejos problemas hacia los nuevos. En aquella época mis chicos ya eran adultos. El mayor quería casarse.

—¿Chicos? —Mi madre se quedó callada, algo confusa. ¡Pero si habría apostado la cabeza a que se trataba de dos chicas, además gemelas! Me miró con atención sin decir nada. Debió de dar por válida la idea de que en mi memoria también se había producido un terremoto. ¿Quizá su contenido se estaba deteriorando entre unas ruinas similares, inmerso en la misma niebla? ¿Qué otra circunstancia podría explicar que me hubiera equivocado de tal forma en lo referente a mis hijas?— Pero cuando te trajeron al campo de concentración… —continuó al cabo de un rato.

Si de repente, sin venir a cuento, me hubiera tirado a la cara el té caliente, no me habría sorprendido, dolido ni me habría sacado tanto de mis casillas como en ese momento. ¡No me llevaron al campo de concentración! Fue ella la que me metió allí, como quien no quiere la cosa, sin pensárselo mucho y sin sentimiento de culpa. El papel que me había tocado ese día resultó ser demasiado difícil. Lo mejor habría sido huir entre bambalinas, pero allí no había bambalinas, estábamos sentadas junto a una mesa en una tarde de verano, las dos solas, bebiendo té. No me había ocurrido nada del otro mundo, no era la única que había pasado por un campo de concentración y en realidad debería alegrarme de haber salido con vida. A decir verdad mi pasado se rompía por las costuras, estirado para que en él cupiera el campo de concentración, donde había estado en tiempos inmemoriales, mucho antes de que ella conociera a mi padre. Si se observara el andén desde el aire, yo aparecería como un pequeño puntito en medio de una multitud anónima, en la que la vida y la muerte dependían del capricho de algún hombre arrogante vestido de uniforme, quizá un atractivo melómano que cuando acababa su servicio escribía cartas a

su madre o a su prometida. Más tarde los zapatos y las maletas se exponían públicamente sin pedir permiso, porque ya no había a quién pedírselo.

No, no quería ser una víctima. Hasta ahora mi currículum nunca ha contenido esa mancha. Me han humillado, claro que sí, como a todos. Pero no de esa manera y no hasta ese punto. Me he criado en un país en el que la humillación de los ciudadanos era para los gobernantes el modo principal de comunicarse con ellos en la escuela, en el ejército y en la sala de partos, en las administraciones y en la calle. Pero si a pesar de todo estaba convencida de que mi vida merecía un respeto, se debía a que jamás me había cruzado con ese melómano. Si hubiera tenido que pasar por ello —pensaba yo furiosa — me habría roto en pedazos, me habría desvanecido en el aire. Y no sé qué habría tenido que hacer después para volver a mi propia esencia. ¿Apretar los puños? ¿Torcer la boca en gesto de desprecio? Tanto lo uno como lo otro son trampas: te odias a ti mismo y a ti mismo te desprecias. Es lo que acaba ocurriendo.

—¿A qué campo de concentración? —la interrumpí.

Pude incluso haber pedido de inmediato que me sacara de aquel lugar. Me habría mirado extrañada, sin entender qué le estaba diciendo. Me había introducido allí sin la menor dificultad, pero ¿sacarme? No, imposible. Eso iba más allá de sus posibilidades, porque ella no significaba nada en ese campo de concentración, nada dependía de ella, no tenía derechos en ese sitio, absolutamente ninguno. Mi petición era ridícula, debería avergonzarme. Tras las alambradas hay, digamos, diez mil personas, ni mejores ni peores que yo, igual de culpables o inocentes, y las reglas son las mismas para todos. No se puede salir por la puerta. En todo caso uno se puede lanzar contra las alambradas, que están electrificadas; eso proporciona una rápida liberación, a cambio de la cual hay que entregar la vida en el acto. Yo estaba preparada para todo.

—¡Nunca me llevaron a ningún campo de concentración! —grité—. ¿Cómo habrían podido hacerlo, si nací diez años después de la guerra?

Según sus cálculos yo tendría que haber sido al menos cinco años mayor que ella. Levantar la voz no me aportaba credibilidad, en especial porque últimamente yo solía ser personajes muy diferentes, de los que casi todos…

Esta vez, sin embargo, mi madre me miró sin la menor aversión. La idea de negar la evidencia debió de resultarle familiar. Sí, desde luego, comprendía muy bien por qué no me quedaba más remedio que ponerme cabezota. Y la sandez que me había atrevido a presentar al mundo contenía un ímpetu enorme. Mi petulancia casi eclipsaba la historia de cierta pariente de unos amigos suyos que después de la guerra se marchó a Australia y vivió allí bajo un apellido anglosajón, y

que era quince años más joven que mi madre.

—Ver para creer… —comentó. Y asintió con la cabeza.

# LA DISCORDANCIA DE LOS SONIDOS

En la bonita y fabulosa época de la unificación del país, tras siglos de división territorial y de ocupaciones —austriacas, francesas, españolas —, vivían dos hermanos llamados Filippo y Adolfo. Ambos eran directores de orquesta, pero no de orquestas grandes y famosas. Eran el tipo de músico que buscaban las bandas militares del recién nacido ejército. Parecía que el mundo había encontrado su camino y la gente comprendió lo que era importante de verdad: la honestidad, el sentimiento de unión y los instrumentos bien cuidados.

Por otro lado, como es normal, la gente fundaba familias. Adolfo, el abuelo de mi tía Laura, se prometió, y también lo hizo su hermano Filippo, mi bisabuelo. Los padres de las novias no estaban demasiado entusiasmados con aquellos candidatos a yernos. «No es un buen partido para nuestra hija», decían. «Un joven sin fortuna ni contactos, el hijo de un organista, vaya cosa».

Pero no se obcecaron en sus posturas, porque también ellos se habían contagiado del espíritu de fraternidad que se extendía por doquier. A todas las personas que vivían aquellos momentos la existencia les parecía una inmensa pradera primaveral, un paraíso tricolor, —verde, blanco, rojo—, en el que no quedaban sueños sin cumplir. Se creaban hospitales, escuelas y hospicios; los trabajadores del campo analfabetos se morían de ganas por aprender; las esposas de suboficiales que no tenían recursos tras enviudar no se veían obligadas a pasar meses pidiendo ayuda a los alcaldes. En las casas y en las escuelas enseñaban a los niños desde pequeños a respetar a los más pobres y a los más débiles, les enseñaban a creer en la naturaleza humana y en que el mundo es bueno. Los hermanos tuvieron hijos. Los enviaron a la escuela cuando llegó el momento y a ellos también les enseñaron esas hermosas cosas. Pasó bastante tiempo antes de que el mundo dejara de estar afinado. Nadie sabía ni cómo ni cuándo había sucedido. Las bandas militares seguían tocando las mismas marchas de siempre cuando, de repente, a los que hasta poco antes eran unos niños los vistieron con uniformes y resultó que todos los muchachos sabían echarse el fusil al hombro, como si hubieran estado practicando desde su nacimiento. Aunque en realidad no es algo tan

difícil. El hijo mayor de Adolfo, llamado Andreino, se enroló en el ejército como voluntario y murió nada más empezar la guerra, a los pocos momentos de llegar al frente, convirtiéndose quizá en la primera baja del ejército italiano, sin que le diera tiempo a disparar contra el enemigo: el fuego de su propia artillería —que en los estados mayores denominan «amigo»— lo hizo pedazos y no quedó nada que poder introducir en el ataúd. Ettore, el hijo menor de Adolfo, se alistó poco después, pero fue demasiado tarde para acudir en ayuda de su hermano. Reconocieron su tesón, fue ascendido y al final de la guerra lucía ya galones de capitán. Sin embargo, su ánimo no se recuperó.

Mi abuelo Vittorio era hijo de Filippo y primo carnal de los dos anteriores. No se alistó en el ejército como voluntario. «De eso nada», afirmó, pero aun así se pasó la guerra metido en las trincheras: un estudiante del conservatorio vestido con uniforme de subteniente. Lo que allí vio jamás se lo perdonó a los políticos, a pesar de que volvió a casa sano y salvo, si exceptuamos una herida de bala en el brazo derecho, recibida al final de la guerra, insignificante y que pudo sanar sin gangrenas ni amputaciones. Eso sí, los dedos perdieron movilidad. Una vez licenciado del ejército, se sentaba en una silla y se miraba los dedos. Sabía perfectamente que no podría retomar su vida anterior. No podía ni mirar el piano. Cuando oía música se tapaba los oídos. Pero al final se levantó de la silla y se matriculó en la facultad de derecho. La decisión de pasar de su antigua vida a esta nueva, que discurría en sentido contrario, la tomó encogiéndose de hombros, aburrido por la inactividad. Se prometió unos años después. A mi bisabuelo Filippo la dirección de orquestas no le sirvió para amasar una fortuna que pudiera dejarle a su hijo en el futuro, pero Vittorio tenía de qué presumir en lo referente a sus ingresos y sus contactos. A mi bisabuela le gustó su futuro yerno, consideraba que era un partido ideal para su hija.

—Tiene todo el futuro por delante —dijo, aunque a él su pasado todavía le pesaba como una losa. Transcurrieron unos cuantos años antes de que los dedos de su mano derecha se olvidaran del pasado, al menos lo suficiente para que Vittorio quisiera volver a adquirir un piano.

La familia de la que procedía la novia era distinta. Mi bisabuelo Enrico, su padre, no marchó hombro con hombro junto a Filippo y Adolfo en la hermosa época de la unificación del país. Él apoyó al bando contrario y se mantuvo entre los pocos que no creían en la igualdad y la fraternidad, sino en que los más fuertes debían gobernar a los más débiles, los más inteligentes a los más tontos, los mejores a los peores. Cuando aceptó los hechos consumados, Enrico se retiró a su casa. Ordenó construir una pajarera en el jardín, en la que encerró pájaros exóticos de vivo plumaje que se posaban sobre sus hombros y

comían de su mano. Con el tiempo llegó a la conclusión de que quizá fuera bueno que las viudas de los suboficiales recibieran ayuda de las autoridades y que los campesinos aprendieran a leer. «Quizá sea bueno que la industria y el comercio se desarrollen», reconoció al final. Sin embargo, en los últimos años del siglo la casa con el jardín y la pajarera empezó a atragantársele al centro de la ciudad: de pronto necesitaba una escala diferente, grandes almacenes gigantescos, bancos enormes, compañías aseguradoras del tamaño de fortalezas. Y amplias calzadas en lugar de los canales navegables, hermosos, pero poco prácticos.

Enrico falleció antes de que comenzaran las obras para transformar la ciudad y seguramente se alegró de no tener que verlo. La casa fue derribada y la familia se trasladó a otro domicilio. En el recibidor de la nueva residencia, en el paragüero, quedó perpetuado Enrico, irreconocible por completo, en forma de bastón con empuñadura de marfil.

Mi bisabuela, que era quien reinaba en la segunda casa, se desvinculó de los asuntos de su reino antes de la siguiente mudanza. No llegamos a coincidir: su ataúd salió cuando mi cochecito aún no había llegado. Su gobierno terminó, pero ella no desapareció de nuestras vidas. En realidad, se trató de una abdicación, tras la cual la bisabuela pasó a ser parte integrante de sus manteles, de su plata y de su porcelana, y ocupó puntos estratégicos en los armarios y los aparadores del tercer domicilio, intachable, inflexible. Enrico, por su parte, también se instaló en el nuevo recibidor.

El piano de Vittorio era un Streicher vienés de bella sonoridad. Al parecer siempre estuvo colocado en medio de la corriente, también en el anterior salón, más grande, pues la bisabuela mandó que lo pusieran así cuando lo trajeron y lo subieron al primer piso. Era la época de las marchas de las milicias de negro, de los ruidosos cánticos al ritmo de la música militar, marcado por el estrépito de las botas claveteadas. Vittorio escuchaba con atención y pensaba que habría guerra. De la anterior acabó hasta las narices y no deseaba otra. El recuerdo de su primo muerto lo asaltaba cuando leía en el periódico noticias sobre los recientes éxitos del ejército italiano en Albania. Magníficos éxitos, a cambio de los cuales los hijos de alguien habrán entregado la vida, decía encogiéndose de hombros. Y comentaba que menudo miserable tendría que ser para querer semejante sacrificio. Los periódicos, llenos de ese tipo de sandeces, ya no se podían leer. Aún había quien se preocupaba aquí y allá por ayudar a las pobres viudas de los suboficiales, pero no quedaba ni un ápice de fraternidad, ni tampoco respeto por los más débiles, que no aguantaban el ritmo de los más fuertes. El café se adquiría con cartillas de racionamiento, pero no había ni leche ni azúcar con que mezclarlo. Cuando las

alianzas se rompieron y comenzó la ocupación alemana, el primo Ettore se marchó al campo a organizar a los partisanos. Las circunstancias lo obligaron a echar mano de gente muy joven. Mi padre ingresó en su organización unos meses antes de terminar el bachillerato y Vittorio tuvo que aceptarlo.

En esa familia todos recibían a su debido tiempo una sólida educación musical. Era lo primero que se tenía en cuenta. Vittorio y Ettore se llevaron de casa un sentido de la forma demasiado bueno como para que les pudieran agradar aquellos discursos toscos y llenos de repulsiva soberbia. De sus padres, y sobre todo de sus abuelos, que vivieron en la hermosa época de la unificación del país, heredaron la nostalgia por la paradisíaca pradera tricolor de esperanza y fraternidad, así como un particular sentido de la corresponsabilidad respecto al destino común. Pero el mundo ya se había desviado del camino y rodaba sin desear que lo socorrieran.

—El mundo es más complicado de lo que nos gustaría —decía Ettore.

—Y menos obvio —decía Vittorio.

Vittorio no se movía de su sitio cuando había alarmas antiaéreas y el resto de la familia bajaba al refugio. Se negaba a irse, no quería. Cuando empezaban a sonar las sirenas, él se sentaba al piano y tocaba escalas y arpegios para ejercitar los dedos, se lo pasaba estupendamente, pero con el estruendo causado por las bombas aliadas las cuerdas se iban aflojando poco a poco, una tras otra. Desde hacía mucho la culpa de ello la tenía la regencia de mi bisabuela: a causa de las corrientes, las clavijas no estaban bien apretadas en el clavijero y no aguantaban las sacudidas. Al día siguiente llamaban al afinador, que, como no tenía trabajo entre manos, se ponía en camino sin demora, atravesaba los escombros de edificios centenarios, que aún no habían sido apartados, llegaba a su destino con las botas llenas de polvo y expresaba su convencimiento de que el bombardeo del día anterior no sería el último. Recomendaba cambiar las clavijas, pero Vittorio no tenía ninguna prisa por hacerlo. En la caja del piano guardaba el dinero de la organización creada por Ettore. Bajo el teclado escondía las cuentas y para acceder a ellas tenía que desatornillar dos tornillos, retirar un listón y sacar algunas teclas. Siempre recordaba qué papeles tenía bajo los registros agudos y cuáles bajo los graves.

Un día llamó a la puerta un oficial alemán, que venía en compañía de dos soldados y traía una orden de registro. Se trataba de acciones rutinarias, las autoridades ocupantes ya sabían quién era Ettore. Lo estaban buscando, inspeccionaban las casas de todos sus familiares. El oficial alemán mostró interés por el instrumento y alabó su buen

sonido. Mientras los soldados registraban el piso, él echó un vistazo a las partituras de Vittorio y tocó al piano un fragmento de una sonata de Beethoven, al parecer bastante bien. Quizá se produjo algún susurro de papeles bajo las teclas, pero no prestó atención. Cuando se apartó del piano le dedicó una sonrisa a mi abuela, satisfecho de sí mismo.

Cuando en cierta ocasión se recordó en mi presencia la visita de ese alemán, fue como si lo viera sentado al piano, con su uniforme, con la esvástica en las mangas, y así se me quedó grabado en la memoria, asociado a aquel salón que tan bien conocía. Los anteriores no los conocí. El piso de la tercera dirección parecía que siempre nos había pertenecido y siempre nos pertenecería.

Sin embargo, llegó un momento en que tuve que deshacerme de él. El apoderado de mi abuela —un amigo de la familia que en tiempos inmemoriales, al comienzo de las vacaciones, me llevó en coche desde el aeropuerto— me preguntó qué cosas me gustaría quedarme. «A fin de cuentas», me dijo, «hay empresas de transporte que se encargan de eso, lo empaquetan todo con mucha profesionalidad y te lo envían en tren». Lo que no me interesara se lo ofrecerían a familiares y amigos. Lo que nadie quisiera, se subastaría.

Empecé a darle vueltas al asunto. Deseaba quedarme con el piano, pero había un problema: que no tenía casa. En Varsovia vivía en un apartamento alquilado, poco más grande que el piano.

—¿Por qué no lo dejas donde tu madre? —me preguntó.

La conocía de los días en que mi madre solía ir a Milán y el concepto que tenía de ella no coincidía con el mío. Me encogí de hombros. En esa época no me apetecía pedirle nada, pero aunque lo hubiera hecho lo normal habría sido que se negara. Quizá tuviera que conformarme con llevarme algo más pequeño.

Ahora sí que habría sabido cómo hablar con él. Mi madre —le habría dicho a aquel hombre, transparente como el aire después de morir— ambicionaba no ceder ante los caprichos, ni los propios ni los ajenos, y desde luego no ante los míos. Me habría preguntado para qué quería el piano y no me habría resultado nada fácil justificarme. Simplemente me apetece quedármelo, le habría dicho y ella me habría mirado con lástima.

Sabía que no lo volvería a ver.

Había unas cuantas cajas de música; la mayoría de ellas habían conocido el reino de mi bisabuela, en el que había nacido mi padre, y las más antiguas también la casa con el jardín y la pajarera, aquella casa de la que la ciudad tuvo que deshacerse para seguir viviendo. Me permitían ponerlas en marcha, pero no todas a la vez. Raramente se

producía una armonía de sonidos, sólo por casualidad y apenas por un instante. «¡Una a una, una a una!», gritaba mi abuela desde la otra punta del piso, porque no le agradaba tal orquesta. En las calurosas tardes de verano yo esperaba hasta que se echara la siesta; entonces abría el piano y tocaba las teclas con cuidado, consciente de que estaba prohibido. Aunque lo exponían a las corrientes de aire, lo resguardaban de las huellas dactilares y si aparecía alguna sobre el barniz sólo podía ser mía, yo misma generaba pruebas contra mí. La abuela tenía un oído sensible: los sonidos penetraban en su sueño y perturbaban su placidez. «¡Desafinas! ¿No lo oyes?», gritaba enfadada desde su dormitorio. Sí, el instrumento estaba desafinado y cada año más, porque desde la muerte de Vittorio no se había vuelto a llamar al afinador.

Una vez entró en el salón de puntillas y se detuvo detrás de mí.

—Quita las manos del teclado —dijo en voz baja. Rápidamente las aparté y las crucé tras la espalda, y ella cerró de golpe la tapa. Yo no podía ganar esa guerra por medio de la terquedad, pero al menos lo intentaba. Cuando me volvió a sorprender, la ataqué con una furiosa cacofonía. Durante mucho tiempo llevé una marca morada alargada en el dorso de las manos. «¿Qué ha pasado?», preguntaba todo el que venía a casa. La abuela me lanzaba una mirada severa cuando yo señalaba en silencio hacia el piano.

Cuando me deshice del piso regalé muchos objetos, pero las fotografías me las llevé. Dos cajas redondas, de las que sirven para guardar sombreros, y en su interior mi familia. Si a través de alguien digno de confianza Adolfo y Filippo se hubieran enterado de que tras su muerte iban a vivir en Varsovia, se habrían sorprendido mucho, sobre todo si alguna vez habían oído hablar de esa plaza fuerte situada en el extremo oeste del Imperio ruso, país inmenso en el que vivían osos. La bisabuela aparecía en diferentes poses y desde diferentes ángulos. Por ejemplo, había una foto en la que salía con un sombrero de los años treinta. Ya estaba entrada en años, aunque tenía un aspecto espléndido. Alguien le había marcado con una navaja unos colmillos de vampiro. Debió de ser mi padre en sus años de escuela, quién sino. La abuela siempre dos pasos por detrás de la bisabuela, todavía joven e incluso sonriente, aunque quizá no tuviera motivo para ello. Vittorio en vacaciones, sin sombrero, con un traje de verano claro, con las cumbres alpinas al fondo y un periódico enrollado. El viento le levantaba el pelo sobre la frente.

La mujer del vestido oscuro es Violet, una violinista con la que Vittorio tuvo un romance que duró toda la vida. Era inglesa, pero llevaba el apellido estonio de su marido, un ruso blanco o quizá un oso de cuento. Es posible que entre las fotografías sin identificar de

una de las dos cajas redondas esté su retrato en forma humana. Según los relatos, que tienen su origen en los años treinta del siglo pasado, Violet era una mujer independiente: puede que viuda, puede que divorciada. En cualquier otro asunto Vittorio habría hecho caso a su familia, pero en éste se mantuvo en sus trece. La violinista solía almorzar con ellos los domingos. Tras los postres tocaban juntos piezas para violín y piano, mientras mi abuela se sentaba en el sofá y los escuchaba. Quizá ya por entonces se le pasó por la cabeza la idea de cerrar la tapa de golpe, es posible que llevara en sus oídos la representación del estruendo que pondría fin a todo aquello; imagino que el sonido del piano no la habría irritado tanto si las dudas no le hubieran impedido hacerlo en su momento.

—Quita las manos del teclado —le habría dicho al abuelo tras detenerse en silencio a su espalda. Él, sin dejar de tocar, se habría girado y la habría mirado sorprendido. Y entonces se habría oído el ruido de la tapa al caer, que tan bien conocía yo.

Violet continuó yendo con sus hijas durante mucho tiempo tras la prematura muerte de mi abuelo. Después, por lo que yo misma puedo recordar, las hijas aparecían por allí solas. La mayor siempre mostraba una ligera sonrisa, al contrario que la otra, diez años menor, que siempre estaba enfurruñada. Se llamaba Clara y era un poco parecida a nosotros, distante como Vittorio, valiente como Ettore, obstinada como mi padre. Me contaron que durante mucho tiempo no fue capaz de aprenderse las letras y que además engañaba y robaba. Pero cuando yo escuché esa historia ya no robaba ni engañaba, sabía incluso hacer cuentas y escribir sin errores, cosa que me llenó de esperanza. «Basta con esperar», pensé, «y los problemas desaparecen solos». En aquellos tiempos Clara obtuvo sus primeros éxitos en el escenario. Bajo la mesa del salón, donde tenía la costumbre de meterme con los cuadernos de colorear, contemplé asombrada su foto en un periódico, en la que aparecía vestida de manera extraña. Intenté colorearla mientras sobre mi cabeza, sentados alrededor de la mesa, los demás hablaban del teatro, de la representación y de la reseña periodística.

En la tercera dirección, mi abuela se quedó sola al final, o, por decirlo de otra manera, con su criada. Vico, su hijo —mi padre—, vivía en un lugar solitario situado en los confines de Europa y dos o tres veces al año venía en avión desde allí. De cuando en cuando la visitaba Clara, aunque no había forma de prever cuándo se presentaría. La hermana mayor de Clara volvió a la ciudad de la que había salido su madre muchos años antes: Londres. Nos llamaba a veces por teléfono, pero a mí no me pedían que me pusiera, lo cual me parecía de lo más normal: yo era la más pequeña de la familia, me pasaba el día debajo de la mesa y nadie se fijaba en mí. Laura, una

prima de mi padre, fue a la casa todos los jueves regularmente durante veinte años, desde la muerte de Vittorio hasta el funeral de mi abuela, que, por caprichos del azar, se celebró también un jueves. «Pasado mañana viene Laura», decía mi abuela los martes. «Mañana viene», decía los miércoles. «Hoy viene», decía los jueves por la mañana. Y Laura nunca la decepcionaba. Elegante y discreta, siempre hacía lo adecuado, con una despreocupada porción extra de amabilidad en forma de flores y bombones.

Mis hijos no llegaron a ver la casa milanesa de la tercera dirección, porque dejó de existir antes de que ellos nacieran. Yo decía «vuestro bisabuelo», «vuestra bisabuela», hablaba del «pasillo», del «salón», y ellos se lo imaginaban a su manera. ¿Cuatro balcones? Negaban con la cabeza, extrañados. Decía «espacio» y eso no se lo imaginaban de ninguna forma. Los únicos interiores que sabían imaginarse estaban construidos con fragmentos de nuestros pisos varsovianos, cada uno de los cuales era un poco más amplio que el anterior, aunque en ninguno pudimos entrar los cuatro cómodamente.

En el de una habitación y un salón me pasaba los días tumbada en el sofá con las cortinas echadas y los auriculares puestos. Mi familia temía que ya todo fuera a ser así siempre. Y eso que entonces nuestra vida era hasta cierto punto feliz. Sobre el fondo de esa radiante vida sólo había una pequeña mancha oscura que iba creciendo, no se sabe por qué. Quizá por culpa del pasado, porque todo lo que le pertenece tiene sus consecuencias. El pasado deja surcos en los que inevitablemente caerá el futuro. Había demasiado pasado y no sabía dónde esconderme de él. ¿En el futuro? Había demasiado poco futuro. Hacia el mediodía preparaba la comida. Los niños la calentaban cuando volvían de la escuela.

—¿Podemos encender la luz? —preguntaban al entrar en el salón, donde estaba el sofá.

—No —contestaba yo con poca firmeza.

Un día vi que mi marido desempaquetaba un teclado electrónico, lo colocaba sobre un soporte y lo enchufaba a la corriente. Escuché un sonido plano, anodino, incapaz de ocultar su artificialidad.

—Por los auriculares suena mucho mejor —me dijo mi marido.

Me levanté del sofá y eché mano de los auriculares.

El teclado electrónico era al piano milanés lo que nuestros pisos a los pisos milaneses, lo que nuestra vida de aquí a la vida que llevaban allí. Pero, por otro lado, no tenía nada en común con todo eso. Había sido fabricado en Japón y siempre estaba afinado. No tenía ni clavijas ni cuerdas. Si hubieran caído bombas a su lado, no se habría

desajustado ni un sonido. Me entretuve con él hasta la siguiente mudanza. En el último de los pisos que compartimos los cuatro, con dos dormitorios y un salón, hubo por fin sitio para un instrumento de verdad. Se podía poner un piano de pared entre dos estanterías para libros. Durante mucho tiempo no fui capaz de decidirme y quizá me habría conformado sólo con imaginarme el piano entre las estanterías de no ser porque un día mi marido, a quien no le gustaba alargar esos asuntos eternamente, cogió y me llevó a un taller. Había allí unos quince pianos, todos diferentes, y todos estaban a la venta.

—Escogemos uno y volvemos con él a casa hoy mismo —comentó.

El que compramos, de antes de la guerra, pesaba más de media tonelada. Cuatro hombres fuertes lo subieron por las escaleras hasta el segundo piso. No pensé que alguna vez hubiera necesidad de sacarlo de allí.

No había sido restaurado, a pesar de lo que nos habían asegurado. Nadie le había echado un vistazo en aquel taller, que después fue desmantelado a toda prisa. Pero en opinión del afinador al que llamamos al día siguiente, había llevado una vida fácil y sufría sólo algunos defectos poco problemáticos. Según dijo, incluso los peores momentos del siglo veinte los había pasado en locales limpios y sin humedad. Las clavijas estaban sujetas con fuerza. Las abolladuras de los fieltros de los macillos, bastante leves, indicaban que el piano había sido usado, pero con moderación. Tras desmontar el teclado vimos una gruesa capa de polvo, que cubría una moneda de cinco céntimos de antes de la guerra, que se habría deslizado por una ranura como si cayera en una hucha. También había allí un botón blanco de una camisa de hombre, que una vez limpio resultó ser de celuloide con un brillo irisado. Debió de desprenderse de un puño —¿cuándo exactamente? ¿en los años treinta? ¿en los cuarenta?— cuando la mano izquierda tocaba un acorde en el registro más grave.

En el otoño del año treinta y nueve viajaron a Varsovia pianistas extranjeros. Eran muchos y todos debían ser alojados en los mejores barrios, en pisos amueblados, cómodos, a poder ser provistos de buenos instrumentos. Los dueños de los pianos fueron echados de sus casas de inmediato y los instrumentos pasaron a ser propiedad de los recién llegados. Cuando fue aplastada la insurrección del cuarenta y cuatro, organizada por los pianistas locales, los pianistas forasteros volaron todo por los aires, casa por casa, calle por calle, incluyendo los instrumentos. El sentido de la forma no supuso un obstáculo para esto.

Mi marido se reía cuando escuchaba la historia del oficial alemán que había tocado un fragmento de una sonata de Beethoven en el piano de mi abuelo, pero que antes de sentarse ante el teclado había pedido permiso para hacerlo. En Milán, los oficiales del ejército

ocupante alquilaban sus pisos en el mercado libre, pagando un alquiler a los dueños de los edificios. A los habitantes locales se les permitía tener radio, se les permitía tener coche e incluso repostar en las gasolineras, como parte de las asignaciones que se realizaban. Nadie amenazaba a nadie con un arma, no lo zarandeaba, no le gritaba ni lo empujaba, nadie disparaba a la gente o, si lo hacía, no era contra personas desarmadas, no en cualquier esquina, no como si aquello no significara nada. Aunque es cierto que el café estaba racionado y que faltaba azúcar. Todo comenzó con el azúcar, después llegaron los bombarderos y al final apareció el ejército de ocupación.

En nuestro país el orden fue diferente, menos afortunado: primero vinieron los bombarderos y después ya sólo llegó una humillación que no se acabó con el fin de la guerra. Muchos se habrían cambiado con mi abuelo para vivir aquella guerra milanesa sin azúcar, la misma que Vittorio no deseaba y que pretendía superar ignorando los ataques aéreos aliados. Yo la heredé y estoy orgullosa de ella. Pero no porque en ella no hubiera redadas ni desahucios, ni porque en la sala principal del conservatorio se celebraran conciertos cada semana —mientras se mantuvo en pie y las bombas aliadas no la tocaron—. Lo importante es otra cosa: que en el Milán bombardeado a todos nos corresponde el inapreciable privilegio de ser culpables nosotros mismos.

Laura, la prima de mi padre, hace algunos años que cumplió los ochenta. Sí, su vida ha sido muy larga, no en vano cuando era pequeña cada semana veía con sus propios ojos a Filippo y a Adolfo. Recuerda que la sentaban en sus rodillas. Recuerda que los domingos, al acabar la comida, aquellos dos héroes míticos se acomodaban en el sofá, se ofrecían mutuamente cigarrillos y se daban fuego entre bromas. Y quizá sea ese recuerdo el que una hoy día a nuestra familia a pesar del paso del tiempo, a pesar de la distancia. Laura está perdiendo la salud y lo acepta. Pudo haber cedido el timón a otro, pero no quiso.

—Una operación no va a cambiar las cosas —dijo.

Ahora va en silla de ruedas, tan elegante y discreta como antes.

Todos los años la visito, me quedo con ella unos días, siempre a finales de invierno. La memoria le funciona bien, así que escarbamos en ella. Sacamos a la superficie las vacaciones que pasaba con su padre antes de la guerra. Ettore con pantalón blanco, el coche inglés y los mejores hoteles del sur de Alemania, ya después del *Anschluss* con Austria. No es que fuera un manirroto, pero tampoco ahorró por si llegaban malos tiempos: gastaba todo lo que ganaba. Se acostumbró a que la vida cumpliera sus deseos. Quizá no supiera imaginar nada parecido a los malos tiempos. Así que fue de Viena a Múnich y luego a

Núremberg, donde en esos días empezaban a colgar de las ventanas banderas nazis, una junto a otra, de varios pisos de largo, y por las calles ponían banderines. En su país, Ettore huía de tales actos como de la peste y si se hubiera enterado a tiempo, habría preferido viajar a otro lugar. Martirizado por la música militar y por el estrépito de las botas claveteadas, se paseaba por la calle principal silbando *La Internacional* a mala leche, pero su ira enseguida se volvió contra él. Unos guardias con esvásticas en las mangas le pidieron su documentación. Él se rio en su cara.

—Le gustaba pasarse de la raya —comento, aunque yo misma me sorprendo.

—Pero si aún estábamos en el treinta y ocho —contesta Laura encogiéndose de hombros—. No le podían hacer nada, enseñaba el pasaporte italiano. No tenía nada que temer.

Ettore no le temía a nada y durante mucho tiempo siempre se fue de rositas. Para su fábrica de materiales de construcción los tiempos de las grandes obras públicas resultaron ser una época dorada, se podía permitir pagar buenos sueldos, conceder vacaciones remuneradas y darles a sus empleados regalos navideños. A Ettore no le gustaba Mussolini, el enemigo de la libertad, el aliado de Hitler. Mussolini y Hitler eran repugnantes en todos los aspectos y como los periódicos del régimen escribían mentiras, él lo interpretaba todo al revés, incluyendo lo que decían sobre Stalin, a quien estaba más dispuesto a creer. Por eso lamentaba no hablar ruso. Suponía que, si unos mentían, los otros decían la verdad; una mentira que conocía demasiado bien contra una verdad que no podía conocer. Si Stalin hubiera dominado Italia, a Ettore lo habrían enviado a Vorkutá o a Kolimá debido a sus coches, a su hermosa casa, a la libertad tricolor de Filippo y Adolfo, e incluso a las vacaciones remuneradas y los regalos navideños para sus empleados, y nunca habría vuelto. Pero como no conocía el idioma ruso no podía saberlo. Rusia es otro mundo —pensaba él de buena fe, antes de la guerra, cuando le hablaban de las crueldades de la industrialización—, no ha pasado por una revolución industrial como Europa occidental, a eso se debe.

Ettore no imaginaba que nadie, ni Mussolini, ni Hitler, ni Stalin, pudiera, en ninguna circunstancia, alzar la mano contra sus privilegios. Cuando se emitió la orden de busca y captura, envió a su familia a la zona alemana de Suiza, de donde procedía su esposa. Lo hizo a pesar de creer firmemente en su buena estrella. Pero cuando se trataba de la seguridad de su familia, prefería asegurarse. Mientras, la casa que habían abandonado la ocuparon los nazis. Empujaron la portilla y entraron en el jardín. La casa, al contrario que el jardín, estaba bien asegurada, con las puertas y las contraventanas cerradas, pero ellos tuvieron que abrirlas porque planeaban instalar allí el

casino de oficiales. Corrió el rumor de que iban a remodelar el interior. Un día que Ettore se encontraba en las inmediaciones se acercó a comprobar qué pasaba con sus antigüedades, su gramófono y su biblioteca. Su aspecto era diferente al que solía llevar, con barba, bigote y una gorra calada hasta las cejas. Llamó a la puerta del jardinero y en ese momento lo atraparon. Hoy día sigue siendo una incógnita cuál de los vecinos telefoneó a la comisaría.

Cuando lo arrestaron en su propio jardín debió de llevarse una gran sorpresa, pero no se sintió una víctima inocente. Se había ganado a pulso su encarcelamiento por las actividades subversivas que llevó a cabo a los pies de los Alpes. Durante la instrucción del caso no se mostró muy hablador, desde el primer día se negó a decir una palabra. Y éste sería el final de su historia de no ser por el inesperado giro que tomaron los acontecimientos.

Laura dice que no hubo nada inesperado en todo aquello. «Llamadas telefónicas», dice sonriendo. Había quien estaba dispuesto a llamar y había a quién llamar, gracias al buen hacer de varias generaciones.

Así pues, alguien llamó a Suiza para informar a la esposa de la sentencia a muerte antes de que la noticia llegara por correo. La mujer llamó desesperada a su tía, siempre recurría a ella cuando no sabía qué hacer. Y su tía era la madre superiora de un convento a aquel lado de los Alpes. En dicho convento vivía cierta anciana monja que había pasado muchos años en el Vaticano y conocía todos los números de teléfono que podían ser de utilidad.

—¿Sabes quién se puso en contacto con la comandancia alemana para pedir el indulto?

—¿El papa? —digo, tratando de adivinarlo. A Ettore nunca le gustó el papa, ni antes ni después de aquello. Pero eso nadie se lo comentó al pontífice. Tampoco Vittorio era un ferviente católico, ni Adolfo, ni Filippo.

—Pero no eran enemigos del Señor, como Ettore —dice Laura—. Sólo agnósticos, como la familia de tu madre.

¡La familia de mi madre! No doy crédito a lo que oigo. ¿Es que también hablaban de eso entre ellas? Traté de imaginármelas sentadas en el mismo salón, media vida más jóvenes. Y fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que se parecían. En sus rasgos, en su figura y sobre todo en la manera de ser, en su discreción. Laura se queda callada, quizá esté recordando a mi madre y a ambas familias, unidas por la falta de fe, que se agarran de las manos con el acompañamiento de un coro de ángeles, diáfanas como el aire.

La pena de muerte impuesta a Ettore fue conmutada por la de doce años de trabajos forzados, que debía cumplirse en Alemania, concretamente en Buchenwald.

¿Sabía el papa que los alemanes se estaban burlando de él? Y sin embargo Ettore regresó al cabo de un año, medio muerto, aunque convencido de que su vuelta era justo el desenlace que cabía esperar y de que no podía haber sido de otro modo. No le estaba agradecido por ello ni al papa ni a los americanos, que lo habían liberado, sino a la Unión Soviética. «Ellos han ganado la guerra para nosotros», decía.

Le devolvieron su casa despojada de los libros, pero provista ahora de mesas para jugar a las cartas, varios cientos de jarras, vasos y copas, y sofás rosas en el salón. Tuvo que desprenderse de todo aquello para volver a sentir que estaba en casa. Sólo entonces hizo regresar a su familia desde Suiza. Y se dedicó incansablemente a reponer los libros que le habían quitado, desde cero, la biblioteca entera. Habría seguido viviendo feliz de no haberse producido la muerte de Stalin. «Tonterías», repetía desde el primer momento en que oyó hablar de las revelaciones de Jrushchov. «Ya leí sobre todo eso en los años treinta, en la prensa fraudulenta de Mussolini, no había ni una pizca de verdad».

Ettore sufrió un doloroso desengaño con la Unión Soviética. Había soportado una investigación alemana, había sobrevivido a Buchenwald, pero esta vez le entró una fiebre de cuarenta grados, empezó a andar tambaleándose y durante varias semanas estuvo en cama sin dejar de decir tonterías. Se puede vivir sin esperanzas, pero él no sabía hacerlo. Cuando por fin se levantó, se rindió a la irresistible atracción de Mao.

Vittorio a veces iba a visitarlo a su preciosa casa y mantenía con él largas discusiones sentado en su sofá preferido, mientras Ettore se paseaba dando grandes zancadas, yendo y viniendo junto a su biblioteca recuperada. Vittorio no se había fiado ni por un momento de Stalin, ni siquiera durante el gobierno de Mussolini. Y no veía motivo para fiarse de Mao. Nunca se sintió inclinado a creer a ninguno de ellos. Su conciencia disfrutaba de la comodidad de no poseer una fábrica y no deseaba otros apoyos. La esperanza no le resultaba tan necesaria para la vida, o a lo mejor prefería extraerla de otro sitio.

Ninguno de los dos habría valido para vivir en nuestro país, así que quizá haya sido mejor que no tuvieran ocasión de conocerlo. Les gustaba demasiado el café expreso bien cargado y el aroma de los buenos perfumes. Además, nunca les enseñaron cómo convertirse en una parte pequeña de un todo mayor, en un minúsculo tornillo en un mecanismo enorme. No habrían comprendido eso que aquí se denominaba con mucha cautela «realidad», en la cual la participación era obligatoria. A uno lo absorbía el seguimiento de la situación internacional, de la continua ondulación de los valores al alza y a la

baja; al otro, su romance y la música. Nuestra mitad de Europa envidiaba en silencio a la otra mitad por los asuntos que le tocaba afrontar habitualmente y observaba en el cine todo aquello con incredulidad. Pero en voz alta preguntábamos con tono de burla qué podían saber ellos sobre la verdadera vida. Estábamos seguros de que la vida sólo era verdadera allí donde no hay esperanza. Lo sabíamos todo sobre la falta de esperanza. Nos veíamos a nosotros mismos como peces abisales que soportan la presión de masas de agua tan altas como cien pisos. ¿Quién podía compararse con nosotros? ¿Ellos, habituados a las comodidades y los placeres y mimados por sus gobiernos? Seguro que no. Aunque ellos también nos menospreciaban un poco, convencidos de que la verdadera vida es la libertad.

Las conversaciones con Laura sobre el pasado siempre se atascaban en el mismo punto: en la delicada e irresoluble cuestión de Yalta.

—Le regalaron la mitad de Europa —comento con amargura.

—Unos países en los que de todas formas ya había desplegado sus ejércitos —contesta Laura dirigiéndome una mirada de preocupación: sabe que estamos caminando sobre hielo fino—. La guerra se había terminado, nadie tenía fuerzas para seguir luchando. ¿Hubieras preferido que le tiraran una bomba atómica?

—Al menos podrían haber fingido que sopesaban esa opción. Él tampoco estaba ya en condiciones de luchar.

Los nietos de Laura se aburren sentados en el sofá. Yalta, sí, lo habían estudiado en el colegio.

—En vuestra opinión, ¿cómo trataron Churchill y Roosevelt a Europa Oriental? ¿Como es debido? —les pregunto en busca de apoyo. Puedo contar con ellos.

—Qué dices, si fue una canallada.

Laura se siente abandonada por nosotros, aislada injustamente.

—Vosotros aún no habíais nacido —dice con voz algo temblorosa —. En lo único que pensábamos era en retirar los escombros para que la vida pudiera continuar como antes. Entonces nadie preveía lo que iba a pasar con Europa del Este, nadie pensaba en ello. Se hicieron algunas concesiones, quizá importantes, pero debes reconocer que trajeron tranquilidad y bienestar durante muchos años.

Nadie pensaba, ésa es la cuestión.

Se calla y, por supuesto, piensa que la guerra es absurda. Recuerda a Andreino, el primo de mi abuelo, que tenía veinte años y ahora pasaría de los cien, al que un proyectil de su propia artillería hizo pedazos en la primera hora de combate y por eso no tuvo ocasión de volver de la guerra ni siquiera en un ataúd. El recuerdo de esa muerte lleva un siglo en la familia, pasa de una generación a otra junto con la

vajilla de plata y desde hace un siglo la infección se ha mantenido activa en un rincón de nuestra memoria. Laura, aunque nació unos cuantos años después de aquel suceso, ha sufrido esa enfermedad durante toda su vida. La sufrió Ettore, la sufrió Vittorio, la sufrió Vico, mi padre. Justo con esa muerte comenzó para nosotros con varios años de retraso el siglo veinte, que sin embargo después consiguió recuperar el tiempo perdido gracias a una rápida acción. Cien años de malentendidos.

—¿A quiénes trajeron tranquilidad y bienestar las concesiones? —le pregunto para bajarla de las nubes—. ¿A los bálticos, a los húngaros, a los checos? ¿O quizá a los polacos? ¿Y no te avergüenza el hecho de que por vuestra tranquilidad y vuestro bienestar tuviera que pagar quien no disfrutó de nada de eso?

—¿Acaso Ettore, Vittorio y tu padre no dieron todo lo que llevaban dentro? Dejémoslo, por favor. Es mejor pensar en el futuro.

Aunque a su edad no se tiene mucho que decir sobre el futuro.

Se muestra dispuesta a ceder un poco. A fin de cuentas, Ettore pudo haberse equivocado en algo. Sin embargo —insiste obstinada— no pudo equivocarse por completo en todo, porque entonces su vida y la de muchos otros que vivieron como él habría carecido de sentido, y de repente resultaría que desde tiempos inmemoriales el mundo marchaba sin dirección ni propósito. «Por ejemplo», Laura nos mira con aire triunfal y lanza sobre la mesa la última carta, «¡no se equivocó cuando luchó contra Hitler!».

Nos quedamos en silencio. Ahora se podría hablar sobre el tiempo, pero nadie sabe cómo empezar.

En la cocina suena el televisor.

—¡Juanita! —gritamos.

Queremos que nos sirva el té, pero no nos oye. Tiene dolores, los combate con medicamentos y con el concurso de televisión de la tarde. A los treinta y dos años le está saliendo una muela del juicio. Laura echa mano de la campanilla. La campanilla tiene un sonido agudo, estridente.

Cae la tarde de invierno entre la espesa niebla milanesa, igual a la que recuerdo de mi infancia.

—Mañana va a hacer el mismo tiempo —dice Laura mirando por la ventana.

Intento apelar a su conciencia.

—Churchill y Roosevelt le entregaron alegremente cien millones de personas para que fueran sus esclavos. Trata al menos de indignarte.

Le gustaría hacerlo, ya que tanto insisto. Pero no es capaz.

—¿Es que siempre tenemos que discutir por lo mismo? —pregunta con tono suplicante.

¿A sus años no merece ser tratada con más suavidad? Y entonces me viene a la cabeza lo que debo decirle para que comprenda por fin: que allá en mi país, al otro lado del telón de acero, tras la guerra Ettore habría sido encarcelado en lugar de recibir una medalla. Y habría compartido celda con algún miembro de las SS. «¿Encarcelado? ¿Por qué?», preguntaría ella y entonces yo… Pero ya no me escucha, no le quedan fuerzas.

—Ya he cumplido los ochenta —me recuerda.

¿Tendría que seguir atormentándola?

Juanita entra con el carrito de la cocina, sobre el que flota el vapor procedente de la tetera. Las tazas tintinean. Nos servimos el té y los nietos de Laura se lanzan sobre los pasteles.

Si no hay invitados, el té de la tarde lo tomamos en la mesa de la cocina, las tres juntas. Juanita añora la vida familiar. Pero no ésta. La suya es diferente. Tiene hijos, que se quedaron en Perú al cuidado de sus tías y sus primas. Sólo tiene vida familiar a través de internet. Procuramos respetar que Europa le importe menos y su familia más, y entonces hablamos de la vida.

La última vez que vi a Clara fue hace muchos años, cuando fui a deshacerme del piso de mi abuela. Yo estaba terminando mis estudios y ella se acercaba a los cuarenta. Nunca pensé que yo pudiera significar algo para ella y, sin embargo, en aquella ocasión insistió en encontrarse conmigo, incluso canceló un viaje para poder verme, lo que me causó una gran sorpresa. Pasamos toda la tarde juntas. Con las contraventanas entornadas, porque los rayos del sol vespertino siempre daban de lleno en las ventanas del salón, bebimos vino de Marsala —en el suelo del comedor había un brik casi intacto—, después un buen té inglés que sacamos del aparador de mi abuela y comimos chocolate de su despensa. No tengo ni idea de qué hablamos sentadas en los sofás de cuero que alguien se iba a llevar al día siguiente. No sobre asuntos familiares, eso lo recordaría. Ella debía de conocer aquellos sofás desde hacía mucho tiempo, cuando aún estaban en el salón de la casa anterior, a la que solía ir en su infancia. Siempre andaba cerca, tanto en la anterior dirección como en ésta. Podría haber adivinado fácilmente que nadie se había tomado la molestia de revelarme el secreto. Tendría que haberlo hecho ella aquella tarde que pasamos juntas en el salón, la tarde de la oportunidad perdida. Conociéndolos, apostaría a que a ella tampoco le habían dicho nada; conociendo a Clara, estoy segura de que no le había costado resolver el enigma por sí misma. Quizá pensó que a mí me había resultado igual de sencillo. Pero yo no tenía la clave, porque en todo aquello había interpretado un papel secundario, mientras que ella… No es de extrañar que después acabara en los escenarios. Se podría decir que

había nacido en un escenario. La representación sobre la vida familiar en la que había participado acabó sin un desenlace. Murió prematuramente, como Vittorio y como su hijo Vico, mi padre. ¿He dicho ya que se parecía a todos nosotros? Basta con mirar sus fotografías, que ahora están en mi casa. Sobre todo, las de semiperfil.

—Clara… Murió ya, ¿verdad? La recuerdo —dice Laura. No sabe que también pertenecía a la familia. A ella tampoco le comentaron nada. No se lo dijeron, así que yo no se lo digo y ella no lo pregunta.

No tengo a quién decírselo. Ya no le importa a nadie.

# BRONEK

La protagonista de esta historia desearía que la guerra hubiera terminado por fin también para ella. Pero la guerra, una vez que empieza, ya no tiene fin. Al menos no para todos. Los generales firman el acta de rendición, se lanzan fuegos artificiales de colores al cielo, los soldados rasos se emborrachan de alegría por haber sobrevivido. Y se vuelve a la vida de civil. Pero como civiles aún siguen inmersos en una guerra invisible y silenciosa, en la que se desangran en soledad día tras día, noche tras noche, año tras año. Hasta el final de sus días e incluso después. La guerra, igual que el patrimonio del quebrado, pasa a ser propiedad de los herederos.

En la herencia está incluida, por ejemplo, la participación en las grandes batallas. Los nietos no se van a librar de eso tan fácilmente. Cada uno ha recibido un pequeño porcentaje de la batalla de Stalingrado o de la de Kursk, a algunos les han tocado unas cuantas escenas de los enfrentamientos en las calles de Berlín, aunque sólo fragmentos indescifrables. Por vía hereditaria les ha llegado el color de los ojos, el apellido, el idioma, por desgracia con beneficio de inventario, en el cual el punto menos problemático lo constituyen los dichos escuchados en el frente y repetidos en el seno familiar durante varias generaciones. No hay palabras para expresar las peores cosas. Resulta difícil decir qué estrategia desgasta más, la negación o la obsesión, y cuál conviene recomendar a los herederos. A pesar de todo, quienes han recibido un porcentaje pequeño de éstas u otras batallas deberían considerarse unos privilegiados. Es mejor heredar batallas. La sangre derramada en ellas es pura, no está envenenada por la incesante vejación. En lugar de relojes, anillos, antigüedades, cuberterías de plata y otros bienes perdidos, hay quien saca de la guerra escenas de humillación que después quedan congeladas durante décadas en cuentas sin intereses y en esa forma les llegan a los herederos. A los propios interesados les gustaría olvidarse de ellas, pero no lo consiguen. Los depósitos las traen a la memoria, sorprenden con una cantidad astronómica de pagos atrasados.

Las lecciones de física nos transmiten la certeza de que ninguna forma de energía desaparece sin dejar rastro, a lo sumo se transforma

y en el proceso a veces derriba esto o aquello. Por eso no nos extrañamos cuando la energía de la violencia se convierte en energía de sufrimiento, de rencor y de odio, que yerra sin dirección ni propósito. En esa forma pasa a pertenecer a los hijos y los nietos, incluso puede ser utilizada, aunque el campo de aplicación resulta limitado. Por ejemplo, se la puede transformar en fuerza, pero no en trabajo, como dicen los libros de texto. Nadie es su amo y señor. Es ella, la energía del rencor y el odio, reminiscencia de la humillación, la que empieza a dominarnos y ya no sabemos quién se supone que somos. Sólo sabemos que nuestro balance general no se cierra, sigue siendo negativo. Y así debe ser, con excepción de los más resentidos, que se lanzan a arrebatar a otros lo que les arrebataron a ellos; personas enfurecidas que han heredado demasiadas vejaciones y prefieren golpear antes que evocar. Cuando marchan por todo lo ancho de la calle, sueñan que son soldados preparados para atacar.

La protagonista de esta historia no encontró ninguna batalla en su parte de la herencia. En lugar de batallas había algo mucho más problemático. Digamos que se trataba de un cofrecillo cerrado, no muy grande, pero que pesaba al menos una tonelada, según parece. La llave no estaba, se habría perdido por ahí, quizá la había tirado una mano compasiva para aliviarle la carga a la heredera. ¿Cuánto pesaría? ¿Diez gramos? Pues vaya con la compasión. Si se tratara de mí, sabría que no se me iba a ahorrar nada, así que de un modo u otro tendría que encontrar la manera de forzar el cofrecillo y ver mi herencia. En el caso de estos cofrecillos, el impuesto de sucesiones se extiende a lo largo de toda la vida y te lo cobran por adelantado, hay que pagar hasta la muerte e incluso después. Digamos además que se trata de unos costes desmesurados: dudas perennes, un aliento frío en la nuca y, bajo los pies, el vacío en lugar del suelo. La protagonista pregunta por qué le ha tocado precisamente a ella. Ha pagado, pero siempre ha querido saber a cambio de qué.

Forzó el cofrecillo y así entró en posesión de un pequeño capital pasivo, más o menos igual de útil para la vida que unas escaleras puestas del revés, por las que se camina cabeza abajo, bajo el suelo, entre montones de tierra tan pesados como una nube de granizo. Olvidémonos de la gravedad. A veces funciona, a veces no. Cuando más necesaria era no funcionó y todo lo de este mundo quedó patas arriba. Si contamos los miembros cercanos y lejanos de la familia —además de sus respectivos hijos pequeños— de los cuales también ha heredado, resulta que hoy día le pertenece una gran cantidad de metros cuadrados de tierra grasienta y negra repartida por el mundo entero. En ella crece la hierba y por encima flotan unas nubecillas que puede coger si le apetece. Le corresponde asimismo cierto número de zapatos grandes y pequeños de una famosa colección, además de una

veintena de maletas mohosas. También el humo que un día se elevó para formar una nube oscura y nunca se dispersó.

La protagonista podría reclamar lo que le pertenece. Pero si éste fuera mi caso, a mí ni se me ocurriría. Al contrario: yo me mantengo lo más alejada posible de mi herencia. Aunque en vano. No dejan de cruzarse en mi camino, de la misma forma lúgubre, pertinaz y fastidiosa, sorprendentes e inevitables nombres geográficos. Basta con que me tenga que desplazar en tren desde un punto A hasta un punto B. Otros viajeros no se ven afectados, en particular los que sólo han recibido batallas como herencia, ningún nombre aparte de los correspondientes a los campos de batalla. Para ellos el letrero del andén pasa con rapidez al otro lado de la ventana. Su mirada se desliza por él con ingenuidad, sin advertir ningún trasfondo. Pero para mí es diferente. Miro y en la punta de la lengua tengo una colérica pregunta: ¿a qué hace alusión ese nombre? No lo llego a preguntar, es mejor no remover el tema.

Un inventario más detallado de la masa hereditaria sólo se pudo llevar a cabo cuando su madre optó por la enfermedad de Alzheimer. No en vano, el tiempo había empezado a correr en sentido contrario en casa de la madre. Primero escapó de su memoria el día anterior, después todo el mes anterior. Mientras en el exterior la numeración de los periódicos seguía con su orden progresivo natural, en la madre era al revés: el mes de marzo, ya avanzado, volvió a su inicio. Hubo que pasar hacia atrás la hoja del calendario y nos encontramos nuevamente a finales de febrero. Desde entonces mi madre se movió a contracorriente, extraviando cada mes años enteros y eliminando de su memoria pormenores de su vida que yo conocía bien, a la vez que empezaban a aparecer otros de los que no tenía la menor idea. Primero dejó de recordar que tenía yerno y nietos.

—¿Ha salido usted esta mañana de paseo con su hija? —le preguntó un día la cuidadora que iba a su casa por las tardes para que yo descansara.

Mi madre no recordaba el paseo, pero eso no era nada en comparación con el hecho de que no se acordara de su hija.

—¿Con quién? —preguntó.

No hicimos una tragedia de esto, comprendimos que estábamos atravesando el ecuador de los años cincuenta, así que se podía suponer que mi madre sabía lo que decía. Pero no se detuvo en ese ecuador. Se podía prever lo que vendría a continuación. Antes o después retrocederíamos hasta el final de la guerra, hasta los generales firmando los acuerdos de paz, los fuegos artificiales y los soldados borrachos. Empezó a inquietarse antes de que llegara ese día. Necesitaba regresar sin falta a un lugar para encontrar algo, pero no

estaba segura de adónde dirigirse. ¿Hacia adelante o hacia atrás? ¿Quizá a Łódź? No, no serviría de nada. ¿Quizá a Milán?

—No, no. Ése fue el primer sitio donde estuve, busqué hasta desfallecer —suspiró cansada. Decidió volver a Mauthausen, porque allí aún no había buscado.

—Pero ¿el qué? —le pregunté.

No era el qué, sino a quién. Quiso saber si aceptaría viajar allí con ella. En ese momento yo era su prima segunda, aunque sabía mi apellido. «Marysia», le decía mi madre mirándome a los ojos y ese nombre debía ser suficiente para mí, a pesar de que al principio no lo asociaba a ninguna persona. Mi madre seguro que conocía mi apellido, incluso mejor que las siguientes etapas de mi vida. En concreto, no sabía que yo había muerto hacia el final de la guerra. Se enteró de ello mucho después; por eso en su momento, más tarde, aún lo sabía, pero en aquel entonces, justo después de la guerra, ya no. Esto es lo que ocurre cuando el orden de las fechas está al revés. Y como aún no se había enterado de mi muerte, yo estaba viva y me podía pedir lo que quisiera. La excursión a Mauthausen no era algo que se pudiera descartar de antemano, aunque probablemente exigiría gestiones en extremo complejas en las oficinas correspondientes, con sus enormes y sombrías salas de espera. Teníamos que ir a buscar a una niña, pero ¿qué niña? ¿No sería por casualidad la niña que nacería diez años después? «Allí no la vamos a encontrar», quise decirle, «es un error». Pero justo al acabar la guerra, cuando nos preparábamos para solucionar ese asunto, mi madre no podía recordar el avión en el que más tarde viajaría la niña. Lo único que le dejó aquel avión fue una confusa inquietud. Al ir en dirección contraria, hacía mucho que había dejado atrás Milán y ahora ese nombre no le decía nada. No podía fiarse de su memoria, por lo cual se fiaba aún menos de la de los demás. Pero recordaba a la niña. A una hija no se la olvida. Sin embargo, antes de estar preparadas para marcharnos, antes de hacer las maletas y ponernos los abrigos guateados, se olvidó también de la niña.

Llegó el día de la liberación y pasó sin pena ni gloria, gris y triste. ¿Generales, soldados borrachos, fuegos artificiales? No los recuerdo. No había nada de lo que alegrarse. Con el orden de las fechas invertido, la liberación llevó directamente al caos de la guerra y a la ocupación nazi. A los campos de concentración. Durante varias noches intranquilas, mi madre estuvo despertándose cada media hora, como si una y otra vez la llamaran a formar. Esto cambió de repente a finales de agosto del cuarenta y cuatro. Debió de ser el día que la enviaron allí. Ese día, por el centro de nuestro patio pasaba la frontera entre dos mundos: por el lado del andén se extendía el mundo pasado; por el lado del campo de concentración, el mundo futuro. La frontera

entre dos mundos es una línea que no se atraviesa así como así, con las manos en los bolsillos. El futuro nos es entregado gracias a un favor especial, no a todos, por supuesto, y sobre todo no para siempre. En la frontera se criba a los que no tienen futuro. Se van y no hay tiempo para despedidas. Así pues, en ese lugar su hermana mayor… Pero hasta ahora sólo conocía la existencia de la menor. ¿Acaso en la familia había tres hermanas? Mi madre me dirigió una mirada de impaciencia. No es momento de andar preguntando cuando se está decidiendo su destino. De todas formas, nunca volveré a ver a la hermana mayor, que ha aparecido por sorpresa. Ya se ha deslizado a hurtadillas hasta la fila de los que carecen de futuro, tras Bronek, su hijo de nueve años.

Incluso cuando todavía no había nada que le impidiera acceder a sus recuerdos, mi madre prefirió siempre omitir éste en concreto. Quizá el suelo de la memoria se habría hundido bajo su peso como una tabla carcomida. La fila se encuentra en la plaza, luego desaparece, luego un humo negro se eleva sobre la plaza. Aunque en realidad la fila no desaparece nunca, como tampoco lo hace el humo negro. Forma una nube, se aleja, gira y vuelve. La plaza, atravesada por la frontera entre los mundos, es un lugar del que no se puede salir, pero vivir allí resulta imposible, como bien comprueban quienes lo intentan.

Hay que reconocer que la parte del reglamento correspondiente a este asunto ha sido redactado con compasión. No permite a los personajes mirar entre bastidores dónde les va a tocar exhalar su último suspiro. Este procedimiento está recomendado también para los mataderos, pues incluso allí el momento de la muerte debería durar sólo un instante, ser lo más corto posible, sin que se oigan berridos de dolor, sin que se vean reses en canal colgadas de ganchos. Pero en aquel entonces, cuando todo estaba patas arriba, las cosas sucedían de otro modo, llamémosle «modo de emergencia», que permitía a los acontecimientos un caos y un desbarajuste indescriptibles y, dentro de ese caos, cierto número de decisiones ya tomadas y después anuladas sin saber por qué. En la vida normal la muerte debería ser un acto medido en cuartos de hora, a lo sumo en horas, porque nadie aguantaría que fuera más largo. El procedimiento debería ser puesto en marcha en el último momento, ni un segundo antes. Si se inicia a toda prisa sin que haya necesidad o bien se interrumpe por circunstancias imprevistas, entonces conduce a vanos sufrimientos que se alargan durante toda la vida como la huella de sangre que deja un animal herido de muerte. Por culpa de ciertos defectos en el mecanismo que controla la marcha de los acontecimientos, algunas personas volvieron desde detrás de los bastidores, cosa que en teoría no debería suceder, y se quedaron para siempre con lo que habían

visto allí: el recuerdo de un gélido vacío que no supieron ni tragar ni escupir, ni entender ni olvidar. Por eso para estos desdichados figurantes la hora de la muerte, que no terminó ni en el momento oportuno ni de la manera adecuada, se alargó durante décadas.

También los actores que, a cambio de una buena gratificación, desempeñaron el papel de jueces en esa escena colectiva echaron una ojeada al otro lado de los bastidores y observaron cosas que no estaban destinadas a ellos. Pero los amparaba la fe en la frontera de los mundos, esa pared transparente, y en el hecho de que la inversión de papeles era completamente imposible, contraria a las leyes de la naturaleza. Llegado el caso contaban con un cepillo para la ropa, que limpiaba los copos de hollín sin dejar rastro. De ahí la altivez, de ahí la arrogancia. Y si bromearon hasta desfallecer, aun así la risa no los protegió de nada. Porque al final se hundieron en el mismo vacío gélido, en soledad y sin ayuda posible.

El reglamento estaba basado en la unidireccionalidad. En él no se preveía el caso de mi madre, que dio la vuelta al final de su vida y empezó a nadar a contracorriente. Atravesó la frontera invisible de los mundos como si tal cosa, se limitó a caminar entre los guardias, que sin duda pusieron los ojos como platos al verla, sorprendidos. Dispararon en silencio, pero las balas no le provocaron daño alguno a mi madre. Los soldados bajaron los cañones desconcertados. Es una lástima que este truco no le saliera a nadie en aquel entonces, la primera vez. Cuando mi madre cruzó el andén en sentido contrario, las cosas ya sólo podían ir a mejor. De un día para otro la casa aterrizó en Łódź junto con el patio y seguía siendo el verano del año cuarenta y cuatro, seguramente principios de agosto. Aguzando el oído, mi madre podía oír a lo lejos el ruido sordo de la artillería soviética.

En medicina, el ruido sordo de la artillería soviética lleva el nombre científico de acúfeno. Le recetaron un medicamento que debía tomar después de las comidas, pero no funcionó. Algo como la artillería soviética no se elimina con pastillas. En Varsovia, esos cañones colocados en la orilla derecha del Vístula habían permanecido en completo silencio, pero de esto mi madre se enteró después, o sea antes, basta con decir que cuando estaba tomando las pastillas ya no lo recordaba. En realidad, lo único que pudo haber oído fue el eco de los obuses alemanes, que caían sobre los insurrectos día y noche. Por lo visto, como mejor se oía era pegando la oreja al suelo. Antes de que la insurrección fracasara, mi madre se rompió un brazo en el parque mientras paseaba con sus nietos. Le pusieron una escayola y se quejaba de que le resultaba demasiado pesada.

—¿No teníamos que ir al hospital a que me quitaran la escayola? —preguntaba cada mañana, intranquila, porque había olvidado dónde estaba el hospital. Se suponía que lo sabía su primo, que era quien la

había llevado, y debíamos preguntarle a él la dirección. Pero no sabíamos cómo encontrar a su primo. Según nuestras informaciones, había muerto a tiros en la calle cuatro años antes, justo al principio de la guerra, por no querer prenderse en la ropa el distintivo correspondiente.

—Sí, es cierto —reconoció mi madre después de pensarlo un momento y añadió que sin duda debía de tratarse de otra persona parecida a su primo.

—¿Y no se parecía a mí? —le preguntó mi marido.

Daba igual, mi madre no quería ocuparse de eso, tenía algo más urgente que solucionar. Debía enterarse de cuál era el hospital, pero no sabía a quién preguntar. Seguro que el hospital estaba en Łódź, al igual que mi madre y su casa. Allí había varios hospitales y la expresión de mi madre al enumerarlos parecía indicar que en su opinión no podía ser ninguno de ellos, porque en aquel momento, en agosto del cuarenta y cuatro, ninguno funcionaba ya. Nosotros no conocíamos Łódź. En la buhardilla vivía otro primo suyo con su familia. Mi madre esperaba que él pudiera ayudarla.

—Pero aquí no hay buhardilla —le hice notar yo.

—¿Cómo que no? —replicó extrañada y señaló con el dedo la entrada de la buhardilla, que se encontraba justo donde estaba la portezuela del altillo. No había tiempo que perder, debíamos abrirla y subir. Mi madre levantó la mirada y se quedó mirando con atención la portezuela del altillo.

—¿Cómo subirán ellos ahí? —se preguntó—. Supongo que necesitarán una escalera de mano.

Pero tampoco había escalera. ¿La guardarían ellos arriba? El enigma no tenía solución, mi madre deseaba olvidarse ya de eso. Y entonces, de repente, lo recordó todo. Resultó que era Henryk el que la había acompañado al hospital donde le habían puesto la escayola. Había sido él, seguro. Henryk, su hermano mayor.

Es decir, que tenía un hermano.

Pero no sabíamos dónde buscarlo. Por eso, cuando llegó el día de la cita para que le quitaran la escayola, aceptó ir con mi marido al hospital provincial, que estaba en el distrito de al lado, y todos nos alegramos de que hicieran lo que tenían que hacer sin necesidad de enviarnos a Łódź.

Henryk apareció en nuestras vidas algo más tarde, de forma bastante inesperada, y al principio no comprendimos de dónde había salido. Esto no se aclaró hasta el año cuarenta y tres. A finales de la primavera volvió del *stalag*, el campo de prisioneros. Tenía veintitantos años, llegó harapiento, con barba, terriblemente cansado, se sentó en una silla y se durmió de inmediato. Había atravesado toda

Alemania en su huida. «¿Vestido con el uniforme polaco?», preguntamos extrañados. Qué va, alguien le dio enseguida ese abrigo viejo que estaba colgado en el recibidor, sin él habría muerto. Le dijimos atónitos que se había vuelto loco, que debería haberse quedado en el *stalag* porque allí estaría seguro. Se encogió de hombros. Se había escapado porque se preocupaba por su familia. En Łódź estaban su madre, su padre, sus cuatro hermanas y su prometida. ¿Por qué de repente había cuatro hermanas? Hasta ahora sólo conocía la existencia de tres. Cuatro, sin duda eran cuatro. Lo había dicho Henryk, así que no podía ser de otro modo.

En el piso de mi madre empezaron a aparecer cada vez más familiares.

—¿Dónde está Anka? —preguntó en cierta ocasión.

Nunca había oído hablar de Anka. Esto inquietó a mi madre y me miró con desconfianza: ¿sería yo realmente la persona que ella suponía? Porque Anka era su más querida prima, hija de una de sus tías. Así pues, en la familia también había tías.

—¿Anka sigue viva? —pregunté por si acaso. Yo ni siquiera estaba segura de qué me había ocurrido a mí. ¿Vivía o no? Para resolverlo, antes debía saber cómo me llamaba y quién era aquel día.

—Pues claro, yo he hablado con ella esta mañana —dijo tranquilamente.

Comprendí que Anka andaba por allí, quizá estaba en el baño, quizá en la cocina. Algunos días la casa se llenaba de gente. Se paseaban por las habitaciones vacías y eran por completo transparentes, como el aire. No me extraña que les atrajera nuestra casa. ¡Enero del cuarenta y tres! ¡Menudo frío! Todos venían a calentarse un poco. Hacía mucho que ya nadie tenía en casa ni una palada de carbón. No se podía comprar a ningún precio. Las fuerzas de ocupación no veían motivo para que caldeáramos nuestros pisos. En aquellos mismos momentos dos ejércitos se congelaban hasta morir en Stalingrado.

—¡Qué calorcito hace en su casa! —le dijo a mi madre la enfermera que venía por la tarde cada dos días y dejaba bajo el espejo del recibidor una bolsa de plástico que traía del supermercado.

—¿Calor? Sólo se lo parece porque viene de la calle y allí hace mucho frío —comentó mi madre dirigiéndome una mirada de inquietud—. ¿Crees que se puede confiar en ella? —me preguntó con susurros, llevándome aparte.

La cautela era comprensible. Si personas ajenas empezaban a preguntarse por qué en nuestra casa hacía tanto calor, tarde o temprano se descubriría la instalación ilegal hecha con una resistencia espiral oculta en la cocina de carbón, que su padre, electricista, había

conectado con disimulo a los cables del tranvía. ¿Merecía la pena correr ese riesgo? ¿Jugarse la vida de la familia entera por un par de grados de calor? ¡Nos habrían fusilado a todos de inmediato si aquello se descubría! Por supuesto que merecía la pena. Siempre merece la pena vivir como un ser humano. Además, hay que reconocer que, aunque no le cerramos la puerta en las narices a nadie, la instalación nunca fue descubierta. Perecimos por otros motivos.

Sí, perecimos todos. Por eso vivo sólo a medio gas, haciendo a desgana planes a largo plazo, dudando a cada momento del suelo bajo mis pies y de todo lo demás, incluida la justicia suprema, que según dicen es igual para todos. Y también de que el futuro nos devolviera el honor que el pasado trató de arrebatarnos. Miren ustedes las fotografías de esas personas desconocidas y señalen con quién les gustaría ir de excursión. Aquí la última palabra la tiene el ojo, que da preferencia a la buena presencia. En una imagen capturada por un obturador, sin movimiento y sin voz, la silueta y el semblante le hablan al corazón, únicos argumentos de los agresores a los que las víctimas pueden contraponer su aspecto miserable. Los actores de uniforme tienen unos ojos más alegres que los andrajosos figurantes, en las fotografías parecen más simpáticos, sin esa gota de amargura en la comisura de los labios. En las fotos de grupo con los agresores, los perjudicados no salen favorecidos. Que no cuenten con recibir nada que no sea una compasión de la peor clase. En ocasiones especiales estas fotos aparecen en la prensa, incluso en semanarios en color, aunque en estos no encajan bien, al ser aquéllas en blanco y negro. Las grandes ampliaciones son las que mayor impacto provocan, en los museos, con su correspondiente descripción. A tales exposiciones se les otorga un valor particular, creyendo que quienes las ven se convierten en mejores personas, que la contemplación del sufrimiento ajeno los ennoblece, concepto orientado sobre todo hacia los escolares, pues a sus profesores nunca les parecen lo suficientemente buenos. Las imágenes de las torturas han pasado a ser de propiedad pública y nada en ellas es heredable salvo la humillación, aunque los visitantes no la sienten como suya. Por eso queda para mí. La ley y los tribunales vigilan el uso de las imágenes de las torturas, igual que vigilan el letrero que una primavera fue robado de lo alto de la entrada del campo de concentración y que poco después fue recuperado por la policía. Pero si la decisión dependiera de los figurantes, sin duda se negarían a que se mostraran a las excursiones escolares. Lástima que no se hayan conservado de ellos otras fotos, mejores. Fotos con raquetas de tenis. Con los niños. Con el perro. La mala suerte quiso que los álbumes familiares se perdieran. Y ahora ya no hay dónde esconderse. Es un fotograma, alrededor está el borde de la lámina; a la espalda, una pared. La humillación, igual que cualquier

otra cosa, debería tener unos límites. Debería prescribir, ya que hasta los asesinatos prescriben a los treinta años.

Me gustaría que la protagonista de esta historia rechazara la herencia. Si se le ha pasado el plazo para poder renunciar a ella formalmente, entonces que deje su cofrecillo en la acera, en cualquier esquina, y que después se aleje de allí como si nada. En breve dejará de pensar en cuántos amigos tiene y si son de tanta confianza como para esconder a su familia en sus casas. Si no entera, al menos a un hijo, pero ¿a cuál? ¿Y el otro dónde? Que deje de intentar adivinar durante cuánto tiempo es capaz de huir, cuánto frío aguanta, a cuánta desesperación puede dar cabida o cómo de duro puede ser el trabajo de morir.

No resulta fácil deshacerse de algo que nadie quiere. ¿A quién hay que entregar la nube de humo negro que flota sobre la plaza? Si fuera mi caso, querría olvidar cuántas veces fallecí durante la guerra y con qué apellidos. Deseo volver al mío, al buen apellido italiano de mi padre, que no tiene nada que ver con esta historia. Que el apellido me resucite. Prefiero las batallas a los campos de concentración, como cualquiera. Pero si a la fuerza deben ser campos, ¿no sería mejor heredarlos de aquéllos que se paseaban por la plaza golpeándose con una fusta las cañas de sus botas altas? Si estamos hechos del mismo barro, ¿no nos corresponde a todos la misma participación en el pasivo? Sin un sólido lastre de culpa no es posible compensar la inclinación lateral que provoca en la vida de los herederos el contenido del cofrecillo, de una tonelada de peso. A veces sucede que, en su búsqueda del equilibrio, quieren llevar a cabo algo de veras terrible para alcanzar su porción de culpabilidad. Pero no pueden, el peso los aplasta. ¿Es eso justicia?

Mi madre no admitiría la existencia de esos cofrecillos y desde luego no daría crédito a que se pudieran heredar. Si se le preguntara, contestaría que ese asunto no le preocupa. Pero aunque mi madre siempre hizo caso omiso de esta cuestión, al final consiguió resolverla y eliminarla, y lo hizo de la manera más sencilla: yendo a contracorriente.

Y así, yendo a contracorriente, una mañana se despertó y ya era primero de septiembre. Ni siquiera hubo que poner la radio para saber que había estallado la guerra. Todos hablaban de ello. Mi madre estaba de pie en el recibidor, con el bolso colgado del hombro y la mano en el picaporte. Dijo que debía presentarse de inmediato en algún lugar, seguramente donde organizaban los servicios de ayuda, lo consideraba su deber. ¿Su deber? ¿Qué deber? Que vayan otros. El médico me había advertido que no la dejara salir de casa sin compañía. Una vez había logrado burlar la vigilancia y al cabo de

muchas horas la trajo la policía, al parecer caminaba errática por la autovía, entre los coches que pasaban a toda velocidad. Así que, en lugar de aquello, ¿no le gustaría ir conmigo a dar un paseo por el parque?

—Esa sí que es una idea absurda —replicó mi madre con rebeldía, como corresponde a una chica de su edad, todavía una niña en realidad—. ¿A qué parque? —gritó—. ¡Pero si ha estallado la guerra!

Tuvimos que esperar a que se acabara ese día. El siguiente, que fue el anterior, trajo la paz. La guerra nunca se acaba, pero puede desaparecer de nuestra vista, eliminada de la memoria como una mancha de grasa.

Y finalmente volvió aquel verano. Un hermoso verano en un complejo turístico olvidado hace mucho tiempo. Tardes largas y calurosas junto a las ventanas abiertas, con las polillas revoloteando alrededor de la lámpara. Nos encontrábamos todos sentados a la mesa, aunque no estaba muy claro quién era quién. Allí estaban los padres de mi madre, sus tíos y tías con sus respectivos hijos, sus cuatro hermanas y su hermano, y entre ellos mi marido y mis hijos. Debía de ser el año treinta y ocho, porque las conversaciones giraban en torno al tema del futuro. Se preguntaban qué iba a ocurrir con el mundo y si no sería mejor abandonar aquel rincón de Europa, por si acaso. Mi marido removía el té con la cucharilla y se hacía la misma pregunta. Al final se levantó, se apartó de la mesa y escribió en el buscador de internet las palabras «Nueva Zelanda».

—Allí hace falta gente, dejan entrar a todos —comentó.

Quizá eso no fuera una solución para la familia, testaruda e irreflexiva, pero ¿y para nosotros? Miró con atención y en silencio los helechos arborescentes y el pájaro kiwi. Cosas hermosas, pero un poco chocantes y demasiado lejanas. ¿Más ajenas a nosotros que las marchas bajo nuestra ventana de las milicias de negro, con estandartes? Es posible. En nuestra parte de Europa las marchas de las milicias de negro son algo normal.

La herencia es compleja, demasiadas desgracias la componen y demasiada gente ha heredado una parte de las mismas, pero nadie sabe cómo invertirlas ni qué demonios hacer con ellas. Esto atañe sobre todo a las humillaciones, que a todos les gustaría borrar del inventario o deshacerse de ellas dándoselas a cualquier otro, sin importar si las quiere o no. Pero como es bien sabido que nadie las va a aceptar por las buenas, el asunto requerirá violencia. La gente se prueba diferentes trajes tratando de superar el pasado. Sin el traje adecuado no se puede pensar en cambiar de papel y sin cambiar de papel a veces no es posible aguantar. Así que algunos se calzan pesadas botas militares, bien claveteadas, para que quien reciba las patadas ya no se levante.

Junto a la mesa se comentaba con ironía los acontecimientos del momento, en especial el fallido *Anschluss* de Austria. La situación en Europa se desarrollaba de una manera inquietante, se diría que las naciones habían enloquecido. Sin embargo, la idea de huir parecía de momento un poco histérica y ellos pretendían no sucumbir ante los temores, se sentían más seguros cuando no se dejaban asustar. Los días amanecían preciosos, el bosque estaba lleno de setas y bayas, junto al bosque había un prado en el que pastaba una vaca.

Desde entonces el tiempo corrió aún más deprisa, a saltos, su ola de vuelta ya sólo pasaba por los veranos, sin desviarse hacia los inviernos ni hacia la ciudad. Al final, como si se tratara del pececillo dorado, surgieron de las aguas estos versos: «¿Quién eres tú? Un pequeño polaco. ¿Cuál es tu insignia? El águila blanca».

Y la ola llegó a la orilla.

En un cajón del escritorio encontramos los deseos que dejó escritos mi madre en su momento para cuando falleciera: nada de funerales ni de tumbas. Su cuerpo debía ser incinerado. No había instrucciones sobre qué hacer con las cenizas. No se le ocurrió pensar que recogerían las cenizas y me las entregarían en una urna. Antes no hacían tales cosas. La urna había que enterrarla en el cementerio o lanzarla al mar. Ya que no deseaba ni tumbas ni cementerios, me fui a la costa. Y allí me convencí de que el mar no tenía nada que ver con todo esto. Guardaría la urna de manera ilegal en casa hasta que se me ocurriera la solución apropiada. Cada cierto tiempo la cambio de sitio, pero ninguno es el adecuado.

El complejo turístico se hallaba cerca de Łódź. La localidad sigue en el mismo sitio, sale en los mapas. Pero ¿y el bosque? ¿Continúa allí?

# SÍLABAS CÓMICAS

La cosa no comenzó con un suceso dramático. No con la confusión de las lenguas en la torre de Babel, sino a partir de una sencilla confusión en mi cabeza. El primer problema fue sólo mío, de nadie más, y nadie se interesó por él. Desde el principio dispuse de dos conjuntos de palabras. Eran las primeras palabras de mi vida, pero nadie me avisó que tuviera cuidado con ellas. Los dos mundos en los que vivía no se tocaban ni siquiera por sus horizontes, pero yo no tenía modo de saberlo. Yo sólo conocía el balanceo entre esos mundos y no tenía ni idea de que los demás vivían de otro modo. Cuando por fin comprendí que las palabras que conocía pertenecían a dos conjuntos, no dejaron de mezclarse, como las piezas de diferentes juegos de construcciones, porque una cosa es saberlo y otra tenerlas en orden en las cajas. Uno de él, otro de ella. Si hubieran hablado conmigo más a menudo, habría sabido de dónde era cada palabra.

A la fuerza las empecé a distinguir por su sonido. En general con eso bastaba. A veces me tocaban palabras de las que no estaba segura, así que las metía en una frase de prueba, a ver si funcionaban. No hay nada más vergonzoso que las palabras extranjeras, que ponen en ridículo sus cuerpos grotescos e indefensos. Sin embargo, todo el mundo menos yo percibía lo que había de esencial en ellas. Porque lo esencial no era ni el contenido ni el significado, sino la carga de extravagancia. Yo le atribuía una importancia exagerada al contenido, mientras que la extravagancia resultaba invisible para mí. Hasta que no se reflejó en los ojos de los demás, como en pequeños espejos redondos y brillantes.

Después de todo, hasta la palabra más desvergonzada deja al descubierto poca cosa si se coge del conjunto correcto. Por eso era tan necesario poner en orden las cajas. No es extraño que luego, según fueron llegando las palabras, aquello resultara cada vez más complicado y que las palabras incorrectas se metieran en tropel en las frases. Su excentricidad aguijoneaba los oídos de la gente, aunque otras veces era al contrario, las cosquilleaba. Resultaba que algunas sílabas, puestas unas junto a otras, eran muy divertidas, tanto que hacía desternillarse a la gente. Después de decir lo que tuviera que

decir, miraba insegura a mi alrededor. ¿No habría sido mejor permanecer en silencio?

No, no habría sido mejor. Esperaba la confirmación de que mi voz había sido oída. Eso significaba que yo existía, del mismo modo que existían los demás. Porque, para ser sincera, me asaltaban ciertas dudas respecto a esta cuestión. Por decirlo de otra manera: me preocupaban las señales que apuntaban a mi inexistencia. Las veía, por ejemplo, en la fría vacuidad de la mirada azul de mi madre, que me atravesaba de parte a parte unos centímetros por encima del cuello, como si en ese punto la materia no opusiera ninguna resistencia a la vista.

Mi madre era amable y a menudo, si no tenía que ir a ningún sitio, trataba de saber qué tal me iba todo. Pero cuando empezaba a contárselo perdía el interés, se iba aburriendo cada vez más, cada vez resultaba más evidente, hasta que al final yo me detenía en mitad de una frase y ella dirigía su mirada distraída hacia otra parte. No pertenecía a ninguno de los dos mundos en los que yo vivía. Ella constituía un tercer mundo, apartado, inaccesible. Era un signo de interrogación. Cuando me preguntaban dónde trabajaba mi madre, decía que en la universidad. Conocía los vestidos que llevaba. Los conocía muy bien y eso para mí debía ser suficiente. En la calle reconocía de lejos su abrigo. Se acercaba a paso tranquilo, el sonido que sus zapatos de tacón provocaban al golpear contra la acera era nítido y agudo. Tenía clases que nunca empezaban pronto y por tanto acababan tarde. Volvía a casa con la cabeza ligeramente levantada, mirando al frente. No me veía. Subía tras ella las escaleras y la agarraba de la manga cuando iba a sacar de su bolso las llaves. Entonces detenía su mirada en mí por un instante. Nunca me preguntaba por qué no estaba en casa y qué había hecho durante tanto tiempo. Había hecho lo mismo de siempre. La razón era bien conocida: de nuevo me había olvidado la llave. Ella lo sabía todo.

—¡Vaya pinta tienes! —decía mientras liberaba la manga con un leve tirón.

Yo trataba de adivinar a qué se refería. ¿Tenía la cara sucia? ¿Mal abrochados los botones? ¿Lo uno y lo otro?

El edificio del colegio era grande, original, de color amarillo claro. Demasiado pomposo para la función que le habían asignado, con su ático, su blasón y sus jarrones rematando la fachada. Podría parecer que llevaba ya como poco dos siglos en pie, pero por lo visto no existía cuando yo nací: en aquel lugar había sólo una escombrera. Cuando llegó mi primer día de colegio me dieron en propiedad una copia de la llave del piso y enseguida la perdí. Debió de caérseme del bolsillo cuando saqué el pañuelo para sonarme la nariz. No la oí

golpear el suelo. No es extraño, algunas veces el colegio entero trepidaba por el ruido. La llave no apareció ni al día siguiente ni una semana después. Podía haber seguido buscándola durante mucho tiempo, porque iba a permanecer ocho años en ese edificio. Un período de ocho años no lo asociaba con nada: hasta entonces yo había vivido menos tiempo.

El día que perdí la llave fue el comienzo de muchos otros problemas, totalmente nuevos. Al principio me alegré de haber dejado atrás los viejos, que conocía demasiado bien. Pero mi alegría duró poco, ya que enseguida resultó que los problemas tiraban de mí y que por el camino cambiaban su talla por una mayor. Siempre estaban confeccionados con demasiada holgura.

Las clases dieron comienzo con un acto solemne en un aula abarrotada en la que el ambiente era sofocante. Nada más empezar, una chica se desmayó y unos chicos de los cursos superiores la llevaron fuera, abriéndose paso entre el gentío. Después el director dio un largo discurso con su sonora voz. El sopor se apoderó de mí, se me cerraban los párpados, bostezaba y empezó a parecerme que en lugar de verlo a él tras la mesa presidencial estaba viendo a mi padre, porque llevaba el mismo corte de pelo. No presentía lo engañosa que puede ser la impresión de que dos personas se parecen. Un padre es un padre y un director es un director, y se acabó. Aquel hombre joven ya había tenido tiempo de ganarse la confianza de las autoridades, seguramente no sólo las culturales, a cuya representante había dado la bienvenida con frases ampulosas al iniciar su discurso. Si no hubiera sido un arribista y un adulador, quizá incluso un confidente, no habría llegado a director de escuela con apenas treinta años cumplidos. Pero yo no sabía nada de eso. No tenía ni idea de cómo estaba organizado nuestro país. Antes de las vacaciones aún iba al jardín de infancia, jugaba en el cajón de arena y después de comer me tumbaba en la hamaca con los ojos cerrados, porque era lo que nos exigían categóricamente a todos. Nuestra señorita nos pedía que la creyéramos cuando decía que a quien moviera un párpado le pondría una raya junto al apellido en la lista. Esa raya nos daba miedo, significara lo que significase. Nos daba la sensación de que la lista era eterna, de que los apellidos seguirían en ella hasta el fin del mundo, junto a las rayas.

Apenas unos meses después, no quedaba ni rastro de aquella lista y yo me encontraba de pie en un aula del colegio, en medio de un gentío que debía salir de allí de alguna forma una vez acabado el acto solemne, aunque no era seguro que se lograra. En una lista totalmente nueva leían apellidos que no había oído en mi vida. Sólo uno me resultaba familiar: el mío. La profesora nos pidió con voz potente que

nos colocáramos por parejas. Busqué una pareja, pero no la encontré. Quienes ya se conocían se agarraron de la mano de inmediato, pero los que no conocían a nadie provocaron un gran alboroto al salir corriendo hacia sus madres, que aguardaban en la parte de atrás. Las profesoras tuvieron que ir atrapándolos uno a uno. Mi madre no se encontraba allí, por supuesto. Me acerqué al director, inmerso en una cordial charla con la representante de las autoridades culturales, y sin decir palabra puse mi mano en la suya. Me dirigió una mirada fugaz, con un destello de inquietud en los ojos. Empezó a mirar alrededor, buscando ayuda en algún lugar por encima de mi cabeza. La profesora de la voz potente se acercó rápidamente y me empujó hacia mi sitio.

Si por la tarde alguien me hubiera preguntado si me gustaba el colegio, habría asentido con la cabeza. Sabía lo que debía contestar, aunque no tengo ni idea de cuándo me lo habían enseñado: ¿quizá el primer día, nada más llegar? Claro que me gustaba el colegio, puede que incluso mucho, pero después del acto solemne deseé tener algo más de tiempo, unos días más de vacaciones para poder descansar un poco antes de que todo aquello empezara de verdad. ¡Pero es que justo acababa de empezar! Ya no había salvación. Al día siguiente debía levantarme temprano para no llegar tarde. Hice ese esfuerzo, tan grande que enseguida dudé si alguna vez lo volvería a conseguir. Quizá no valga la pena, pensé en la primera clase. Miré a mi alrededor tratando de observar cómo se enfrentaban los demás a una tarea que a mí me parecía irrealizable. Para mi sorpresa descubrí que se las apañaban bien. Esto me inquietó, porque comprendí que debía hacer lo mismo que ellos si quería aguantar. Dibujaban a lápiz círculos y rabitos en filas perfectas en los cuadernos, como si fuera lo más normal del mundo para ellos. Quise hacer lo mismo, pero me salió otra cosa. Los toscos círculos no se cerraban y los rabitos se caían a derecha e izquierda. Los demás niños también echaron una ojeada a los cuadernos de sus compañeros y más de uno se fijó en que dibujar círculos no se me daba nada bien.

—¡Vaya garabatos! —susurraron entre sí dos niñas con cuellos blancos.

Por primera vez se me ocurrió pensar que la escuela no estaba hecha para mí. Pero de momento lo que hice fue borrar con una goma mis círculos y rabitos, puse tanto empeño que acabé haciendo un agujero en la hoja amarillenta de aquel cuaderno rayado de mala calidad. A mitad de la clase rompí el lápiz cuando estaba dibujando otro círculo. Resultó que no tenía sacapuntas.

—No se lo presto a nadie —me avisó la niña que se sentaba a mi lado en el pupitre, y después tapó su estuche con el brazo.

Tuve que rendirme.

Si al final de la clase me hubieran calificado con un diez para que

me sirviera de incentivo, como a los demás, seguramente no habría sido honesto para con ellos. Pero tampoco pusieron la nota justa, no habría estado en consonancia con el acto solemne que todos teníamos aún en la memoria. «¿Y por qué razón yo no llevo cuello blanco?», empecé a preguntarme durante el recreo. ¿Acaso otras madres sabían algo que nadie le había dicho a la mía? Tras aquella clase estuve convencida de que no era capaz de hacer lo que esperaban de mí y supuse que a partir de entonces iba a pasar mucha vergüenza. De un día para otro me convertí en alguien con quien nunca antes había tratado, en alguien a quien no había tenido el gusto de conocer.

Por las tardes empecé a tener muchísimo tiempo libre, debido a que había perdido la llave. No supe aprovechar el exceso de libertad que generó aquel hecho. Si no llovía, me daba un paseo con la cartera a la espalda y para matar el tiempo miraba las cornisas de las fachadas, el agua de los charcos y los gorriones en la acera durante más tiempo del que me apetecía, por lo cual esas cosas me gustaban cada vez menos. La libertad resultaba agotadora, me provocaba dolor de piernas, olía a aburrimiento y por su culpa una tarde llegué a perder todas mis fuerzas. ¿Qué iba a ser de mí? ¿De dónde sacaría nuevas fuerzas para el día siguiente?

Una tarde mis pies me llevaron al lugar donde había dejado mis antiguos problemas. Se ve que los echaba de menos. En comparación con los nuevos, aquellos otros parecían tener el tamaño apropiado para mí. Abrí la puerta acristalada que daba a la calle. En la entrada estaban las palmeras que tan familiares me resultaban, sólo que eran más pequeñas que antes del verano. En lugar de crecer, empequeñecen, pensé. Si alguien me hubiera prometido que a partir de entonces yo también iba a empequeñecer en lugar de crecer, lo habría aceptado con gratitud y sin desconfianza. Debía de haber pasado ya la comida y la hora de la siesta. Me detuve y escuché durante un momento. Todo se encontraba en relativo silencio. Sabía qué significaba eso: estaban tomando la merienda. Me metí por un pequeño pasillo a la izquierda y llamé a la puerta de la directora. Antes del verano, cuando en la sala aún había una sillita para mí, no me habría atrevido a hacer esto. Pero desde hacía unas semanas se sentaba otro en mi sillita. Sólo había estado una vez en aquel despacho, y no por voluntad propia, sino como castigo. Algo había cambiado de manera evidente. No sabía si alegrarme o si preocuparme.

—¡Pase! —oí que decían al otro lado de la puerta. La abrí, pero en un principio no me vio, porque su mirada expectante había quedado suspendida demasiado arriba. Entré, me quité la cartera y la dejé en el suelo. Sin el peso de la cartera enseguida me sentí aliviada. Todavía

me recordaba. No me contaba entre los niños a los que le gustaba alabar, pero me pareció que eso no debería tener importancia esta vez. No, la verdad es que no confiaba en poder volver de manera oficial a jornada completa. En sólo unos días el colegio me había enseñado lo que era el sentido común. Expuse mis moderados deseos de manera incoherente y ella se mostró un poco sorprendida, no sé si entendió algo de lo que dije. Yo quería ir allí a diario, pero después de clase, por supuesto. Gracias a ello, las mañanas en el colegio debían transformarse en una parte marginal e insignificante de mi vida, que así volvería a la senda correcta, mientras que mi sitio estaría de nuevo allí donde había estado.

Me ofreció una porción de tarta con *streusel* —delante de ella había dos trozos en un plato e imaginé que todos la habían comido en la merienda— y después me preguntó si mis padres sabían dónde estaba. Me extrañó su pregunta. ¿Cómo iban a saberlo? La primera de las cuestiones que yo deseaba plantear la ignoró en silencio y ese silencio había que interpretarlo como una respuesta. Yo tenía que ser consciente de que no podía volver. El tiempo había pasado, su maquinaria no se detenía ni por un instante. Ya había arrastrado hacia sus engranajes a las clases superiores y ahora nos tocaba a nosotros. No se la podía detener por ningún motivo, ni siquiera si atrapaba a alguien entre sus ruedas dentadas, ni aunque ese alguien pidiera ayuda.

No la importuné más.

Después el tiempo empeoró, llegaron las lluvias otoñales y empezó el lío de los misiles soviéticos en Cuba. El mundo contuvo el aliento durante algunos días, aterrorizado por el peligro de la guerra nuclear, y yo recibí por fin una nueva copia de la llave. Esto no trajo grandes cambios a mi vida. Por lo general olvidaba cogerla, gracias a lo cual no la volví a perder, no enseguida. En ortografía y en aritmética no mejoraba ni un poco, al contrario, cada vez me iba peor. Hasta que se produjo un feliz cambio: me entró fiebre y dejé de ir al colegio. Permanecí en cama durante varias semanas. Dormitaba y me despertaba, nunca estaba del todo consciente, pero sí muy tranquila, porque el colegio tenía unos brazos demasiado cortos como para alcanzarme mientras siguiera en la cama. Además, parecía que se había olvidado de mí, que nunca me reclamaría y me quedaría en la cama hoy, mañana, pasado y siempre. La enfermedad se alargaba, duraba ya más de un mes y podía durar hasta el final de los tiempos, un final que la gente de todos los países temía. Pero yo no le temía a nada, no sabía nada, ni siquiera que acababa de cumplir siete años. Pensé que mis problemas por fin habían encontrado una solución y no volverían jamás. Me pasaba los días hojeando la enciclopedia italiana

para niños, llena de imágenes en color de casas, árboles y farolas que me recordaban a Milán.

Cuando salí nuevamente de casa, en el suelo había nieve en lugar de hojas amarillas. El primer día de mi vuelta al colegio, por los pasillos me decían: «¡Escarlatina, Escarlatina!». Resultó que había olvidado incluso aquello que al parecer el colegio había conseguido enseñarme con inmensos esfuerzos: a qué lado tenía el rabito la letra «a». Aunque yo personalmente no recordaba que lo hubiera sabido alguna vez. Si yo fuera la letra «a», ¿de qué lado llevaría el rabito? ¿Y quién puede saber eso? A la derecha, está claro, eso lo recordaba, pero ¿cuál era la derecha? Me devanaba los sesos con esta cuestión cada vez que surgía, sabiendo que la derecha y la izquierda no estaban definidas de un modo permanente, todo dependía de dónde te hallaras y en qué dirección miraras. Ya no estaba segura de nada, así que al final solté un profundo suspiro y empecé a colocar el rabito unas veces a un lado y otras al lado contrario, de manera alternativa.

—Se le quitan a una las ganas de todo —dijo la señorita paseando su mirada de impotencia por la clase. Se ponía mala sólo de pensar que tendría que enseñarme otra vez la letra «a», cuando los demás ya casi habían acabado el alfabeto.

A mí también se me quitaron las ganas de todo. Me sentía como si hubiera caído en un cepo. Miré la ventana, tras la cual pasaban flotando las nubes, y dejé a un lado el portaplumas con la plumilla puesta. Eso no le gustó a la señorita. Decidió que se sentara a mi lado alguien de su confianza para que me vigilara. Cuando volviera a soltar la pluma, levantaría dos dedos y diría: «Señorita, no está escribiendo». Pero nadie quería sentarse a mi lado. Una niña incluso se echó a llorar y otra advirtió que si la obligaban a ponerse conmigo su padre llamaría al colegio. A ellos les caía bien la señorita, así que me miraron con hostilidad desde todas partes.

—Yo aquí tengo cuarenta niños —le dijo al director, al que no le gustó que durante la siguiente lección yo anduviera dando vueltas por los pasillos.

El director me soltó la muñeca, que había estado agarrando con demasiada fuerza, me metió en la clase de un empujón y cerró la puerta.

—¡Que venga su madre! —gritó la señorita, como siempre que se hartaba de todo.

A mi madre no le hizo ninguna gracia. Según ella, tenían derecho a llamarla si ocurría algo nuevo de lo que debía enterarse.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

La llamaban una y otra vez, pero sólo para informarla de que nada

había cambiado; de que, como de costumbre, había vuelto a presentarme con los deberes sin hacer. Mi madre siempre escuchaba asintiendo las mismas historias sobre mi vaguería y mi falta de puntualidad.

—¡Se duerme en clase y no hay manera de despertarla! —se quejaba la señorita. Todas y cada una de las veces le venían a mi madre con el mismo cuento de que nada había cambiado. Pero ella se levantaba demasiado tarde para saber a qué hora salía yo de casa —no necesitaba darse prisa para llegar al trabajo a las ocho, ni siquiera a las nueve—. Por cortesía no preguntaba qué era exactamente lo que querían de ella. Pensaba que deberían comprenderla: no tenía nada que ver con todo aquello, la vaguería y la falta de puntualidad la sacaban de quicio tanto como a la señorita, pero por otros motivos.

—A mí tampoco me gustaba el colegio —me decía cuando yo trataba de protestar.

No me pedía eso. Lo que deseaba era que empezara a aplicarme, así dejarían de molestarla. Por mi culpa le exigían cosas imposibles. Con la esperanza de que les hiciera alguna promesa, le pusieron ante las narices la prueba del delito: el cuaderno que me habían confiscado, casi vacío, a excepción de un par de garabatos y un borrón.

Al final me apuntaron al club escolar. A mi madre le encantó esta idea de la profesora. Que el propio colegio se encargara de controlarme y la dejaran en paz. El club escolar estaba en la planta baja del colegio, en una gran sala. Allí pasaban el tiempo juntos tras las clases alumnos de todos los cursos, de primero a séptimo. Los de séptimo llegaban los últimos. A mí me parecían ya adultos, sobre todo las chicas. Las más altas no necesitaban levantar la cabeza cuando la profesora hablaba con ellas. Yo pensaba que ellas mismas podrían dar clases en un colegio y no comprendía qué hacían aún allí. En su lugar me habría ido sin pedir permiso a nadie. No sabía que su guardarropa también estaba cerrado con llave. Se aburrían y buscaban diversiones. A mí también me hubiera gustado buscar diversiones, pero no sabía cómo unirme a ellas. Me daban un poco de miedo: eran tan adultas…

—¿Qué miras? —preguntaban extrañadas. Una chica de mi clase se convirtió en su favorita. Se sentaba en la segunda fila con su mejor amiga y le ponían dieces.

—Es tan bonita como una princesita —decían encantadas las de séptimo, quizá recordando las muñecas con las que ya no jugaban.

Le daban caramelos, le hacían trenzas, le anudaban cintas en el pelo, hasta que se hartaba y se iba. Quería decirles que no me importaría ser una muñeca, cuya vida, libre de responsabilidades, era ligera como una pluma, sin que hubiera que doblar el espinazo para levantarla. No me acordaba de que en los labios y las mejillas tenía

manchas de tinta, así que yo no servía para ser muñeca. La vida había puesto en las manos de aquella niña algo que a mí no me ofrecía, pero ella no lo aceptaba. ¿Por qué? ¿Acaso lo que rechazaba no tenía ningún valor? ¿Conocía algo mejor? La veía huir de ellas y me preguntaba por qué razón yo no era ella ni lo sería nunca. Me inclinaba a pensar que se trataba del material. Ella estaba hecha de otro barro.

La princesita llevaba un babi azul marino, siempre bien planchado, y el babi tenía el cuello blanco.

—Déjale un momento tu jersey —me gritaron las de séptimo—. Le quedará muy bien.

—Ojalá tuviera también esos rizos —decían.

Los míos.

Las comparaciones eran dolorosas y no aportaban nada. En lugar de pena sentía sólo el habitual caos en el corazón. Mi jersey era azul marino, no se iba a arrugar ni se iba a distinguir de los babis que el reglamento ordenaba utilizar. El jersey no se arrugaba, pero sí se diferenciaba. Olía a extranjero, y lo extranjero despertaba las emociones. Era mejor o peor de lo debido, dependía del punto de vista, pero en cualquier caso resultaba demasiado bueno para mí, porque más de una vez lo manché de sopa en el comedor a la hora de la comida. Lo reglamentario eran los artículos de la industria estatal, a pesar de que a nadie le gustaban, por eso precisamente. Sobre todo, el azul marino escolar: un fiasco absoluto. Le faltaba algo, quizá saturación, quizá intensidad, quizá fantasía. Cualquiera que tuviera algo de idea sobre géneros, colores y texturas vería la diferencia. Yo era la única que no la tenía y no la veía.

Me pusieron en la mesa destinada a hacer los deberes, cubierta con un hule lleno de manchas y chorreones de tinta ya seca. Tenía que quedarme allí sentada hasta que terminara el último rabito. La encargada del club escolar que me lo explicó no sabía de lo que hablaba, estaba clarísimo. Para que se pudiera llevar a cabo lo que exigía, me habría tenido que quedar allí toda la noche, al día siguiente no habría ido a clase, sino que habría seguido sentada en la sala del club todo el día, todo el año y también el siguiente, chupando la plumilla, y durante todo ese tiempo alguien habría tenido que vigilarme. Comprendí que se trataba de un embuste, el colegio no se podía permitir tal cosa. La encargada también tenía familia, querría irse a casa por la noche. Poco a poco iba oscureciendo, las últimas moscas caían muertas sobre el antepecho de la ventana y se quedaban patas arriba. El final de mis rabitos no se hallaba más cerca ni después de dos horas, ni después de tres. Estaba allí sentada, sobre el cuaderno de aritmética, con los labios coloreados de azul marino, con manchas

de tinta en las mejillas y los brazos, hasta el codo. Miré con disimulo qué hacían los demás. En la otra mesa, de mejor calidad, estaban jugando al parchís. Me imaginé a mí misma jugando con ellos, como si fuera una persona totalmente distinta: lanzaba los dados con fuerza y sacaba un seis tras otro.

—¿Está haciendo los deberes? —preguntó entonces la encargada acordándose de mí. Cogió el cuaderno, lo ojeó irritada y al final lo levantó bien arriba para mostrárselo a todos—. Nunca había visto nada parecido.

Mi mirada, enturbiada por la esperanza de poder jugar al parchís, no alcanzaba a ver la situación en la que me encontraba. Sólo los demás podían contemplarla con absoluta claridad. Y de la claridad surgió compasión. Quizá creyeron que ellos no podrían soportar lo que yo debía soportar. ¡Lo habríais soportado todo si os hubiera tocado! Pero ¿cómo iban a saberlo entonces?

—Con tanto idioma se ha hecho un lío… —le decía a media voz la encargada del club a una profesora que había terminado sus clases y se había pasado a charlar.

Me temía que estaban hablando de mí, pero mis sentimientos no deseaban cerciorarse. El sentido común me decía que no: yo no era tan importante.

Estaban las dos sentadas junto al escritorio, bajo la imagen enmarcada del águila sin corona, una de ellas algo ladeada, para que pudieran mirarse casi de frente y al mismo tiempo no perdernos de vista. Bajo el escritorio había una bolsa con compras que la segunda le había traído a su amiga. Dentro se veía un paquete de carne envuelto en una hoja de periódico empapada en un rojo trágico.

—Dios la creó y se echó a llorar.

No tenía ni idea de a qué se referían.

—Al parecer su madre trabaja en la universidad, pero la criatura va por ahí con las uñas sucias.

Menuda casualidad: mi madre también trabajaba en la universidad y yo tenía las uñas sucias.

Interrumpieron la conversación de golpe.

—¿Nos estás espiando? ¿Has terminado los deberes?

Así que de tal barro me habían hecho. El aire habría sido mejor que ese barro, porque es transparente. Habría desaparecido por completo. Sentada frente a los cuadernos, me imagino que desaparezco. Me buscan. Miran incluso debajo de las mesas, de la una y de la otra. Me siento sobre el antepecho de la ventana, invisible, apoyo la barbilla sobre las rodillas y sigo observando. ¡Para qué me buscáis, si se ve a simple vista que no estoy! Me reí con disimulo. Y así

llegamos a los últimos momentos de la tarde. Después apagaron la luz y cerraron la sala.

Es posible que las profesoras de mi colegio también pensaran que el problema era el barro. Al fin y al cabo tenían corazón, debieron de preguntarse en algún momento si las exigencias que le imponían a esa niña no serían superiores a sus posibilidades. Durante la reunión de profesores con padres de alumnos le dieron a mi madre un volante para que me hicieran unas pruebas, con el sello de la médica del colegio. Mi madre se lo guardó en el bolso, disgustada, como siempre que se interesaban demasiado en mí.

—¡Te van a mandar a una escuela especial! —fue lo que me gritaron los demás niños del club escolar cuando llegué al día siguiente. Se enteraban de todo antes que yo, no sé cómo.

¿Especial? Quise que me aclararan adónde me iban a enviar.

—A un colegio para tontos —dijo alguien.

Mi madre me llevó a un lugar desconocido para mí donde me mostraron estampas y piezas de construcción de diversos colores. Las estampas me gustaron, hacer construcciones con las piezas se me dio mejor que escribir letras. De buena gana habría jugado con ellas a diario. Pero no me volvieron a invitar, me mandaron de vuelta al colegio, a mi madre le dieron una carta. Antes de empezar la clase le di la carta a la profesora, que suspiró tras leerla. Y todo continuó siendo como antes.

Así pues, me las apañé como mejor supe: todo lo hacía muy despacio y me mantenía lo más alejada posible de la ambición. Me parecía que sólo de esa manera podría resistir. Cuando salía de casa, sin desayunar, las clases ya habían empezado hacía rato. Me pasaba semanas sin sacar los libros de la cartera. Si, por ejemplo, mandaban llevar plastilina, yo nunca la tenía. No me apresuraba para llegar al colegio. Ya no podía evitar el retraso, pero sí podía alargarlo. Caminaba con desgana, a paso de tortuga, me quedaba mirando la acera, los letreros de las tiendas, las nubes reflejadas en las ventanas o en los charcos, y también las que flotaban en el cielo. Mientras estuviera en camino, nada malo me podía ocurrir. Hacía ya mucho que tendría que estar sentada en clase, pero en la calle nadie lo sabía. Disfrutaba de los últimos momentos de libertad, antes de girar el picaporte y entrar en el vestíbulo vacío. La vista que se abría tras el umbral, que yo atravesaba de forma sólo hasta cierto punto voluntaria, siempre anunciaba lo mismo: la pérdida de mis derechos hasta la tarde. Justo después de la pesada puerta estaba el suelo de piedra ajedrezado; más allá, las palaciegas escaleras que giraban en dos direcciones. Hacia abajo llevaban al guardarropa. Los disgustos con los que me tenía que encontrar eran ineludibles, igual que el

invierno y el frío intenso. Entre timbre y timbre pasaban tres cuartos de hora. El tiempo se estiraba de manera insoportable, y de todos modos era tiempo perdido.

En cambio, los últimos minutos del día siempre se sucedían rápidamente, uno tras otro, como hojas secas; entonces ya era demasiado tarde para hacer nada, así que tampoco sacaba ningún provecho de ellos.

—¿Qué haces ahí? —me preguntó una noche mi madre después de oír el ruido de mis pasos en el pasillo. Se encontraba en su habitación con mi padre, a esa hora la radio italiana emitía el informativo principal, que no estaba intervenido, al contrario que Radio Europa Libre.

Como no me podía dormir, quería hacer algo que me resultara útil.

—Voy a lavar el jersey —le expliqué.

Se impacientó.

—¿A estas horas?

Mi presencia, que obligatoriamente debía ser aprobada antes, tenía unos límites. La frontera atravesaba la esfera del reloj. La luz había que apagarla a las nueve y cuarto. Era una frontera tan bien vigilada como la del Estado. El reglamento no aceptaba que se franqueara bajo ningún concepto. Al otro lado de esa frontera mi madre deseaba tener paz y tranquilidad, lo exigía categóricamente, como corresponde a una persona cuya paciencia y buena voluntad habían sufrido ya numerosos abusos.

En ocasiones observaba a otras madres. Las madres me llenaban de admiración. Había en ellas más calor y vida de lo que podía imaginar. Todas eran capaces de bajar corriendo al patio vecinal —no sin antes limpiarse las manos en el mandil— para darle su merecido al gamberro de turno que se estaba metiendo con su hijo. En aquella época los patios vecinales estaban llenos de violencia, cada uno tenía su propio gamberro y las madres intervenían con furia una y otra vez. Los gamberros les guardaban respeto. Mi casa no tenía patio, sólo había un estrecho espacio entre los edificios en el que nadie jugaba. Iba muy de cuando en cuando a otros patios, a los que nadie me invitaba. A las horas en las que sucedía todo esto, mi madre se encontraba por ahí, ocupada en sus asuntos. Por su aspecto también se diferenciaba de aquellas madres: era más delgada y más elegante. Habría estado orgullosa de ella si nos hubiera unido algo. Sólo en una ocasión, de casualidad, se encontró con una escena similar en ese espacio entre los edificios. Al verla acercarse, los ingenuos atacantes se quedaron aterrados por un momento. Pensaron que esta vez los habían atrapado. Se asomó el sol entre las nubes y su brillo les dio directamente en los ojos. Mi madre necesitó unos instantes para asegurarse de que no se equivocaba, de que en verdad estaba viendo

lo que estaba viendo. No sé qué idea le pasaría entonces por la cabeza, qué imágenes se presentaron ante su mirada. ¿Sentía el suelo bajo sus pies igual que otras madres? ¿Llenó de aire sus pulmones? Esto es importante, porque el aire no puede faltar si la voz ha de sonar con fuerza. ¿Sabría que lo mejor era poner los brazos en jarra?

Si lo sabía, no mostró demasiado interés en ello. ¿Es que acaso se cerró algo en su interior ante la imagen que se encontró en el estrecho espacio entre edificios y, justo en el momento en que su envoltura carnal pasaba por allí, mi madre, invisible, escondida en lo más profundo de esa envoltura, nos dio la espalda? Quizá pensó que allí no se iba a producir ningún desenlace adecuado para ella y no quiso actuar en la escena, furiosa porque de nuevo se estaba metiendo en un enredo por mi culpa.

Antes de que los asaltantes salieran de su estupor y huyeran, ella se acercó a paso rápido. Se oyó el sonido nítido y agudo de sus tacones al golpear contra la acera. En el silencio escuché una palmada, pero aún no sabía si aquello estaba relacionado conmigo. Los gamberros ya habían iniciado la huida, pero se detuvieron de golpe y se los oyó reír. La niña que se frotaba la mejilla no veía nada, como si se hubiera quedado ciega en ese instante. No sé cómo se las apañó para caminar tras mi madre con los ojos cerrados. Yo en cambio los tengo abiertos y lo veo todo. Por eso prefiero hallarme en el espacio entre los edificios antes de que se acerque mi madre. No empujo a los gamberros, no los zarandeo ni los insulto, como acostumbran a hacer otras madres. Que se vayan en desbandada.

—Todo irá bien —le digo a esa niña—. Vamos.

Y me pongo a pensar adónde podría llevarla.

Cada año iba en avión a Milán al comienzo de las vacaciones. El vuelo duraba menos que dos clases y el recreo juntos. Me bajaba del avión, helada y algo aturdida, entre colores y luces que en nuestro país no se veían, y sólo entonces recordaba de veras cómo era aquello. El aeropuerto, inmenso. Los suelos, de granito y resplandecientes, reflejaban los colores y las luces como grandes espejos, y sobre ellos flotaba el aroma del café y los perfumes. En la sala de llegadas me esperaba un amigo de la familia —de la milanesa—. Nunca se retrasaba ni un minuto. Ni se me pasaba por la cabeza que pudiera retrasarse. Como saludo me preguntaba en su idioma qué tal estaba. En el lugar donde aterrizaba, su idioma era también el mío.

—He aprobado el curso —contestaba orgullosa y él me escuchaba sorprendido, porque eso significaba que cabía la posibilidad de que suspendiera.

Nos sentábamos en la cafetería, él pedía un café solo y yo un chocolate caliente. Su coche esperaba en el parking. Después íbamos

al centro de la ciudad. El viaje era muy largo, delante y detrás de nosotros circulaban enormes autobuses climatizados que transportaban a turistas norteamericanos. Al otro lado de la ciudad, mucho más cerca del centro, había otro aeropuerto, destinado a las líneas aéreas europeas.

—Resulta difícil comprender por qué los polacos se empeñan en aterrizar en el más alejado —comentaba extrañado año tras año y meneaba la cabeza ante tal excentricidad.

De ese tema yo entendía más que él, un hombre adulto, un analista financiero: debía de tratarse de algún pequeño ahorro.

Cada año me asaltaba la misma pregunta: ¿por qué aquí todo parece diferente a como es allí? ¿Por las contraventanas color verde grisáceo de las fachadas? ¿O es que el cielo está más alto? ¿O que el sol brilla más? El aspecto de los árboles y las casas era extraño sin esa capa de grisura a la que me había acostumbrado durante todo el año. Y enseguida empezaba a desacostumbrarme a ella.

En casa mi abuela abría un armario, luego un cajón vacío y a continuación sacaba uno a uno de mi maleta de cartón, con refuerzos de chapa en las esquinas, los artículos de la industria estatal: vestidos, calcetines y ropa interior. Los miraba con atención, enarcando mucho las cejas. Después cerraba el cajón y todo lo que había sacado de la maleta lo volvía a meter en ella.

—No tienes nada. Hay que comprarte cosas —decía. Y enviaba a la criada a la tienda.

Mi abuela no era capaz de imaginar cómo se podía vivir en nuestro país, pero no se trataba de la capa de grisura, que ella nunca había visto, ni del clima, con el que nunca había estado en contacto, ni siquiera de los artículos de la industria estatal, que tanto la asombraban, sino de las coordenadas geográficas. Estaba convencida de que todo dependía de ellas. Creía que la materia se diluía a medida que se alejaba del centro. Los confines del mundo no eran el lugar adecuado para vivir.

A finales del verano el amigo de mi familia milanesa me llevaba al aeropuerto y me dejaba en el avión. En cuanto el avión aterrizaba en Varsovia, el idioma que había usado durante el verano se volvía inservible y a mi alrededor empezaba a oír el otro, que se convertía de nuevo en el principal. En ese idioma me pedían el pasaporte con brusquedad. Me ponía a buscarlo. Si no hubiera entendido lo que querían, habrían subsanado el error hablándome con educación, despacio y claro, y al final el pasaporte habría aparecido, sólo que sería de otro color, por ejemplo verde y con la estrella de la república italiana. Pero resultaba que entendía cada palabra, por lo cual debía entregar mi pasaporte azul marino con el águila sin corona. Y todo volvía de inmediato a su lugar, incluida la capa de grisura, sin la que

nuestras casas, nuestros árboles y nuestro cielo resultarían extraños y no completamente reales.

Parecía que de los dos mundos —uno bonito, el otro feo; uno afable, el otro hostil— sólo uno podía ser real. Ésta era una cuestión demasiado importante como para que nos permitieran pensar lo que quisiéramos al respecto. Teníamos que adivinar solos que el feo y hostil era mejor, más real e incluso, gracias precisamente a su fealdad, más bonito que el otro. No es oro todo lo que reluce, nos recordaban. Lo hermoso es lo que está más cerca del corazón, nos aseguraban; y lo más cercano al corazón es lo de nuestra tierra. El mundo es demasiado largo y demasiado ancho, nos inculcaban. Para no extraviarnos lo mejor es quedarnos en nuestro barrio. Y si no lo hacíamos impulsados por el instinto del corazón ni tampoco a causa del alambre de espino que había en la frontera, al menos deberíamos hacerlo —según nos sugerían— porque en aquel otro mundo la vida resultaba más complicada, demasiado difícil, no era para nosotros, de veras, no sabríamos apañarnos.

Nuestro sol, algo más apagado, se ocultaba tras las nubes con más frecuencia, los amaneceres y los atardeceres eran fríos y en unos días empezaría el colegio. Para mí comenzaba con borrones en el cuaderno y errores al escribir el dictado. El milagro que esperaba nunca tuvo lugar. Tras las vacaciones nada cambió, otra vez dormía mal y llegaba tarde continuamente. El signo de «igual», que me obligaban a escribir en la pizarra, era como una pasarela que conducía a la nada. No imaginaba de qué manera iba a aparecer un resultado al final de esa pasarela. Ya conocía las letras, pero eso no ayudaba a la hora de leer. Las letras no se unían para formar conjuntos. Con las sílabas me iba peor, así que me ponía de pie en mi sitio con el libro de lectura en las manos y con gran esfuerzo las escupía, tomando aire entre una y otra. En las pausas entre las sílabas oíamos el zumbido de las moscas, todos me miraban y esperábamos a que sonara el timbre liberador, incluyendo la señorita, que también deseaba irse ya. Y las siguientes vacaciones quedaban muy lejos, más lejos imposible. En el comedor la sopa se me caía en la ropa antes de llegar con el plato hasta la mesa. ¿Es posible que a esa edad me temblaran las manos? ¿O es que me daban codazos? ¿No sabía desenvolverme en medio de una multitud? Tenía que librarme al menos del comedor. Sabía que sobreviviría sin el almuerzo.

—¡No andes encorvada! —le dijo a cierta niña su padre, un militar con el águila sin corona en la gorra cuando fue a buscarla al colegio —. ¿Es que quieres parecerte a ésa?

Ni siquiera bajó la voz.

Hay que decir antes que nada que a nadie le hubiera gustado ser como ella. A nadie le hubiera gustado sentarse a su lado, ni siquiera

estar de pie junto a ella. La miraban atentamente, pero desde lejos y sin simpatía. No era fácil sentir simpatía hacia esa niña cuando se sabía que mordisqueaba castañas y bebía tinta. Se mantenían alejados de ella, como temiendo que lo suyo fuera contagioso.

—¿Qué? ¿Está rica la tinta? —le gritaban en el recreo los niños del curso inferior. Antes de que me diera tiempo a pensar una contestación, ya habían huido.

La tinta no estaba rica, por eso hacía mucho que no chupaba la plumilla. Me manchaba los labios, pero no sabía cómo. No era capaz de evitarlo.

Llevaba una vida solitaria y no esperaba gran cosa de ella, pero aun así a todo el mundo le debía algo. Debía pagar por los colores apagados de los artículos de la industria estatal y por unos inviernos demasiado largos y oscuros. Por las broncas con portazo final en las casas de los demás; por el hecho de que aquí y allá no alcanzara el dinero para llegar a primero de mes; y, sobre todo, por Yalta. ¿Por qué por Yalta? Porque sí. ¿Quién sino iba a pagar? El que no es capaz de defenderse paga por todo. Y si paga por todo es sólo porque debe hacerlo. Por tanto, mejor que no espere gratitud.

—¿Por qué vienes detrás de nosotras? —preguntaban las niñas de mi clase.

La pregunta era difícil, no conocía la respuesta.

—Por nada —replicaba, zanjando el tema. Yo no quería ir tras ellas en absoluto. Con ellas sí, por supuesto. Pero siempre estaban alerta para evitarlo. Cuando lo intentaba, todas advertían mi maniobra, intercambiaban rápidas miradas y me dejaban atrás en un santiamén. Tenía la esperanza de que alguna no estuviera al corriente, pero todas lo estaban. Sin embargo, lo que más vergüenza me daba era que tuvieran tanto interés en esa niña. Yo estaba dispuesta a izar la bandera blanca, a declarar en cualquier momento que las entendía a todas ellas, a las que no querían permanecer, ni de pie ni sentadas, junto a la niña. Incluso la habría abandonado con tal de quedarme en el bando de ellas.

Pero si me hubiera quedado en ese bando, habría puesto patas arriba los cimientos. Las reglas de nuestra coexistencia no preveían ninguna posibilidad de colaboración para mí, y excluían la huida. Aprisionada en su piel, resultaba ideal para hacer comparaciones fáciles. Al contrario que los demás, yo no podía apartarla de mi lado con la mano o con el pie, ni tampoco con bruscas palabras. No podía acelerar el paso y dejarla atrás. Y el hecho de estar obligada a permanecer junto a ella, quisiera o no, me parecía la mayor y más dolorosa de las injusticias.

Si hubiera alguna foto de aquellos tiempos, ella aparecería sola. Saldría de detrás del borde del fotograma, por la izquierda, caminando

en dirección a un grupito de niñas que le dan la espalda. Una o dos de ellas han sido captadas cuando aún están dando media vuelta, pero la mayoría se alejan ya, alargando el paso, alguna incluso ha desaparecido por el borde derecho, sólo se ve el tacón de su zapato alzado sobre la acera. Esta escena, detenida ante el fondo gris propio de la época, recortado en forma de rectángulo con un recuadro blanco, se dirige hacia su desenlace, aunque no sabemos cuál es. Si se pudiera pegar el oído a la fotografía y escuchar lo mismo que escucha la niña, se oiría una risa. La risa no la herirá, sólo resonará en sus oídos. El dolor es tan pequeño que no resulta fácil averiguar de dónde procede, si del estómago, de la cabeza o del corazón. El dolor auténtico, el grande, queda fuera del fotograma, fuera del recuadro blanco, ella no lo nota y no lo conoce. Duerme mal… y eso es todo sobre el tema.

Las posibilidades de las que disponemos hoy día para determinar el curso de los acontecimientos son impresionantes. Me gustaría coger a esa niña y llevármela de allí, nadie más lo va a hacer. «Todo irá bien», le aseguraría, igual que entonces, en el espacio que había entre los edificios en lugar de patio vecinal. Aunque no debería mentirle. Me temo que ese instante ha de perdurar mientras el dolor esté oculto fuera del fotograma, muerto, rígido, separado de ella, de mí y del mundo. Si no hablamos del dolor, nunca llegaremos hasta el desenlace. Y si de pronto reviviera, ¿nos mataría en el acto como un rayo caído del cielo?

La niña de la izquierda pensaba que sería mejor para ella ser otra persona. Vivir en otra casa, llevar la ropa de otra, tener el nombre de otra y, sobre todo, el apellido. Si pudiera elegir, por nada del mundo querría tener ojos azules, de buena gana los cambiaría por unos pardos. Si le preguntaran qué es lo que más le gusta, contestaría que la sopa de leche con nata. No la podría tragar, una arcada la traicionaría. Pero si su voluntad no tuviera límites, se libraría de la arcada y de todas y cada una de las características que definían a la niña. Cada una de sus opiniones sería reemplazada por la opinión contraria y cada sentimiento, por su antítesis. Cambiaría el contenido de su vida por algo diferente que no fuera suyo, satisfecha con esta solución, mejor que la invisibilidad, mejor que desvanecerse en el aire, y todo ello sin la menor sombra de aversión hacia sí misma, al revés, era por su bien. Comprendía que el color de los ojos e incluso las opiniones, los sentimientos y los recuerdos, no tenían tanta importancia. Lo esencial era el calor del cuerpo, el latido del corazón, las pulsaciones de la arteria carótida.

No sé cómo ocurrió, pero al final me puse de su lado. Quizá las pulsaciones de la arteria, íntimas e inocentes, me reconciliaron con su forma de ser. Me parecía digna de aprecio la tranquilidad con la que

entraba en clase, adormilada, a mitad de la segunda hora, y sin decir palabra se sentaba en su sitio junto a la pared. No daba explicaciones ni siquiera cuando se lo exigían categóricamente. Me gustaba la manera en que, cuando la sacaban a la pizarra, mostraba una total falta de ambición y contestaba que no se sabía la lección, incluso las veces en las que por casualidad sí la sabía; y también la valentía algo atolondrada con la que entregaba las redacciones, que no contaban con más de cuatro líneas y media. Empecé a estimarla, al principio en secreto. De algún modo, su distanciamiento de la realidad no me separaba de ella. Si la hubiera abandonado en esos momentos, la habría echado de menos. Además, hasta entonces nada me había proporcionado tantas fuerzas como el ir a contracorriente de lo que pensaban sobre ella los demás. Cuantos más problemas tenía, mejor me caía. Cuantos más problemas tenía, más me necesitaba.

Desde que empecé a cuidar de ella, lleva la ropa limpia y no llega tarde a clase. Hace lo que le corresponde, al menos lo suficiente para que nadie pueda llamarle la atención. Es tan cautelosa como un animalillo del bosque. No se acerca demasiado a los decididos ni a los risueños. No come de la mano de nadie, pero no porque tenga miedo: no le tiene miedo a casi nada. Lo peor ya ha pasado.

A veces, por las mañanas, vuelvo a meterme en su piel. La señorita sacude mi cartera para vaciarla, saca mis cuadernos junto con mis pañuelos húmedos de haberme sonado y sobre la mesa ruedan unas castañas mordisqueadas. Las recojo con disimulo y me las meto en los bolsillos.

—¿Qué te has guardado? ¡A ver! —me grita agarrándome del codo.

Pero no clavo la vista en el suelo según la vieja costumbre. La observo con una mirada tranquila, soñolienta, callo y escucho cómo va bajando el tono.

Cuando pasaban lista tenía que levantarse y, como los demás, contestar «presente», lo cual significaba poco menos que reconocer que ese era su apellido. Se le ponía el estómago en la garganta, a pesar de que el apellido, sacado de un conjunto de palabras inadecuado, no lo pronunciaba su boca, sino una boca ajena.

Era incómodo de usar, no se dejaba declinar. Lo cierto es que los casos gramaticales vienen bien sobre todo al describir las relaciones entre los personajes y como a ella no la unía nada con nadie, con el nominativo debería tener suficiente. Sin embargo, aquel indefenso apellido era retorcido, estirado y quebrado sin piedad a la menor ocasión. Se empleaban diversos métodos para completarlo con terminaciones que le eran extrañas y con ellas era introducido a la fuerza en un mecanismo de declinación que no lo trataba bien. Pero el verdadero problema aparecía cuando tenía que presentarse a alguien.

Al principio pensaba que podría salir del apuro diciendo sólo el nombre. Pero como su nombre no le era necesario a nadie, daba igual que lo tuviera o no; se podía sustituir de una vez para siempre con el nombre común: la palabra «tú», que valía para cualquiera.

—¿Y el apellido? —insistía entonces ese alguien.

Cuando le preguntaban su apellido, enseguida se sentía al descubierto, desenmascarada. La respuesta existía, claro, pero en otro idioma, no en polaco. El apellido a duras penas atravesaba su garganta, a pesar de tener sólo dos sílabas, además redondeadas. De las graciosas. Me gustaría asegurarle a la niña que al apellido no le pasaba nada y que nada se le podía reprochar. En el lugar del que procedía sonaba bien, no provocaba chocantes asociaciones de ideas. Pero yo misma sé cuántos problemas puede acarrear. Cada vez que debo dar mi apellido en la ventanilla de una oficina, vuelve a mí repetido en voz más alta, con un áspero tono interrogativo. Me llega completado y corregido, como si esa persona supusiera que tengo algún defecto en el habla o que me como las terminaciones. Estoy frente a la ventanilla y restriego los pies contra el suelo. Entonces, al final, ¿cómo me llamo? En esta escena, restregar los pies es lo más apropiado, lo que se espera, incluso lo que se exige: tan mayor y no lo sabe.

Debería decirle que pude librarme de ese apellido cuando me casé. Pude hacerlo, pero preferí conservarlo. A decir verdad, me gusta.

# LA LLAVE

Pero que nadie me pregunte cómo llegué hasta allí. Estoy segura de que no me bajé en esa parada de autobús, en la cabecera de la línea. Aunque hubiera querido, no habría podido, porque esa cabecera ya no existe, hace mucho que en ese lugar todo tiene un aspecto distinto. El palacio, que en su momento voló por los aires, fue reconstruido de buenas a primeras cuando otras reconstrucciones empezaban ya a desmoronarse un poco, y ahora tapa la vista del río y del puente. Por eso, en el momento en que vi el río y el puente en lugar de los muros del palacio, supe de inmediato dónde estaba. Allí. De nuevo allí.

En el lado contrario de la plaza había una anciana encorvada removiendo la nieve con la punta de su bastón. Seguramente se le había caído algo, quizá dinero. Lo encontró y se agachó, flexionando a duras penas sus rígidas articulaciones. La conocía de vista. No había cambiado en todos esos años, seguía teniendo ochenta y tantos. Las palomas, con las plumas erizadas, llenaban los alféizares de las ventanas. Ningún turista extranjero. Junto al bordillo había aparcado un coche modelo Warszawa, con la típica joroba de cierto Opel de preguerra: la fábrica de automóviles polaca había aprovechado los planos del proyecto, robados a los alemanes por los rusos al final de la guerra. Es el único vehículo estacionado en la plaza. Ni siquiera existe aún la prohibición de entrar en coche: por uno solo no había necesidad de imponerla.

Nuestra ciudad era la más grande e importante de todo el país. En el colegio nos decían que admiráramos su dinamismo, su vitalidad, su bullicio. A decir verdad, esto ni se veía ni se oía. La ciudad no producía ningún murmullo, abrumada por la grisura y la ausencia de color en las vistas. Y precisamente aquí, en este barrio, decidieron reedificar lo que sólo había perdurado en los cuadros antiguos del museo. Debía convertirse en un depósito de color para otros barrios, incluso para otras ciudades. Pero el resultado fue otro. El enclave del color fue inundado por las olas de grisura que llegaban de todas partes. «Y no queda nada mal», pensé, cansada ya de los colores, porque donde ahora vivo hace mucho que hay demasiados, excesivamente chillones, estamos hasta las narices de ellos.

Muchas veces he imaginado qué podría hacer si me tocara ir de nuevo allí, pero en su piel, tal como era ella. Imaginaba que esta vez sabría defenderse. Nunca pensé que me encontraría allí tal como soy ahora. No estaba preparada para eso, pero aun así me dejé llevar por las emociones y me puse a caminar. Alguien se subió al Warszawa, dio un portazo y el conductor encendió el motor. Las palomas echaron a volar. Las ruedas del coche giraron despacio sobre el empedrado irregular. Miré como los pájaros alzaban el vuelo y daban vueltas sobre la plaza, y pensé que allí todo podía ocurrir, por ejemplo, que igual nos cruzábamos por la calle, puesto que me encontraba en aquel lugar y yo no era ella. Me sentí emocionada.

Pasé por delante de las pesadas puertas de una biblioteca pública cuyo interior recuerdo a la perfección. Los estudiantes salían de la sala de lecturas para fumar en el descansillo del primer piso. Se sentaban en las escaleras, contaban chistes entre nubes de humo y llenaban de colillas un cenicero de hierro que se apoyaba en tres largas patas combadas. En el segundo piso, donde se encontraba el servicio de préstamo para adultos, el descansillo siempre estaba vacío, atravesado únicamente por el humo que subía por las escaleras. Ella a veces pasaba las tardes en la sala de lectura infantil, en el tercer piso. Su madre la había llevado allí por primera vez mucho tiempo atrás, en la época del parvulario.

—¿Y la niña sabe leer? —preguntó la bibliotecaria.

—Se las arreglará —contestó la madre, y la dejó allí.

Así que la niña conocía bien ese lugar, había tenido suficiente tiempo para familiarizarse con él. Estaba abierto todas las tardes, menos los miércoles y los sábados. Iba allí después de salir del colegio, aunque sólo cuando llovía mucho. Cogía un libro de la estantería y se sentaba junto a una mesa. Lo devolvía y cogía otro. Lo que más le gustaba eran las portadas, pero poco podía deducir de ellas. Lo que había en el interior la aburría un poco, no porque los libros fueran un rollo, sino porque no se le daba muy bien leer. Una vez al mes proyectaban cuentos mediante diapositivas. Recuerdo la voz algo ronca de la bibliotecaria con gafas, que leía los subtítulos para los niños que, como ella, no podían seguir el ritmo.

Su casa se encontraba apenas unos números más allá, pero lo habitual era que no tuviera la llave. Cuando me detuve un momento frente a esa casa, distinguí una figura conocida al final de la calle. Con su cálido abrigo guateado con cuello de piel, se acercaba la madre de Zosia, que venía deprisa en dirección contraria a la mía, hacia la parada de autobús de la plaza. Cuando pasó a mi lado me devolvió el saludo amablemente, aunque no pudo reconocerme, mi aspecto no le decía nada: con el paso de los años me había hecho más vieja que ella. Alguien salió de una tiendecita de prensa y tabaco y dejó tras él una

nube de vaho. Seguro que el frío era intenso. Una gélida tarde que terminará en breve, porque anochece muy pronto. En los portales hay telas rojas. Pero ¿por qué rojas? Un rojo apagado, irreal, sin intensidad. Las banderas cuelgan sin movimiento, el viento no las toca. ¿Se trata de la conmemoración de la Revolución rusa? No, la revolución estalló en otoño, mientras que aquí ya es pleno invierno, la nieve sucia se ha endurecido, acumulada en montones durante muchos días, cubiertos por una fina capa de blancura. La siguiente ocasión para colgar banderas era el aniversario de la entrada del Ejército Rojo, en la segunda mitad de enero. Debían de ser esas fechas.

Ante la tienda de alimentación vi a un pensionista apodado *Historiador*. Siempre tenía tiempo de sobra, cuando se cruzaba con niños se detenía y se ponía a charlar con ellos. Sólo le interesaban las batallas, cuanto más antiguas mejor. «¿En qué año fue la batalla de Grunwald?», preguntaba sin preámbulos y arqueando las cejas. En el colegio nos daban historia a partir del quinto curso, pero yo ni siquiera entonces conocía la respuesta. «Pues muy mal», murmuraba *Historiador*. «¡Eso hay que sabérselo al dedillo!».

Su mirada pasó por mí con indiferencia, porque tenía suficiente edad como para saber todos esos datos. Estaba ocupado metiéndose unos panecillos en los bolsillos. Después cruzó la calle y entró en la droguería. A la altura del primer piso la esquina estaba adornada con la imagen de un león apoyado en un escudo heráldico. Tenía una sola cabeza, pero su cuerpo se desdoblaba obligado por las circunstancias y sus dos colas retorcidas estaban rematadas con pelos dorados, una por el lado de la calle y la otra por el lado de la plaza. El león tenía su mirada clavada en un reloj situado en la esquina de enfrente, de la que lo separaban apenas siete metros. Lo sabía sin necesidad de verlo, me conocía de memoria cada metro.

Hubo una época en que recorría ese camino dos veces al día y mis pensamientos —ese tipo de pensamientos que siguen flotando cuando ya no tenemos fuerzas para controlarlos— se pegaban a las cornisas de las fachadas como si fueran guano. Se quedaban allí secándose, rancios, repulsivos, y a veces incluso un mes después podía tropezarme con ellos por casualidad. Cuando tenía días realmente malos, mi mirada se arrastraba por la acera. Ahí se quedaban pegadas las decisiones. No, ahora ya no hay ni rastro de ellas, desaparecieron hace mucho, pisoteadas, dispersadas por los zapatos durante todos estos años, aunque en su momento el camino se hallara cubierto de ellas, como el infierno de buenas intenciones. Desde un extremo del mundo al otro se tardaba quince minutos a pie: en un extremo se encontraba su casa; en el otro, el colegio.

Seguí caminando y oí sus voces. Primero las voces, sólo después las vi venir. Estaban alegres, o quizá simplemente se reían. Una y otra vez

volvían la vista hacia atrás, así que supuse que enseguida aparecería ante mí. Allí estaba, andaba tras ellas con el abrigo desabrochado. Qué raro que no se congele, pensé. Su mirada se arrastraba por la acera, seguro que le estaba dando vueltas en la cabeza a alguna decisión. Se detuvo de golpe, antes de que nos chocáramos. Le puse una mano sobre el hombro.

—No vamos a perseguirlas —dije—. Que se vayan. Es lo mejor.

Levantó la mirada hacia mí. Tenía el aspecto de los niños a los que nadie quiere, lo llevan escrito en la frente y no despiertan compasión. Les falta el encanto infantil. No son simpáticos, así que se los mira sin ternura. Como si fueran adultos inmaduros. No hay bastante compasión para todo el mundo.

—¿Otra vez sin la llave? —pregunté, pero con dulzura, para no asustarla. Me dolió ver que andaba encorvada, casi como aquella anciana que removía la nieve con el bastón en busca de dinero. Pero no dije: «¡Ponte recta!»; ni siquiera: «¡Levanta la cabeza!», sino que me mordí la lengua. Supuse que querría saber quién era yo y pensé que me iba a resultar difícil salir airosa del lance.

Pero me equivoqué. Ésa cuestión no la preocupaba en absoluto. Como si estuviera esperando a alguien como yo. A alguien que la detendría y le diría lo que yo había dicho. Llevaba dentro unas reservas inagotables de confianza cuya existencia nadie habría imaginado. No hacía uso de ellas a diario, pero sólo debido a que no había ocasiones propicias. Negó con la cabeza. ¿La llave? No la tenía. La había dejado en casa. Tampoco tenía dinero. No le daban dinero porque lo perdía. Yo tampoco tenía; es decir: no tenía el dinero adecuado, el que llevaba el águila sin corona. El que no era convertible.

Y justo entonces observé sobre un montón de nieve un billete, grisáceo, casi del todo cubierto de nieve recién caída. Lo debía de haber perdido alguien la noche anterior, en la oscuridad. Los amantes de la vida nocturna llegaban al barrio pasadas las diez, cuando se aburrían de estar en otros sitios. Vociferaban bajo las ventanas y orinaban en los portales, y a veces forcejeaban entre ellos, agarrándose con fuerza de las solapas de las gabardinas. Sabían dónde estaba la línea hasta la que podían llegar. La policía los miraba con indiferencia mientras no se derramara sangre. Si eso pasaba, los metían en los vehículos policiales y se los llevaban. Los que se quedaban se marchaban por su propio pie entre la una y las dos de la madrugada. Ni siquiera a ellos se les ocurría qué más se podía hacer allí a esas horas.

—Mira, cincuenta zlotys.

Se agachó a recoger el billete que le señalaba y me lo entregó con los dedos entumecidos. Es decir, que sí tenía frío. Había olvidado

abrocharse el abrigo antes de salir del guardarropa y ahora ya no estaba en condiciones de hacerlo.

—¿Dónde están tus guantes? —le pregunté mientras le abrochaba el botón superior, el del cuello.

—Los he perdido —murmuró apartando la mirada.

—¿Hace mucho? —insistí al tiempo que abrochaba el siguiente botón. Mis hijos eran más o menos de su edad y no perdían nada. Pero ¿era conveniente decírselo? Seguro que de todas formas en el colegio no paraban de recordarle de quién debía tomar ejemplo (en su caso, casi cualquiera valía como modelo).

Se encogió de hombros. No sabía exactamente cuándo pudo ser, quizá una semana antes, porque entonces habían subido las temperaturas y durante uno o dos días no había pasado frío. El tercer botón ya no lo abroché: teníamos cincuenta zlotys, así que pensé que enseguida nos íbamos a quitar los abrigos.

—Ven —le dije—. Vamos a comer algo caliente.

En el local donde entramos hacía calor, el ambiente era un poco sofocante. Las ventanas estaban empañadas por el vapor. Olía a sopa, aunque también un poco a leche quemada y a algo no comestible, frío, puede que creolina. Conocía bien los azulejos blancos de las paredes, con gallinas y vacas, dibujos color azul cobalto hechos con barniz vitral. Jamás los he olvidado. En aquella época no se hacían así, ni mucho menos. Debieron de sacarlos de algún almacén que se había salvado de milagro de las bombas. Llegaron aquí como un paquete enviado desde el mundo anterior. Pero a ella le parecía que el mundo había sido creado un momento antes de su nacimiento, entero, de golpe, incluyendo esos azulejos. Y si anteriormente existía otro mundo, por lo que ella sabía había desaparecido sin dejar rastro y luego había llegado el Ejército Rojo; ni siquiera se le habría ocurrido pensar que la anciana del bastón tuviera algo que ver con él.

Colgamos los abrigos en un perchero. Por supuesto, en esa época se hacían grandes cantidades de percheros como aquél. En alguna fábrica de muebles de madera curvada que de casualidad había evitado la destrucción. La niña dejó su cartera en una silla para reservarnos la mesa. Escogió la que estaba junto a la ventana de la esquina. Era en la que comía Zosia cuando iba allí con su madre. Al parecer la madre de Zosia no preparaba almuerzos en casa. No pedía nada para ella, sólo se aseguraba de que Zosia se lo comiera todo, porque estaba muy flaca. Yo las veía desde la calle, por la ventana. Zosia llevaba unas gafas como las de la bibliotecaria. La profesora le ponía buenas notas y la apreciaba. Una vez incluso entré en aquel bar, me senté y acompañé a la madre de Zosia mientras vigilaba que su hija comiera bien. Debió de ser en tercer curso, en otoño. Tragaba saliva y notaba que mi presencia no era demasiado necesaria.

—¿Vas a cuarto? —pregunté mientras esperábamos en la cola para pedir.

Asintió. Eso significa que era enero del sesenta y seis. Hacía poco que había cumplido diez años, pero ya se decía que tenía once. Mil novecientos sesenta y seis, recuerdo bien esa fecha. Se la escribía en los cuadernos con plumillas que chirriaban. Pagué con el billete caído del cielo y llevé con cuidado los platos hasta la mesa.

—Pues Zosia hoy no ha ido a clase —comentó de repente con algo de envidia, porque ella misma no solía resfriarse nunca. Al menos no hasta el punto de que le permitieran quedarse en cama. Para que tal cosa sucediera tenía que aparecer fiebre y eso no era nada frecuente. En su caso el catarro no era una enfermedad, sino más bien una característica permanente de su organismo. Era capaz de sonarse la nariz una y otra vez con su pañuelo mojado durante toda la clase.

—¿Es que la niña tiene que venir con ese catarro? —preguntó la profesora en la reunión con los padres de alumnos.

—Sí —contestó la madre—. De no hacerlo, se pasaría el año entero metida en casa.

Incluso vi ese pañuelo mojado, porque lo sacó y se sonó con él la nariz. Después ya no dijo nada, sólo comía sopa. Seguro que había salido de casa sin desayunar. Se habría quedado dormida al amanecer y enseguida habría sonado el despertador, pero apenas lo habría oído. La observé para ver si tenía ojeras: no las tenía. Al menos no eran tan pronunciadas como en quinto, cuando se formó aquel escándalo en el colegio. Estaban de moda las sombras de ojos azuladas. Todas las profesoras iban maquilladas así, pero ¿una alumna? ¡Y además de quinto! ¿Dónde se ha visto? La mandaron al baño a que se arreglara. De los grifos sólo salía agua fría y sobre el lavabo había un trozo de jabón gris reblandecido. No valió para nada, cosa que ya imaginaba. Después se volvió a lavar vigilada por la profesora, el jabón le irritó los ojos y al final también a la profesora le resultó evidente que aquello no desaparecería hasta que la niña no durmiera.

Tenía buen apetito. La verdad es que parecía algo pálida, pero en pleno invierno la palidez es algo habitual. Le pregunté qué tal era su vida.

—Normal —contestó al cabo de un largo rato, después de repasar mentalmente diferentes sucesos. Dejó la cuchara y por primera vez me miró con desconfianza. ¿Quería saber demasiadas cosas? ¿Había tocado un tema doloroso?

—Come, que se enfría —le dije, igual que si fuera la madre de Zosia.

No habría podido protestar aunque hubiera querido: no habría encontrado las palabras necesarias; y si las hubiera encontrado,

tampoco habría estado segura de si se permitía su uso. Ambas recordábamos la imagen de la diapositiva proyectada en la pared de la sala de lecturas para niños, llena de negro intenso y rojo oscuro, más fuerte y real que el falso rojo de las banderas; y la voz de la bibliotecaria que leía los subtítulos: «Entonces, al no tener otra salida, la niña hizo un juramento. Sólo la muerte podía liberarla de aquel juramento realizado a la fuerza mediante artimañas». Desde entonces, la chica del cuento tenía que ocultar quién era y quién la había obligado a callar. Callaba, pero sabía que ella era la reina. Y quien la había obligado a callar la odiaba tanto que la envenenó. Se desplomó al suelo sin vida y ya empezaban a llorar los niños más pequeños sentados en la primera fila, bajo el proyector. Pero los pájaros avisaron al hada buena, que acudió rápidamente antes de que el cadáver se enfriara. Agitó su varita mágica y devolvió la vida a la reina. Y como la muerte la había liberado del juramento realizado a la fuerza mediante artimañas pudieron atrapar a los culpables antes de que huyeran, y los encerraron en el calabozo.

La niña, que no era reina, también tenía los labios sellados por el silencio, pero callaba por un motivo distinto, menos elevado que un juramento: no sabía muy bien quién era y en qué situación se encontraba. Por eso se apartaba un poco de la realidad. Al contrario que la reina, no se había cruzado con nadie que pensara que le estaban causando un perjuicio. Conocía sólo las penas pequeñas. Intentaba comprender por qué esto o aquello le ocurría precisamente a ella y no a Zosia, por ejemplo. Su deseo de saber topaba con estas cuestiones y salía repelido, igual que rebota una pelota contra una pared. ¿Era casualidad? ¿Mala suerte? La niña no sabía qué pensar, así que pensaba lo que otros: que quizá se lo merecía. Siempre había estado metida en problemas, pero no dramáticos, más bien crónicos, como una enfermedad incurable. Un poso de amargura se acumulaba en el corazón o en el hígado como si se tratara de compuestos tóxicos del plomo.

Recordemos por ejemplo aquella historia que le ocurrió con el director, que debió de suceder poco tiempo antes. Fue precisamente en invierno, en cuarto curso. O quizá estaba a punto de tener lugar, porque el invierno del sesenta y seis aún no había terminado. Cierto día, como de costumbre, la niña llegó tarde y no traía la bolsa con las zapatillas. Por lo general le permitían andar en calcetines, bastaba con que agachara la cabeza y callara. No la castigaron por no tener zapatillas, sino por ser insolente. Pasó una hora encerrada con llave en un aula vacía que no le sonaba de nada. Se puso a mirar la misteriosa tabla periódica que colgaba en la pared y no se desesperó en absoluto. Se quedó mirando esa lista de elementos de los que al parecer estaba

compuesto el mundo. ¿De qué se componía exactamente? ¿De letras grandes y pequeñas? La dejaron salir cuando sonó el timbre. En la penúltima clase se presentó el director, joven y atractivo, acompañado de una profesora a la que la niña sólo veía a veces por los pasillos. El director echó un vistazo, con un gesto indicó a los alumnos que no se levantaran, se acercó de inmediato a la niña y la levantó de una oreja. Le hizo daño. ¡Pero si era una niña! En el colegio no había costumbre de tirar de las orejas a las niñas. Sólo a los niños.

—Devuelve lo que has cogido —dijo.

Ella lo miró: no había dicho qué debía devolver, así que no lo sabía.

—Vacía los bolsillos ahora mismo.

Enseñó su moquero mojado.

La profesora desconocida se echó para atrás.

—¡Qué asco! —exclamó con una mueca.

En los bolsillos no había nada más. El director cogió la cartera de la niña y sacó uno a uno todos los objetos que contenía.

—Libros de lecturas. Cuaderno de matemáticas. Cuaderno de lengua —decía mientras sacudía las hojas, tras lo cual dejaba las cosas sobre el pupitre—. Libro de matemáticas. Plastilina.

En los pupitres delanteros se oyeron risas. ¿Para qué ha traído la plastilina? ¡Ayer, cuando había que traerla, no la tenía!

—Un sacacorchos —exclamó el director recalcando la palabra.

Se hizo el silencio.

—¿Dónde has escondido el dinero? —preguntó alzando la voz y la golpeó en la cabeza con el cuaderno de matemáticas.

Le ordenaron que trajera a su madre de inmediato, lo cual era imposible porque su madre daba clases hasta la tarde. La niña tenía completamente prohibido ir a ver a su madre a la universidad, a pesar de que estaba muy cerca, apenas a unas calles de su casa. Pero en realidad la prohibición no había sido hecha a causa de esas pocas calles ni de los escasos coches que circulaban por ellas. Un año después su madre la apuntó a la biblioteca de la universidad, en la que podía ojear atlas del cielo. De buen grado la apuntaba a las bibliotecas; en cambio, hablar con ella no le gustaba demasiado. Y por eso no había tenido ocasión de escuchar muchas cosas sobre las que debería estar al corriente.

—¿Que tú has robado? ¿Seguro?

Yo conocía a esa madre y sabía que tenía el suficiente sentido común como para no creerlo, pero que no perdonaba el escándalo. Por culpa de los líos en los que se enredaba la niña, la madre se veía obligada a dar continuas explicaciones a la profesora, a permitir que le dieran lecciones y a escuchar consejos que no podían ayudarla. No lo

soportaba.

—¿Cuánto?

¿Cómo iba la niña a saber cuánto? En la primera clase la habían castigado por insolente, pero en la cuarta comprendía que mientras registraban su cartera no podía hacerle ninguna pregunta al director, porque el señor director, mocosa, no es amigo tuyo. Todos eran conscientes de qué, a quién y en qué circunstancias se podía preguntar. El más importante preguntaba al menos importante, nunca al revés. Pero el hecho de que la niña no conociera la cantidad y ni siquiera el orden de magnitud no le facilitaba la tarea a la madre, por lo que la madre estaba descontenta. Tenía intención de ir a devolver el dinero al director a primera hora de la mañana, sin entrar en ninguna discusión. Deseaba solucionar el asunto cuanto antes y esperaba no volver a oír del tema nunca más. Sabía fingir cooperación y no quería luchar. Si en asuntos de máxima trascendencia —no como éste— de veras le resultaba imposible ceder ante algo, entonces recurría a la resistencia silenciosa. Ninguna declaración. Mantenía el mundo a distancia para protegerse. Algo se había apagado en su interior mucho tiempo atrás, pero hasta esos momentos había conseguido guardar el secreto frente a los extraños. La madre se habría sentido más segura si su hija se hubiera parecido a ella, distante, intachable… Si no le mostrara al mundo entero la otra cara de la moneda.

Por desgracia la mostraba. No porque conociera el secreto de lo que se había apagado en su madre mucho tiempo atrás, no porque pudiera revelar gran cosa. Bastaba con lo que llevaba escrito en la frente. La madre, cuando miraba ese letrero, no sentía que tuviera nada en común con él. Más bien lo asociaba a la inmadurez de la niña, igual que los reiterados retrasos y los deberes eternamente sin hacer. La enfurecía que la niña no supiera comportarse como es debido. ¿Y eso en qué consiste? Al escuchar esta pregunta, la madre sólo era capaz de encogerse de hombros. A lo mejor sabe, pero no le da la gana, pensaba a veces. ¿Y si hace todo esto adrede, para vengarse? Pero ¿por qué tendría que vengarse la niña? Pues por lo que llevaba escrito en la frente, desde luego.

La madre no le contó la historia del dinero al padre. Ni se le pasó por la cabeza. No se veían hasta la hora de la cena, que tomaban a solas. Nunca hablaban del colegio. Ni de la niña. Hablaban de todo menos de eso. Por la noche se puso el despertador y al día siguiente se levantó temprano. Tenía algo urgente que solucionar.

—No, no hace falta que me dé nada —dijo el director, sorprendido al verla y aturullado—. El dinero apareció ayer mismo.

Le devolvió a la madre el sacacorchos, la miró de manera significativa y la advirtió de que eso podía ser el principio de problemas educativos peores de los que ya existían. Por la tarde

preguntó cómo había llegado el sacacorchos a la cartera. La niña no tenía ni idea. Hacía ya al menos una semana que lo llevaba, igual que la plastilina. Pero ¿para qué pensaba usarlo? ¿Para qué? Antes de coger algo, debía pedir permiso. ¡Qué irritante era que ni ella misma supiera lo que hacía!

La escena con el director y la profesora desconocida ya no se podía anular, a pesar de que el dinero había aparecido. Nadie lo intentó siquiera. Durante mucho tiempo los niños no encontraron otro tema más interesante. La niña juraba que el dinero había aparecido, pero no la creían, porque según decían la madre había visitado al director para devolvérselo. El gordito de la última fila y su amiguete del pelo rapado al cero le quitaron la cartera. Los espectadores se morían de risa cuando el gordo gritó imitando la sonora voz del director: «Los libros de lecturas… El cuaderno de lengua… El cuaderno de matemáticas… ¡Di dónde tienes el dinero!», y le pegó en la cabeza con el cuaderno. No contestó, se quedó callada, como muda. En pocas palabras: estaba provocando. Así que un día la agarraron entre los dos por los codos y la metieron en la cárcel. La cárcel se hallaba en un armario vacío, en un rincón oscuro. Al principio muchas manos sujetaban la puerta, pero la niña no intentó escapar, permaneció en silencio y ese silencio llegó a ser inquietante. Antes de que abrieran para comprobar si se había asfixiado, alguien fue a chivarse a la señorita, que por descontado también era responsable de que nadie se asfixiara en el armario. La señorita pasó unos momentos horribles. Mientras subía las escaleras corriendo, sofocada, para llegar al lugar del suceso, seguro que ya iba pensando en la investigación y el juicio en que podría acabar aquello. Así que después tuvo que hablar con la niña.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Querrías explicármelo? —preguntó con una amabilidad gélida, de la cual no convenía fiarse mucho porque podía finalizar de golpe a mitad de una frase. La profesora tamborileaba sobre su mesa y esperaba una respuesta.

La niña se encontraba de pie ante esa mesa, balanceaba el cuerpo hacia uno y otro pie alternativamente y notaba sobre la espalda el peso de numerosas miradas. No sabía nada porque cuando todo sucedió estaba dentro del armario. Era mejor que la señorita les preguntara a los que se habían quedado fuera, sólo ellos podían saber algo, pensaba la niña. Pero la profesora no preguntaba por lo que había fuera, sino por el silencio en el interior del armario. El que la niña no hubiera gritado, sí, justo eso constituía la causa principal de sus nervios y su sofoco. No, la niña no lo había hecho a propósito, no sabía que su silencio iba a ser escuchado.

Esta escena no podía finalizar mientras no hubiera una confesión. La niña confesó que había sentido vergüenza y por eso se había

quedado callada. Pero cuando dijo esto, de pie en medio de la clase ante la mesa de la señorita, se avergonzaba aún más. Qué raro que no muriera de vergüenza en ese momento.

La profesora tenía una hija en ese mismo colegio, pero en el curso inmediatamente inferior. Por supuesto, nadie se habría atrevido a meter a su hija en un armario y mucho menos a sujetar después la puerta; sin embargo, los dedos de la señorita dejaron de repiquetear. El asunto esperaba un final adecuado. Se dedicó la hora entera de clase a debatir entre todos ese rasgo antisocial que se ocultaba en la niña, pero esta vez poniendo especial cuidado. ¡Cuánto interés y buena voluntad! A la niña la emocionaba que la profesora quisiera saber de su boca por qué era tan… tan… ¿Cómo era en realidad? A fin de cuentas, no habían encerrado a nadie más en el armario. Había meditado muchas veces sobre cosas como ésa y sabía que no conocía la respuesta.

—Creo que no les caigo muy bien —comentó con desgana.

La profesora paseó la mirada por la clase. Dieciocho pupitres dobles en tres filas de seis, treinta y tantos pares de ojos y orejas. Quedaba por establecer qué le reprochaban a aquella niña.

No tenían nada que reprocharle. Se fueron levantando uno a uno. Todos dijeron lo mismo que la alumna ejemplar del primer pupitre: que, por supuesto querían ser amigos de la niña, pero ella no quería. La niña escuchaba sus palabras anonadada y de pronto empezó a parecerle que ahora todo iba a cambiar. Se había producido un malentendido. Creían que ella no quería ser su amiga y por eso…

La señorita daba la impresión de estar aburrida por esa unanimidad que tan bien conocía de las asambleas del partido, pero la niña no iba a tales asambleas, así que dio por buenas las explicaciones de los niños y quiso dejar claro cuanto antes que era al contrario, siempre había querido ser amiga de ellos, lo deseaba, tras lo cual expresó con voz temblorosa su esperanza en que a partir de ese momento… Al acabar las clases se unió a las otras niñas cuando salían del guardarropa. Caminó con ellas hasta la esquina de la calle. Entonces la del primer pupitre se detuvo y las demás también lo hicieron.

—¿Ya estás otra vez pisándonos los talones? —preguntó con brusquedad.

Así pues, las penas pequeñas no eran un castigo por algo que se le pudiera reprochar. El mundo no quería su amor y no había más que hablar. Al parecer debía ocultarlo tras la espalda como si fuera una flor rota y tirarlo con disimulo a la papelera. No sabía nada sobre las auténticas desgracias, sobre las dolorosas pérdidas, las enfermedades, los divorcios, sobre las muertes en el seno de la familia. Por ejemplo,

en enero del sesenta y seis, a la madre de Zosia —hice un cálculo rápido— le quedaban sólo dos años y medio de matrimonio, y sólo tres años de vida. Este mundo es un mundo de sufrimiento, pero ¿cómo iba a saberlo la niña si nadie hablaba de nada con ella? Y sus pequeñas penas eran ridículas. ¿Que alguien la había mirado mal? A lo mejor es que no sabía aceptar una broma.

Además, ella no era en absoluto una víctima inocente. Si no trataba de desquitarse con nadie seguramente era porque no había con quién. Aparte de ella, todos tenían a mano a alguien, desde el director hasta el gordo del último pupitre. A ella también le gustaría encontrar una víctima, pero por alguna razón no aparecía en su vida nadie más débil. Por eso lo único que hacía era preguntarse una y otra vez si de veras había sido creada del mismo barro que los demás.

Quería tranquilizarla, decirle que sí, que del mismo barro, eso seguro. La habría consolado: atormentar a otros no habría solucionado nada. A ellos tampoco les aportaba nada, aparte de un breve y dudoso alivio. Pero no sabía cómo convencerla de que los problemas con los que bregaba eran más viejos que ella. Que procedían del mundo anterior, igual que los azulejos blancos con dibujos color azul cobalto; de ese mundo que había ardido y había quedado reducido a escombros muchos años antes de que ella naciera. De un mundo para el que no había sitio en el de ella.

¿Y qué habría pasado si hubiera ocupado su lugar, conociendo un secreto que ella desconocía y teniendo en mis manos una llave que ella no tenía? Con la llave en mis manos me las habría apañado bien con su vida, de eso estaba segura. Pero la seguridad exige ser concretada. Entonces, ¿de qué manera me las habría apañado? Tenía que haber alguna forma. La miré a los ojos y la mente se me quedó en blanco. Debería dormir mejor, era el único consejo que sabría darle. ¿Habría dormido mejor teniendo la llave? ¿Sus sueños habrían sido más tranquilos al amanecer? Si aquel día se hubiera levantado descansada, habría llegado al colegio antes del timbre. No habría olvidado las zapatillas, no le habrían echado la bronca y no habría espetado eso por lo que la habían castigado. —Nunca he sabido qué replicó, de ese tipo de escenas lo primero que se esfuma son las palabras, quedan sólo las imágenes —porque pesan más que las palabras— y después no hay nada que las explique—. Y si no la hubieran encerrado en esa extraña aula, no habrían recaído sobre ella las sospechas y no se habría presentado el director en la cuarta hora. No la habría golpeado en la cabeza con el cuaderno y el gordo también la habría dejado en paz. Sí, un sueño sano habría sido su salvación. ¿Qué tendría que hacer para dormir mejor? ¿Dormiría yo mejor si ocupara su lugar? Con la llave en sus manos, ¿habría dejado de confundirse con las cuentas, de hacer faltas de ortografía y de

llenarse de manchas de tinta? ¿Y si la propia señorita se encontrara en su situación? Tampoco dormiría mejor, de eso no me cabe duda. Así que los consejos que la profesora daba con tanta generosidad —por ejemplo, que había que aplicarse, como Zosia— no le habrían valido ni a ella misma.

Todos los días, al amanecer, la niña soñaba que huía. En esos momentos siempre estaba terriblemente cansada tras pasar varias horas dando vueltas en la cama, así que no huiría sin un buen motivo. A veces todo iba bien, corría por un camino vacío, recto, cada vez más lejos. Otras avanzaba en zigzag por un bosque nevado, para no dejar un rastro claro. En una ocasión logró enganchar la cuerda del trineo a un camión enorme; en otra se elevó por el aire, convenciéndose de que no era nada difícil, y miró desde lo alto a sus desconcertados perseguidores.

Pero la huida también podía acabar en tragedia.

Por ejemplo, cuando al cruzar corriendo unas vías, se tropezó y cayó bajo las ruedas de un tren que se acercaba. O cuando se rompió el hielo bajo sus pies en un río y se hundió en el agua helada al tiempo que movía desesperadamente los brazos, aunque en vano. Se ahogaba y sentía que había llegado el final: el agua entraría en sus pulmones y ella se hundiría como una piedra. En algunos casos, mientras huía sabía de antemano que no lo conseguiría, desde un principio imaginaba que acabaría tropezando, se caería y la atraparían. Huía, pero no contaba con salvarse. O le disparaban. Le habían disparado tantas veces que debería haberse acostumbrado. Pero no sabía acostumbrarse. En todas las ocasiones, la vida se le encogía un momento antes, sólo notaba las cálidas pulsaciones de la arteria carótida, nada más.

Yo no podía proporcionarle unos sueños diferentes.

Si fuera capaz de tomar ejemplo de Zosia y ser más aplicada llegaría cada día al colegio cinco minutos antes del timbre, bien vestida y con los deberes hechos. Pero no lo conseguía, todo iba al revés. Salía de casa con mucho retraso y vagaba sin prisa de un extremo a otro del mundo, con la mente embotada por la falta de sueño e intoxicada por las imágenes de la huida. Podría haberle enseñado a comparar fracciones con diversos denominadores, algo que en el colegio no habían logrado que aprendiera, pero que necesité dominar para arreglármelas en la vida. En cambio, si me hubiera preguntado qué debía hacer para sobreponerse, no habría sabido ayudarla. Cuando nos terminamos las crepes se me ocurrió que su madre debería buscarle ayuda mediante un anuncio en el periódico. Estableceríamos una tarifa por una hora de clases particulares, que se abonaría en zlotys con el águila sin corona. Si no me preocupara por

estos detalles, mi presencia levantaría sospechas. Gracias a mis clases particulares, la niña recuperaría el habla con el tiempo, encontraría las palabras adecuadas y quizá empezaría a realizar preguntas. Si me preguntara, le aseguraría que nada de lo que le estaba ocurriendo era culpa suya. «¿Entonces de quién?», querría saber, seguro. «De nadie. El mundo tiene tendencia a crear ese tipo de situaciones», le diría. Por eso suceden. A algunos les suceden. Unas veces a unos, otras a otros. Así es la cosa.

Pero el mundo en que ella vivía no era mi mundo. Mi casa se encuentra en otra parte, en una calle a la que desde su casa no llega ninguna línea de transporte urbano ni ninguna vía peatonal. Ni siquiera las nubes podrían viajar de un sitio al otro. Comprendí que si abandonaba el lugar en ese momento, no volvería a tener la fortuna de aparecer por allí. Quizá sea lo mejor, pensé. ¿De dónde sacaría tiempo para todo? ¿Cómo se lo explicaría a mis hijos? —Ya he hablado de ellos, uno algo menor que la niña, el otro algo mayor—. No les sería fácil comprender a quién estaba cuidando y por qué, pues nunca la han visto ni la verán. Así que cuando la niña me preguntó si volvería al día siguiente, negué con la cabeza.

—Me gustaría. Pero no podré —dije—. Extiende la mano.

—¿Qué es eso?

—La vuelta de los cincuenta zlotys.

«La perderá», pensé. Pero no tenía nada más que darle.

# LA HUIDA DE LOS ZORROS

Seguía haciendo muchísimo frío. Llevaba ya un mes así. A lo largo de las aceras se extendían grandes montones de nieve y quedaba poco espacio para los peatones que pasaban junto a ellos. La nieve no dejaba de caer, con suavidad y en silencio, porque los copos no pesan nada de uno en uno. Otra cosa eran las reservas acumuladas allí arriba, por encima de los tejados, que debían de pesar lo suyo. Le daban al cielo un tono blanco opaco y un aspecto pesado, como si se fuera a caer sobre nuestras cabezas de un momento a otro. Anochecía temprano. Las nubes de nieve se empapaban de grisura y después la oscuridad inundaba el cielo, igual que lo haría la tinta azul marino de un tintero volcado. Las luces de la ciudad matizaban ese azul marino añadiéndole violeta. Cuanta más luz, más profunda era la noche sobre nuestras cabezas. Una gélida noche invernal. Por la mañana no acababa de espabilarse y retrasaba todo lo que podía la hora de marcharse.

Una tarde la protagonista de esta historia —llamémosla Karolina o Małgorzata— cruzaba con dificultad el puente nevado mientras anochecía. El cielo se oscurecía sobre la ciudad, la tinta azul marino empapaba rápidamente las nubes. Bajo ellas, casi a la altura del puente, llegó flotando despacio algo aún más oscuro que la tinta. Algo muy grande, ovalado. De un ostensible negro azabache, un color que no se ve a diario, el cielo no lo conoce ni quiere conocerlo. Karolina lo miró y lo remiró, sin duda con la esperanza de estar equivocada y de que aquello no fuera lo que en un primer momento había imaginado. Pero ¿qué podía ser si no? Otra cosa. Por ejemplo, un dirigible. Conocía los dirigibles por las fotos antiguas. Tenían una forma similar a un puro. Giró la cabeza y aceleró el paso. No quiero mirarlo, pensó. Aunque quizá tuviera que hacerlo. Los latidos de su corazón se oían cada vez más, le retumbaban en los oídos. La estructura del puente entró en resonancia con ese retumbo y vibró. Małgorzata siguió caminando con el alma en vilo, porque según tenía entendido las resonancias son peligrosas para las grandes estructuras, al parecer suelen ser la causa de que los puentes se derrumben.

Todo es demasiado complicado, se dijo refiriéndose de veras a todo. Cuando estaba despierta las cosas tampoco le iban muy bien. Poco antes, de manera inesperada y ya con el divorcio en marcha, su matrimonio había dejado al descubierto su embrollado reglamento. Funcionaba de manera imperceptible, por lo que no era de extrañar que durante tantos años no lo conociera. Desde pequeña se había acostumbrado al desconocimiento. Ya entonces ignoraba muchas circunstancias de su propia vida, de las que fue enterándose con los años por casualidad. Muchas veces se vio obligada a habituarse a hechos que nadie habría imaginado: se iban incorporando al conjunto, se abrían paso entre los hechos más antiguos, ya asentados, y de un modo u otro se encontraba sitio para ellos, como no podía ser menos. El pasado nunca le había resultado ni familiar ni nítido, y si alguna vez lo pudo parecer sólo ocurrió hasta un momento determinado. Karolina, o Małgorzata, no pensaba que lo suyo fuera una excepción. Quizá otros también tenían sólo la sensación de que bajo sus pies había tierra firme y de repente se daban cuenta de que caminaban por un cable, se quedaban un instante suspendidos en el aire, aturdidos, y luego se caían. Desde el puente, en medio de una oscuridad cada vez más espesa, miró el río cubierto de hielo blanquecino. En algún lugar bajo el hielo dormían los peces. No tenían asegurado que se fueran a despertar. Nadie querría cambiar su vida con un pez.

Sí, claro, yo ya había visto esa nube negra como el luto. ¿Cuántas veces? ¡Dejadme en paz de una vez! ¡Dos! ¡Dos sin contar la de aquella tarde! Es única en el mundo, va donde la lleva el viento. Puede que algunas veces se asome a las aguas del lago Lemán y la fuente la salpique, otras quizá cruce volando sobre Nueva York, donde la gente camina con prisas por las calles sin levantar nunca la cabeza, por lo que no pueden ver como se engancha por un extremo en la aguja del Empire State. Es posible que a veces pase fugazmente frente a las ventanillas de un avión de pasajeros cuando éste la adelanta y se quede atrás antes de que nadie alcance a verla. Pero lo habitual es que se eleve sin testigos por encima de las calladas aguas de los mares del norte y del sur, de los blancos y los negros, de los amarillos y los verdes, de todos. Esto es evidente, porque en la tierra lo que más hay es agua.

Cuando Małgorzata volvió en sí, se dio cuenta de que no había llegado muy lejos, seguía sobre el puente. Esto se debía a que hacía mucho que había dejado de avanzar, estaba de pie con la mirada fija en la mancha azabache que se recortaba sobre el cielo azul marino. En esa nube. Distinta de las de nieve, las de lluvia, las de granizo y las de tormenta. Ni un cirro ni un cúmulo. Similar a una nube de humo espeso y negro como el hollín. Lúgubre. Se acercó aún más. «No hay modo de escapar de ella», pensó la protagonista de esta historia,

«mover las piernas no valdría de nada».

La primera vez esa nube había pasado más discretamente, como de casualidad, en un segundo plano, encerrada entre los corchetes del marco de una ventana. Al otro lado del cristal también causaba impresión, su imagen podía helar la sangre. Y los corchetes también cumplían su función, la recortaban de la vida y la traspasaban al campo de las metáforas. Pero ¿sobre un puente? ¿Cómo era posible que flotara sin más sobre el puente, a la vista, con total descaro? La nube y el puente no pertenecían a la misma totalidad, eso se notaba enseguida, no cabía la menor duda. El puente pertenecía a la vida, pero ¿y la nube? La nube todo lo contrario.

Desde aquella primera irrupción había cambiado mucho. No es extraño, basta pensar en su interminable andadura por el cielo, que debía de durar ya…, hagamos un cálculo…, mucho. A causa de los frentes atmosféricos y de los vientos caprichosos, que la llevaban de un lado para otro, al cabo de los años perdió su elegancia: por un lado se contrajo, por otro se estiró, se rasgó por los bordes… Pero no se dispersó nunca. La sustancia de la que se componía era muy diferente del aire y no habría podido desvanecerse en él.

Cada vez que se acercaba, mis sentimientos se solidificaban y volvían a hundirse sin vida en su abismo. Como si exhalara vapores tóxicos de resignación, invisibles, que se filtraban a través de las paredes y de las ventanas cerradas. En mi recuerdo más antiguo, la figura ovalada sale despacio de detrás del marco de la ventana y entra majestuosamente en el rectángulo gris de cielo por él delimitado. Estuve días enteros luchando contra el dolor de garganta, sola en casa. El tiempo pasaba muy despacio, quizá se detuviera una y otra vez durante quince minutos o media hora. Con los ojos inundados de lágrimas por culpa de la fiebre —que se combatía sin demasiado éxito con el equivalente polaco de la aspirina—, observé como al otro lado de la ventana la nube se deslizaba a través de las aguas estancadas de mi tormento y mi tedio y como poco a poco ocultaba el tejado del edificio de enfrente. Entonces vi por primera vez algo así, y no me lo podía creer. La enciclopedia para niños de Palazzi resbaló sobre el edredón y cayó al suelo con gran estruendo. Junto a cada entrada de la enciclopedia había una imagen en color de un mundo diferente al nuestro, que por ciertas razones yo conocía bien y que me recordaba a Milán. Gracias a esas imágenes yo continuaba con un pie en Milán y no olvidaba que el mundo en que vivíamos no era el único existente y que sus normas no regían en todas partes.

No me incliné a recoger el libro porque no era capaz de apartar la vista de la ventana, a la que miraba como hechizada. No habría creído que desde otras ventanas se pudiera ver lo mismo, pero aunque fuera posible nadie estaría mirando. A esas horas todos los adultos se

encontraban en el trabajo y todos los niños en el colegio. Esa visión —lo notaba— estaba destinada sólo a mí. La sombra de la nube se posó sobre mi cuerpo e inmediatamente algo redondo se me desprendió del corazón y subió hasta mi dolorida garganta. Era demasiado grande para abrirse paso hacia uno u otro lado. Me atragantaba, pero no sabía con qué: ¿me había tragado algo sin darme cuenta o siempre lo había llevado en mi interior? Después viví con normalidad durante muchos años. La tarde en que la nube quedó flotando sobre el puente, aquel cuerpo extraño y ya olvidado volvió a agitarse en mi interior, tembló y subió hacia la laringe. Con un nudo en la garganta, empecé a caminar más deprisa, iba casi corriendo. Hasta que me encontré en medio de una multitud. Algunos estaban con los codos apoyados en el pretil metálico del puente, eran los que disfrutaban de la mejor vista. Todos miraban en la misma dirección, sin moverse de su sitio. Tuve que aminorar la marcha. Los coches también frenaban, porque el gentío había desbordado la isleta de la parada del tranvía y ocupaba la calzada. Había un embotellamiento en el puente, se oían algunos cláxones, aunque no muy insistentes, como si los conductores hubieran dejado de tener prisa. Por unos instantes me quedé pensando qué estaría mirando todo el mundo. Al principio no me di cuenta de que miraban aquello. Aquello mismo. Cuando comprendí que todos lo veían, el miedo me dejó petrificada. Un perrito con un abriguito de lana se movía nervioso en brazos de su ama, dando ladridos enérgicos y estridentes. Rascarle las orejas no surtía efecto. Si Karolina hubiera estado en el lugar de esa mujer, le habría tapado los ojos al perro. Sí. Porque Karolina, o Małgorzata, sabía de qué iba todo aquello.

—Quizá sea humo que sale de la central eléctrica —comentó un joven que no llevaba gorro. Con su cazadora militar parecía un soldado enviado al frente—. Porque con las anomalías atmosféricas que tenemos últimamente, el humo presenta un aspecto diferente, ¿sabe usted? Se enreda formando un ovillo y desciende.

Su interlocutor, abrigado como para ir a la Antártida, se dirigió a Małgorzata echándole una bocanada de vaho en la cara.

—¿Dónde va tan deprisa, señora? Lo que hay que hacer es pararse a mirar este raro fenómeno atmosférico.

Aunque hubiera querido contestarle, no habría podido. El nudo de su garganta no le dejaba emitir ningún sonido.

—¿Calentamiento global? ¡Y un cuerno! —dijo echándose a reír el que no llevaba gorro—. Quizá en occidente, aquí lo que cuenta es la proximidad de Rusia. Vuelve a nosotros el clima continental severo, está claro.

A un lado se oyó el tono de un teléfono móvil, una elegante melodía. «Creo que una melodía así no aparecería en mis sueños», pensó Karolina.

—Sí, mamá —dijo una chica con una larga bufanda—. No, en el puente. Sí, los tranvías están parados. No sé.

¿Hasta dónde podría descender esa nube? Cuando la vi por última vez, hace mucho tiempo, flotaba al menos tres pisos más arriba. Ahora, en cambio, la teníamos a la altura de los ojos. Ahí se había parado, con descaro, desafiante. Małgorzata hizo todo lo posible por apartarla de su vista, ahuyentarla o taparla. Pero, por desgracia, no había ninguna solución.

—¿Y qué es? ¿Por qué tiene ese color tan negro? —preguntó la amiga de la chica con la bufanda larga.

Abrirse paso entre la multitud resultaba demasiado complicado. Karolina se dio por vencida y se detuvo.

—¿Qué puede ser? —El hombre que se había dirigido a ella antes también mostró su curiosidad—. ¿A usted qué le parece?

Y clavó en ella una expresiva mirada. ¿Andaba husmeando? A lo mejor sólo quería hablar. Lo observó con atención. Más bien lo segundo, quería hablar. Pero ¿de qué le valía a él saber eso? No era de su incumbencia.

—¿Un dirigible? —replicó sin demasiada convicción.

El tranvía averiado plegó sus puertas para cerrarlas y se alejó.

—¡Un dirigible! ¡Ja, ja! Bueno, en cualquier caso, vapor de agua sí que no es —dijo el hombre guiñándole un ojo.

Su alegría resultaba muy misteriosa.

Si el hombre era de su edad, entonces tendría unos recuerdos similares. Conocería aquellos inviernos de cuando la guerra fría, todos de grandes nevadas, igual de oscuros y de largos. Parecidos al de este año, que ahora consideran excepcional. En aquella época habría sido uno de tantos. Las subidas de temperatura traían epidemias de gripe, con las que los periódicos podían exaltarse, ya que en otras cuestiones el peso de la censura estatal les mantenía la boca cerrada. Y de fondo, los portales mal iluminados de paredes desconchadas y los pisos minúsculos con cocinas sin ventilación.

Cuando la nube lúgubre se presentó por primera vez ante mí al otro lado de la ventana, no pensé que volvería. En ocasiones la recordaba como un fenómeno que nunca tendría una explicación. Guardé el secreto para mí. No había nadie a mi alrededor lo suficientemente cercano como para que le contara lo que había visto. Y además me daba vergüenza. Como si me hubiera visto mezclada en un escándalo cuya causa yo misma desconocía. Durante los siguientes años pasaron sobre nosotros muchas nubes, cientos, miles de nubes normales y corrientes, una tras otra. Aquella podía caer en el olvido. Antes de volver a verla tuve tiempo de aprender a leer, a escribir y a hacer cuentas, aunque con errores y con demasiado retraso. Tuve

tiempo de convencerme de que muchas cosas salen siempre al revés e incluso tuve tiempo de resignarme a ello.

Una chica de mi clase vivía en mi barrio y aceptó que la acompañara al volver del colegio, aunque con condiciones: me permitía unirme a ella sólo a mitad de camino, cuando en cierta esquina se despedía de sus amigas. A partir de ese punto a veces conversábamos con total normalidad, caminando una junto a otra, como si nos cayéramos bien.

—Enséñame el cero ese que te han puesto —me ordenó un día, después de una bronca que me había caído en clase a cuenta de un cuaderno. Desde hacía algún tiempo no me molestaba en escribir, no ponía nada en absoluto en los cuadernos. Me parecía que, mientras no me descubrieran, sería un asunto privado sólo de mi incumbencia. Aquel día me enteré de que no existían los asuntos privados. El cero fue estrenado especialmente para mí, como algo excepcional. La señorita dijo que hasta el uno había que merecérselo, mientras estampaba furiosa su firma junto al cero, con boli rojo. Saqué el cuaderno de la cartera y vacilé.

—No, no quiero.

—Venga, trae aquí —replicó ella.

No entendía de qué más se podía avergonzar alguien como yo. Al fin y al cabo, resultaba imposible ocultar todo aquello, estaba más claro que el agua para cualquiera.

—Dámelo —gritó agarrándolo de una esquina—. Lo habías prometido.

No había prometido nada, de eso estaba segura. Pero tiró de él con todas sus fuerzas. Y se asustó, porque en efecto se trataba de un cuaderno. No uno suyo, pero sí un cuaderno. Lo soltó como si quemara.

—¡Ni siquiera lo he tocado! —exclamó.

Ambas lo miramos, yacía sobre la acera con la cubierta medio arrancada, estrujado. Ella reaccionó primera.

—¡Recógelo! —dijo, amenazadora.

Hice lo que me mandaba. Por fortuna no es suyo, sino mío, pensé.

Y la acompañé a casa, como de costumbre.

Más o menos por esas fechas ocurrió algo que en nuestro previsible país resultaba imprevisible. Lo contemplé con mis propios ojos porque, como siempre, me había olvidado la llave y después de las clases no podía volver a casa. Vi como la gente corría por la calle, echándose a un lado para que no los atropellara el coche azul de la policía, pasó primero uno, luego otro, luego un tercero. Nubes blancas de gas irritante se elevaron desde el suelo, entre restos de nieve

ennegrecidos y duros como una piedra. Unas cuantas personas se metieron por la puerta de carruajes en la que me había refugiado. Tras ellos iban unos policías con uniformes color gris azulado, que hasta entonces sólo conocía de haberlos visto ayudar a los niños y los ancianos a cruzar la calle. Aquel día se pusieron cascos, agarraron porras y se encargaron de otras tareas. Justo el Día de la Mujer. Junto al bordillo de la acera yacía, pisoteado, un tulipán de invernadero, de un color indefinido. Y todo a cuatro calles de mi casa.

Más tarde, en otro lugar, no sé dónde, hubo mítines con decenas de pancartas, con discursos rebosantes de ira y de confusas acusaciones. Quien siguiera los programas de televisión de entonces vería las informaciones acerca de la mala gente que permanecía escondida al acecho. Habían traicionado a nuestro país y planeaban vendérselo a los enemigos para después agenciarse lo que obtuvieran de la venta. ¿De veras querían venderlo? ¿Con todos nosotros dentro? Sí, con todos nosotros y con lo que nos pertenecía, con las fábricas en las que se producían los artículos de la industria estatal, con los sórdidos portales y con las cocinas sin ventilación. Con los cuadernos de papel mediocre, con los estuches, con las zapatillas en bolsas de tela. Como si nuestro país no hubiera sido traicionado y vendido mucho antes por otras personas. Como si tras la guerra el nuevo dueño no hubiera sumergido nuestro país en una degradante pobreza, al apartarlo del Plan Marshall —que puso en pie Europa— y al hacerle cargar con obligaciones que estaban por encima de sus fuerzas. —Sobre el Plan Marshall ni siquiera habíamos oído hablar—. Habría habido que buscar mucho para encontrar a alguien dispuesto a comprar nuestro país.

Las pantallas de televisión irradiaban una ira que lo inundaba todo.

—Son unos farsantes, unos zorros disfrazados. Se camuflan —murmuró entre dientes la chica a la que acompañaba a casa algunas veces.

No sabía exactamente a quién se refería, pero estaba dispuesta a compartir su indignación porque me sentía sola.

—Despreciables —comenté.

—No finjas. —Me propinó un codazo en el costado—. ¿Crees que no sé quién es tu familia?

Mi padre tenía pasaporte extranjero, así que me pareció mejor no mencionarlo.

—Mi madre —dije a desgana— trabaja en la universidad.

Como sospechaba, no fue la respuesta apropiada.

Se encogió de hombros.

—¿Sí? Pues ahora la echarán—. Me lanzó una mirada fría, de

sabelotodo. En su vocecilla resonó el tono severo de su padre—. Y tu papá dejará por fin de ir una y otra vez al extranjero. A ver qué se piensa. ¿Es justo que siempre viajen los mismos? Luego eso se les sube a la cabeza. ¡Pero es Polonia la que los envía en esas delegaciones! Es decir, ¡nosotros!

¿Quiénes eran «nosotros»? ¿Y de qué delegaciones hablaba? Repetía lo que oía en casa. Su padre, al que siempre se le llenaba la boca de amor a la patria, consideraba, como todos, que la posibilidad de salir del país era un inestimable privilegio y él se iría si pudiera, quizá para no volver nunca. Pero ya el simple hecho de presentar una solicitud de pasaporte era sospechoso. En el formulario, en un apartado especial, habría tenido que justificar semejante antojo. Y de todas formas se lo habrían denegado, eso por descontado, además de ganarse para siempre el odio del Estado. Otra cosa eran los viajes oficiales, a él podría tocarle alguno con un poco de suerte, por ejemplo, si dejaran de enviar a gente como mi padre… ¿Cómo? ¿Que viaja por asuntos privados y él mismo corre con los gastos? ¡Eso no se lo cree nadie! Y en lo tocante a los privilegios, ¿qué padre se los merecía más?

Me podía imaginar a su padre plantado con una maleta ante la puerta de nuestra casa en Milán y sus esfuerzos por explicarle a mi abuela para qué había ido allí. Que formaba parte de una delegación en viaje oficial, que lo habían enviado en lugar de mi padre. Habría tenido que decírselo en unos de los idiomas que ella entendía, quizá en francés o inglés, porque no dominaba el italiano. Por lo visto sabía alemán, aunque de eso no presumía. Por supuesto, el idioma que mejor conocía era el polaco. En las reuniones con padres de alumnos nunca le faltaban las palabras. Al parecer solía dar largos discursos sobre la educación, la enseñanza y la moralidad. Jamás dejaba que lo interrumpieran. Pero ¿habría firmado un contrato con el editor de mi padre en lugar de él? Con los amigos de mi padre también tendría que encontrarse, al menos una vez, con aquel señor alto y aquel otro bajo que se llamaban Peroni y Menotti. Eran amigos de mi padre desde la infancia y nunca olvidaba contactar con ellos cuando iba a Milán. A la vuelta debía presentarse en la oficina de visados de regreso, donde le preguntaban con quién se había encontrado, sin contar la familia, se entiende. Esto ya había dejado de sorprender a mi padre y se limitaba a encogerse de hombros. Con el editor, informaba. ¿Y con quién más? Con Peroni y Menotti, decía mi padre mirando inocentemente a los ojos del funcionario.

Hacia el final de la guerra los tres se habían unido a la resistencia, pero en lugar de recordar aquellos tiempos preferían contarse chistes. Por culpa de esos chistes, durante mucho tiempo no pude imaginar qué habían hecho realmente a los pies de los Alpes. Dudo mucho que

el padre de mi compañera tuviera suficiente alegría como para aguantar esos encuentros, ni aunque por algún milagro entendiera de qué hablaban aquellos dos y de qué se reían.

La familia de esa chica procedía de Silesia. Es posible que supiera en qué frente habían muerto sus tíos. Su madre daba clases de alemán, no deseaba hacer ninguna carrera. Y según decían, con su esposo pasaba las de Caín. No me extraña, porque no era nada agradable.

—Coméis nuestro pan —me recordó con tono severo una vez que nos lo encontramos cerca de su casa. Llevaba un sombrero de cazador tirando a verde, con una pluma. No era el único, estaba de moda.

«Este pan no os pertenece, comed del vuestro». Una mañana, justo antes de que sonara el despertador, cuando el sueño era más profundo, escuché estas palabras en una tienda, mientras ponía unas monedas sobre el mostrador. La dependienta las rechazó con expresión firme, apartándolas en mi dirección. ¡Gracias por nada!, pensé despertándome un momento. De todas formas, yo con el pan me atragantaba.

Esto sucedió al final de un largo invierno, cuando yo iba siempre helada a todas partes, y terriblemente cansada, y aún quedaba muchísimo para que terminara el año escolar. El tiempo era horrible, una borrasca procedente del Báltico se extendía por todo el país, nevaba o caía aguanieve y todo era aún más gris que en las fotos de los periódicos, porque al menos en los periódicos trataban de obtener contraste. Me olvidaba la llave, pero ya no me apetecía pasear. Me sentaba en las escaleras y esperaba durante horas a que llegara mi madre o mi padre y me abriera la puerta de casa, donde se estaba caliente. Aquel día llegó antes mi padre. Un vecino —con uno de esos sombreros de moda entonces, verdoso y con una pluma— lo abordó un piso más abajo. Desde el descansillo vi incluso la pluma del sombrero, delicada, como arrancada de la cola de un polluelo. Esta vez el encuentro fue más allá del simple intercambio de saludos.

—Espero no molestarle, pero hace mucho que quería preguntárselo… Usted no es polaco, ¿verdad?

Hasta yo me imagine de inmediato que, para el vecino, igual que para muchos otros, sólo existían dos nacionalidades.

Mi padre sonrió alegremente. No era polaco. No deseaba ser polaco. Representaba una tercera nacionalidad, una de las numerosas terceras nacionalidades que el vecino no había tenido en cuenta. Mi padre se había acostumbrado a Polonia, aunque no sentía muchas simpatías por el país. Nadie le podía decir ni una mala palabra por ello y tampoco lo podían echar del trabajo como castigo.

—Si entiendo bien lo que usted me pregunta… —le contestó al vecino en su correcto polaco, matizado sólo por un ligerísimo acento extranjero. Le guiñó un ojo y después se puso de perfil y se pasó un

dedo por la línea de la nariz—. Mire, ¿ve esta curvatura de aquí?

El mundo no acababa en las escaleras de nuestra casa. Desde el exterior se filtraba algo más gris y sucio que ellas, no en vano en algún lugar se celebraban aquellos mítines, en algún lugar se portaban las pancartas y se lanzaban vagas acusaciones con un tono exacerbado. Ese tono empezó de pronto a resonar en todas partes, también en nuestro colegio se lo podía oír. Hasta la frase más sencilla —sujeto y predicado— era como una maleta con doble fondo y nadie podía prever cómo la interpretaría uno u otro.

Al día siguiente vinieron a cenar unos amigos de mi padre, con pasaportes del mismo color que el suyo y que vivían en nuestro país con los mismos permisos que él. Yo ya estaba metida en la cama y con la luz apagada, pero no me podía dormir y traté de enterarme de qué hablaban en su idioma al otro lado de la pared. De los disturbios, de la prensa, de las pancartas. A los invitados de mi padre les preocupaban esas cosas, pero de una manera diferente al resto de la ciudadanía, más bien como si fueran los espectadores de un teatro que ven una obra terrible y divertida a la vez. En atención a una de las esposas cambiaban al francés de cuando en cuando, y entonces yo dejaba de entender. Tras el postre, mientras tomaban unos cafés solos, discutieron sobre si los habitantes de nuestro país…

Imitando la voz del vecino, mi padre interpretó para sus amigos la escena de las escaleras en una diestra traducción a su lengua y recibió una ovación.

«Pero si eso no es cierto», pensé plenamente consciente. Mi madre sí, claro, hasta cierto punto, pero mi padre no, en absoluto. Me asaltó un mal presentimiento: que quizá llegaría a tener problemas como nunca los había tenido, a pesar de que antes me pareciera que no podía irme peor. Mi situación personal ya era complicada sin todo aquello. En el colegio, como cada año, al final del invierno empezaron a asustarme con que no iba a aprobar el curso. Hasta entonces siempre había aprobado, no se sabía cómo. Tenía las peores notas y continuamente lo olvidaba todo. Estos dos problemas ya me hacían la vida lo bastante difícil. Pero si le hubiera preguntado a mi padre por qué hizo lo que hizo cuando el vecino lo abordó en las escaleras, me habría contestado muy orgulloso que iba a seguir haciéndolo, porque en este país, y en especial este invierno, toda persona decente debería decir de sí misma que es…

Por la razón que fuera, él y yo no hablábamos más de lo estrictamente necesario y sólo en su idioma, nunca en el mío. Aunque, a fin de cuentas, su idioma habría sido el mío si hubiéramos encontrado siquiera un tema común. ¿Decencia? ¿Debía aceptar esa carga con decencia? ¿Con las peores notas, sin mi llave en el bolsillo? No quería. Y aunque hubiera querido, no habría sabido. ¿Por qué

había de saber? ¿Acaso me ayudaba él a enfrentarme a mis problemas? Así que, ¿a cuento de qué debía yo cargar con eso? ¿Quién me iba a obligar? Bueno, claro que me obligarían, de eso no me cabía duda. Me obligarían sin el menor problema. Supuse que yo sería la última persona a la que se le permitiría dar su opinión sobre el tema. Por lo que a mis dos engorrosos problemas se uniría un tercero, incomprensible.

Pero aquél por quien se hizo pasar mi padre no andaba por el mundo tan tranquilo, buscando la ocasión de gastar bromas. Era triste por naturaleza y quizá estuviera siempre asustado, justo por eso se lo reconocía. ¿Cómo iba yo a saberlo? Ni siquiera Hitler lo sabía. En cambio, nuestro vecino sí. Desde entonces le sonreía a mi padre en las escaleras, como si recordara un buen chiste. Sólo Dios conoce la razón.

No tuve que esperar mucho para ver como llegaban los disgustos. Unos días después la chica a la que a veces acompañaba a casa me preguntó en el recreo, entre risas, de quién había sacado esos ojos, negros como el carbón. Me extrañó mucho la pregunta. De nadie. Toda mi familia los tenía azules. Y yo también, azules. «Como nomeolvides», había dicho hacía poco una señora con la que nos cruzamos al volver del colegio, ellas por delante, yo algo detrás. Miraron a la mujer con asombro, porque yo no era digna de que me alabaran: no sabía hacer nada y a lo mejor no aprobaba el curso. Se lo hicieron saber de inmediato, una tras otra.

En cualquier caso, eran azules.

—Pero si los tengo azu… —empecé a decir, y se me trabó la lengua.

A aquella niña la apoyaban incondicionalmente sus amigas. Eran unas cuantas. Por lo general no hacían más que enfadarse entre sí, unas chismorreaban sobre otras, discutían y se reconciliaban sin parar. Sabían defenderse y atacar, eran duras y despiadadas como soldados en la guerra. Pero esa mañana reinaba entre ellas una concordia ejemplar. Me rodearon y me cortaron el paso cuando, con el corazón en un puño, traté de escabullirme.

—¡Negros! —gritaban y reían, poniéndose la mano delante de la boca—. ¡Negros! ¡Negros!

—Ahora os marcharéis —comentó aquella chica poco antes del Día del Niño.

Ya no me apetecía ser su amiga, aunque nunca me hubiera atrevido a decirle esto a la cara palabra por palabra. Dejé de acompañarla a casa. Nos encontramos por casualidad en la tienda de alimentación, en la cola. Ambas llevábamos cestas de la compra.

—Sí, a Italia.

Ese día mi padre había preparado las maletas. Siempre viajaba él primero. Mi madre me metía en el avión cuando se terminaba el curso escolar. No me habrían perdonado ni un sólo día de colegio.

Con el dedo índice movió hacia abajo el párpado inferior de su ojo. Vi la brillante franja rosada de la membrana mucosa y aparté la mirada.

—¡Ya, a Italia! —me espetó—. No te molestes, que no me vas a engañar. Después de las vacaciones ya no estarás aquí.

Tenía su propio concepto sobre el tema. No me echaría de menos. Yo a ella tampoco.

A la vuelta de las vacaciones, los ecos de la cacería se alejaron. Aún se podía oír algo así como ladridos de perros, aunque no se sabe si eran de caza. Al parecer los zorros habían huido. En nuestro colegio ya nadie hablaba de ellos, estaba claro que tras el verano todo el mundo los había olvidado. En cambio, por las mañanas empezaron a reunir a todos los alumnos para pasar lista. Dicen que mi apellido siempre destacaba, porque yo ocupaba invariablemente el primer puesto en la lista de los tardones. No asistí ni una sola vez, eso quedaba fuera de mis posibilidades: los reunían quince minutos antes de comenzar las clases.

Aparte de eso, arreglaron el televisor que habían colocado el año anterior en la sala del club escolar y que desde el primer momento estuvo estropeado. De este modo aparecieron los documentales en nuestras vidas. Los alumnos de la clase a la que le tocara se sentaban en el suelo para mirar una pantalla llena de «nieve», por la que desfilaban los escudos de la dinastía de los Piast, los rostros de los cosmonautas soviéticos, columnas de tanques durante la Segunda Guerra Mundial… La imagen no paraba de desajustarse y cada dos por tres las profesoras tenían que girar los botones del televisor para mantenerla en su sitio.

También nos llegó a nosotros el turno y en lugar de dar clase de matemáticas nos sentamos ante el televisor. La voz del lector se perdía entre los zumbidos y los ruidos de fondo. Algunos les susurraban cosas a sus compañeros, las chicas se enviaban mensajitos. Del caos emergían por un momento imágenes estáticas que mirábamos con el rabillo del ojo, haciendo oídos sordos a los comentarios del narrador. Los que estaban mirando la pantalla contemplaron una chimenea de ladrillos y sobre ella humo negro arremolinado. Personas adultas, desagradablemente delgadas y vestidas con pijamas a rayas en pleno día, formaban en filas ante nosotros, unos mocosos. Había en todo aquello algo inquietante, incluso para alguien que no supiera de qué se trataba. Pero yo lo sabía, aunque no tengo ni idea de cómo. Todos

lo sabían. Estaba sentada atrás, pegada a la pared, junto a una ventana con vistas a un árbol. A mi lado había dos chicos que miraban a escondidas una navaja. Del árbol caían hojas amarillas que el viento levantaba por el aire. De cuando en cuando apartaba los ojos de las hojas y los dirigía hacia el otro lado, donde estaba la navaja. Un tercer chico, el dueño de la navaja, me agarró por la cabeza con ambas manos y me la giró para que estuviera con la cara al frente.

—¿Qué andas cotilleando? Mira la pantalla, que hablan de tu familia.

No creo que supiera de veras algo sobre mi familia. Era un bocazas, podría habérselo dicho a cualquiera.

Y justo ese otoño, antes de que terminaran de caer todas las hojas amarillas, regresó la nube. En esta ocasión se me presentó en sueños, aún más negra que la vez anterior. Primero apareció la parte delantera de su figura ovalada por una esquina superior de la ventana. La miré con recelo, aunque, por supuesto, la reconocí al instante. La enciclopedia ilustrada de Palazzi se volvió a resbalar de mis rodillas y cayó al suelo. Luego la nube descendió un poco y pasó flotando despacio, casi rozando el cristal. Entre las volutas de humo espeso como hollín vi trapos, zapatos sueltos, maletas vacías abiertas. De nuevo algo de gran tamaño se desprendió de mi corazón, ascendió y se me atravesó en la garganta dolorosamente. Entonces comprendí: en esa nube negra, que el viento transportaba por encima de las tierras y los mares, mi familia surcaba los cielos.

Resulta difícil acabar con un caos causado a partes iguales por el estado gaseoso de la sustancia familiar y por la falta de anclaje de ésta. No se sabe cómo entender el hecho de que, mientras otras familias ocupan su lugar bajo sólidas losas, en las que están grabados sus apellidos y sus fechas, la mía se eleva por los aires, hasta tal punto despojada de sus contornos que no hay manera de decir a quién habría que incluir en ella. Va a la deriva por el vacío y, a diferencia de aquéllas, fue modelada con material combustible en tiempos remotos. Su estado gaseoso dice mucho de ella, aunque son cosas que no me van a ayudar. Harán de mí un insignificante punto al final de una frase en la que se habla de otra persona. Deseos y desencantos, algún que otro acto de audacia temeraria, amoríos, partos y divorcios resultarán más ligeros que una pluma, basta con soplar y todo desaparece. «Entonces, ¿éstas son las reglas de juego que rigen en esta timba?», pienso enfurecida y preparo un as de triunfo que llevo en la manga y que me dispongo a sacar. ¡Sólo la mitad de mi familia se desplaza en esa nube! ¡Sólo la mitad! La otra mitad vive despreocupada en el hermoso y ordenado mundo de la enciclopedia de Palazzi, en la que ni una sola palabra hace referencia a…

—¿No nos conocemos, por un casual? —preguntó el hombre vestido como para ir a la Antártida.

¿Cuál sería su profesión? ¿Mecánico? ¿Estaría solo? ¿Quizá divorciado? ¿Volvía del trabajo a una casa en la que nadie le esperaba? De repente sacó una funda del bolsillo, de la funda extrajo unas gafas y se las puso. Después la miró con atención. Ella no recordaba al hombre, pero eso no significaba nada. Mucho tiempo atrás, en el colegio, cuando le tocó pasar las peores experiencias, cerraba los ojos para no mirar, en esa época ni lo vio a él ni vio a nadie. Y aunque hubiera estado allí, aunque se hubiera encontrado cerca observándola, ¿qué podía saber ahora de ella? ¿Que en primero chupaba la plumilla e iba por ahí con manchas de tinta en las comisuras de los labios? ¿Qué podía recordar? Escándalos que con el paso de los años habían perdido vigencia y carecían de importancia. ¿Castañas mordisqueadas, pañuelos mojados? ¿Y que se reían de ella? ¿Que una vez la habían acusado de robar y después apareció el dinero? Su exmarido aún estaba convencido de que entonces alguien se disculpó ante ella por ese asunto. No quiso desengañarlo. Durante todos aquellos años le había ocultado a su familia cómo había terminado realmente la cosa.

Ni siquiera le pasó por la imaginación que aquel hombre quisiera sencillamente conocerla o bien recuperar una vieja amistad, es igual. O que estuviera bromeando. Quizá un momento después la habría invitado a tomar un café —«será agradable calentarse un poco, ¿no cree?»— si no lo hubiera detenido la mirada de espanto que le dirigió ella. Y si hubiera insistido, habría tenido que excusarse con delicadeza. Dio un paso atrás. «¿Quién será?», pensó intranquila. Y sintió repugnancia, repugnancia. Como si estuviera tratando con un chantajista.

Después todos le dieron la espalda a la nube, porque llegó un tranvía. Se subió la mujer del perrito, se subió el hombre cuya alegría resultaba tan ambigua, se subió el otro, más joven, con la cazadora militar, el meteorólogo aficionado al que inquietaba la proximidad de Rusia. Y se subieron las dos chicas, aunque esta vez la que llevaba el teléfono pegado a la oreja era la otra. «Sí», decía. «No», decía. «¿Qué?», gritó de repente antes de desaparecer en el interior del vagón. La gente subía y subía, nadie bajaba. Después, el tranvía abarrotado se alejó por los helados raíles y Karolina, o Małgorzata, se volvió a quedar sola en el puente, bajo el cielo oscuro.

Había criado a sus hijos y se había separado de su marido, ya no preparaba ni comidas ni cenas, así que a lo mejor no tenía prisa por llegar a casa. Podía quedarse en el puente todo el tiempo que quisiera, incluso hasta el fin del mundo. Igual que los peces que dormitaban

bajo el hielo, habría acabado acostumbrándose a las bajas temperaturas. Qué le vamos a hacer, este año el invierno es excepcionalmente frío. Pero ¿y si a partir de ahora todos los inviernos fueran como éste? Y no sabemos si nos tocará soportar algo más aparte de los inviernos. Quizá con el clima continental vuelva además la Guerra Fría. ¿Y las vagas acusaciones, el tono alarmante? Retrocediendo un poco más en el pasado, cabría preguntarse si volvería…

¿Podría volver eso también?

No sé para qué me hago esas preguntas. Debería tomar ejemplo de otros. Juegan una partida que, sea como sea, no es posible ganar, vestidos como es debido, con todo bien abrochado, con los zapatos limpios. Con tranquilidad, incluso aunque no lleven buenas cartas. No hay peligro de que de pronto vayamos a oír los sollozos de alguien. Sus mentes siempre están del lado de la vida, siempre ocupadas por algo concreto: una factura, un rumor, una boda, un divorcio. ¿Y ella? Su defecto consiste precisamente en que de pronto se desliza hacia otra época, como si se hundiera el suelo bajo sus pies, como si cayera varios pisos. Lo ha heredado de su madre. Cree que no le tiene miedo a nada. Pero en realidad siempre hay algo que teme. Siempre lo mismo, ninguna otra cosa. Un miedo que ha arraigado de tal modo en su corazón que en el día a día no lo nota en absoluto y sólo algunas veces siente que algo empieza a ahogarla, como si en la garganta se le hubiera atravesado un cuerpo extraño que no se sabe cómo ha llegado allí (o se lo ha tragado sin darse cuenta o siempre lo ha llevado en su interior).

Claro que sí: es el miedo el que la ahoga, redondo y duro como una pelota, como la pelotita con la que juega un niño. Se separa del corazón, asciende y se atasca en la laringe. No hay forma de escupirlo y tampoco de tragarlo. Pero ¿qué debía temer exactamente? Posee casi todos los conocimientos que podrían serle necesarios. Es capaz de correr durante muchas horas sin descanso, incluso de la mañana a la noche si fuera preciso, a pesar de una leve insuficiencia valvular. A un ritmo constante, no muy deprisa, aunque lo bastante para estar bien lejos antes de que anochezca, siempre y cuando nadie le dispare por el camino. El movimiento calienta, así que podría huir con temperaturas muy bajas, hasta descalza si acaso se le desgastara por completo el calzado. Mejor a través del bosque. Sabe aguantar la soledad largo tiempo, no teme el silencio ni la oscuridad, las palabras no le son necesarias para la vida, no más que a un animal del bosque. Por las noches robaría huevos de los gallineros para no morir de hambre. Está acostumbrada a no esperar ayuda de nadie, cosa que aumenta sus probabilidades de sobrevivir más que si tuviera un numeroso círculo

de amigos. No osaría pedir refugio: eso, según ella, es algo que no conviene hacer, y quizá no le falte razón. En cambio, podría huir y huir sin parar. Sabe hacerlo, así que no perecerá, al menos no de inmediato. Pero ¿encontraría una razón para tomarse tantas molestias? Presiente que no. Piensa en ello sin tristeza. Si hay algo que lamente, es que no podrá ayudar a sus hijos en su huida.

Y así nos va a nosotros, los zorros. A través de las generaciones continuaremos saltando de un sueño a otro y de éste al siguiente.

Tulli desnuda la realidad.
Nos muestra delante del espejo
sin filtros, ni color.
Puede ser que lo que encontremos
no sea lo que más nos gusta,
pero sí que es lo que más se ajusta a la verdad.
Hay que dejar de mirar hacia otro lado.